

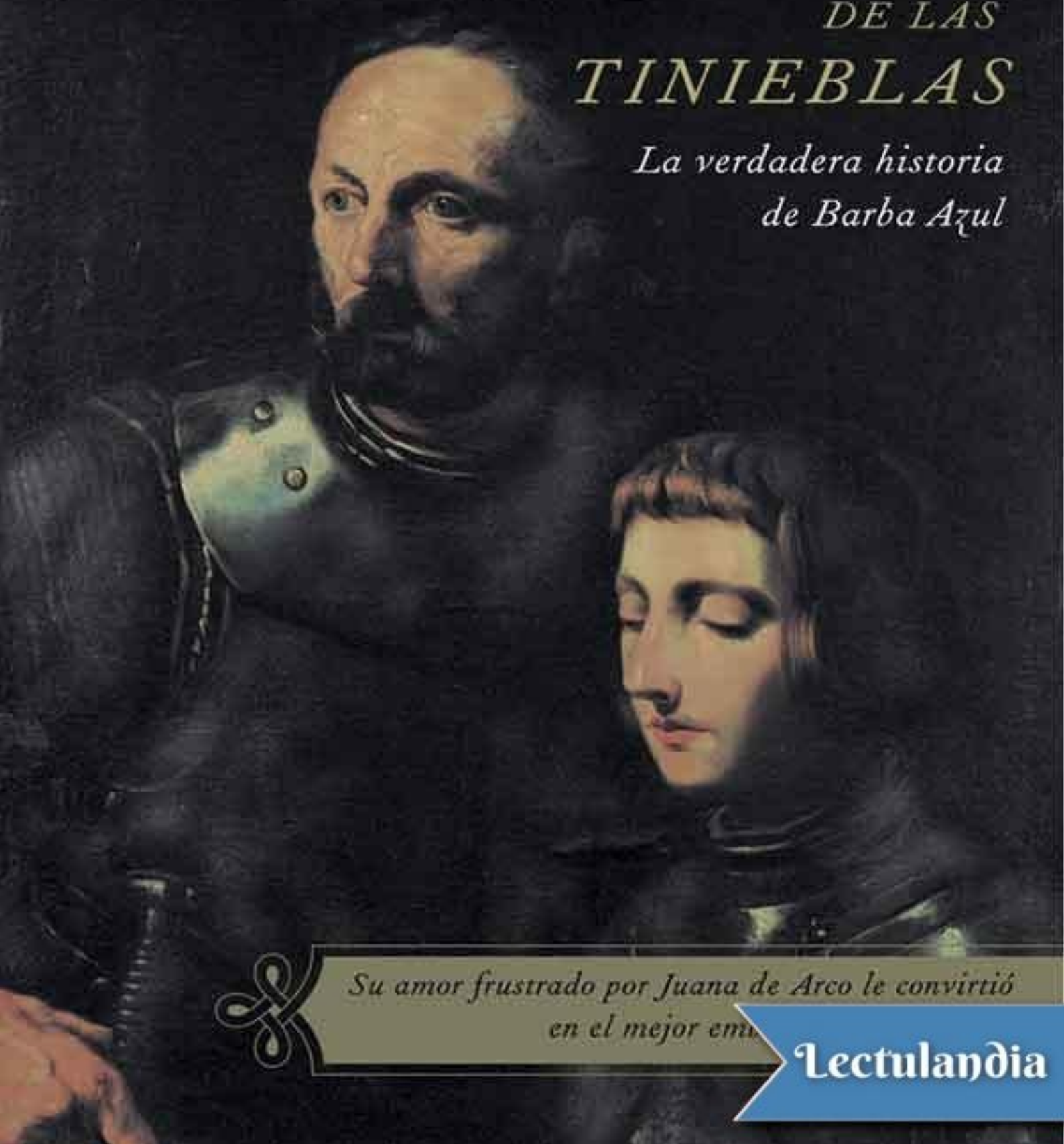
JUAN ANTONIO
CEBRIÁN

EL MARISCAL

DE LAS

TINIEBLAS

*La verdadera historia
de Barba Azul*



*Su amor frustrado por Juana de Arco le convirtió
en el mejor empujador*

Lectulandia

«Me propongo contar en esta obra la fatídica historia de Gilíes de Rais, un humano preternatural que en su tránsito por esta tierra logró tantas distinciones que le convirtieron en uno de los personajes más influyentes de cuantos cabalgaban en la Francia de la primera mitad del siglo xv.

No obstante, sus títulos y grandeza no le impidieron cometer horribles crímenes contra la humanidad que, a la postre, aseguraron para él un lugar en el averno». Así comienza *El mariscal de las tinieblas*, obra en la que Juan Antonio Cebrián, director del popular programa *La Rosa de los Vientos* en Onda Cero Radio, aborda, con su habitual agilidad narrativa y su instinto periodístico, la historia de esta figura mítica, asesino, nigromante con desvarios alquimistas, psicópata, necrófilo y pederasta, en la que se basó Charles Perrault para su legendario personaje de Barba Azul. Sin embargo, hubo un tiempo en que este feroz criminal caminó junto a Juana de Arco, Doncella de Orleans y protectora de Francia, por un territorio arrasado por la guerra de los Cien Años, como su escolta y protector. A raíz de su terrible muerte en la hoguera, este bello joven, que sentía por ella una intrigante atracción nunca confesada, se desestabilizó de tal modo que acabó dando rienda a sus más ocultas fantasías sexuales en orgías de sangre y maldad cuyos ecos han llegado hasta nuestros días.

En la actualidad, algunos historiadores han tratado de rehabilitar su imagen recordando cómo, gracias a sus méritos en el campo de batalla y a su amor por la pureza encarnada en la figura de Juana de Arco, consiguió fijar la flor de lis en su escudo de armas. Un símbolo que quedó mancillado al teñirse con la sangre de sus incontables víctimas. Y es que, en palabras de Juan Antonio Cebrián, «fue mariscal, de eso no hay duda, pero no de la luz, sino de las tinieblas. En ellas se encontrará ahora».

Lectulandia

Juan Antonio Cebrian

El mariscal de las tinieblas

La verdadera historia de Barba Azul

ePub r1.0

Basabel 27.10.13

Juan Antonio Cebrian, 2005

Editor digital: Basabel
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a la memoria de todos aquellos niños que en el mundo murieron por culpa de las aberraciones gestadas en la mente de los adultos. Víctimas inocentes que no pudieron escapar de ogros ávidos de su inmaculada pureza. Pequeños como Jean Jeudon, Jean Roussin, Colin Avril, Guillaume Le Barbier, Kerguen, Aisé, Edelim, Chastelier, Guillaume Delit, Fougère, Loessart, Perrot Degaye, Bouer, Olivier Darel, Jean Totulblanc, Jamet Brice, Lavary, Sorin, Jenvret, Jean Degrepie, Jean Hubert, Sergent, Jean de Lanté, Eustache Drouet, Guillaume Hamelin, Robin Pavot, Antoine, Bernard Le Camus, Durand, Jean Barnard, Fort Launey, Janet Brice... son una mínima parte de los más de doscientos que sucumbieron a manos de Gilles de Rais. Para ellos, mi emocionado recuerdo.

INTRODUCCIÓN

ME PROPONGO CONTAR EN ESTA OBRA LA FATÍDICA HISTORIA DE GILLES de Rais, un humano preternatural que en su tránsito por esta tierra logró tantas distinciones que le convirtieron en uno de los personajes más influyentes de cuantos cabalgaban en la Francia de la primera mitad del siglo XV. No obstante, sus títulos y grandeza no le impidieron cometer horribles crímenes contra la humanidad que, a la postre, aseguraron para él un lugar en el averno. Su desolada infancia, su épica guerrera como héroe de los franceses y su hundimiento moral en el final sangriento de sus días fueron el origen de multitud de leyendas y narraciones extraordinarias en torno a su sombría personalidad. Sin embargo, hubo un tiempo en el que este feroz criminal bien pudo integrarse en el ejército de almas blancas que siguió a la luminosa Juana de Arco, Doncella de Orleans y protectora de Francia, en un contexto arrasado por la interminable guerra de los Cien Años. Según dicen, Gilles pudo enamorarse profundamente de la doncella y de lo que representaba. Empero, la muerte cruenta de la joven a manos traicioneras, le desestabilizó a tal punto que acabó dominado por un odio implacable contra esa humanidad traicionera que le había arrebatado su único momento de tranquilidad en este plano terrenal. De poco sirvieron sus rangos de mariscal de Francia, barón de Laval o conde de Brienne, a la hora de cimentar sobre sí una leyenda negra que le aupó a la categoría de psicópata sin escrúpulos especializado en el asesinato impío de niños inocentes en una orgía de sangre y maldad cuyos ecos aún resuenan en nuestros días.

Su biografía, distorsionada por el murmullo invernal de los hogares bretones, quiso que dos siglos y medio después de su muerte, fuera fuente de inspiración literaria para Charles Perrault, un notable intelectual de la corte francesa que se amparaba bajo la figura del Rey Sol, Luis XIV. Perrault, además de eficiente funcionario estatal, se entregó por completo a su verdadera vocación literaria y, al margen de ensayos, obras teatrales y poesías, supo recopilar, gracias a la ayuda de su hijo, una suerte de relatos populares que, una vez espigados y adaptados al estilo culto de la época, dieron como resultado un libro de ocho cuentos que desde entonces forman parte de la galería universal de la narrativa infantil. En el volumen escrito en 1695 y publicado en 1697 bajo el título *Historias o cuentos de tiempos pasados*, más conocido como *Cuentos de mamá oca*, Perrault adaptó ocho relatos tradicionales que las madres contaban a sus hijos en las casas más humildes de Francia desde tiempos remotos. Estas narraciones circularon asimismo en las estancias caldeadas por fogones palaciegos, las tabernas de baja estofa o las plazas públicas de pueblos y ciudades. Probablemente material despreciable para las élites exquisitas que acaparaban la atención cultural del XVII francés, no lo fue para Charles Perrault, que

seleccionó cuidadosamente algunos de los mejores cuentecillos que dispersaron por el mundo las peripecias de *Cenicienta*, *Pulgarcito*, *Caperucita Roja*, *La bella durmiente del bosque*, *Riquete el del copete*, *El gato con botas*, *Hadas* y *Barba Azul*.

Este último basado, según numerosos investigadores, en la vida y crueldades de Gilles de Rais. Si bien la lectura detenida del texto original no muestra muchas similitudes con la verdadera existencia del terrible mariscal francés, sí esconde coincidencias en lo que Perrault nos quiso transmitir como moraleja concluyente de la narración. De todas formas, el lector tendrá la posibilidad de leer el cuento de Barba Azul en el anexo I de este libro para que pueda elaborar sus propias deducciones. En cuanto a la asombrosa tradición oral francesa sobre este personaje singular, reflejaré aquí lo que bien pudo contar cualquier posadero bretón del siglo XV a los cansados viajeros que recalaban en su venta con la intención de amenizar una reconfortante cena.

La leyenda nos cuenta como Monsieur de Rais, hastiado de luchar contra los ingleses, se retiró a su castillo de Tiffauges y dedicaba todo su tiempo a las fiestas y al placer. Fue entonces cuando un caballero, el conde Odón de Tréméac, señor de Krevent y otros lugares, pasó por sus tierras, montado a caballo, en compañía de su prometida. Era ésta una bella dama llamada Blanche de l'Herminiére. Gilles de Rais los invitó a descansar en el castillo y a beber una copa de vino con especias. Los prometidos estaban deseosos de continuar el viaje, pero De Rais insistió tanto y se mostró tan amable que la noche los sorprendió en su compañía. De repente, a una señal del dueño del castillo un destacamento de soldados irrumpió en la sala de banquetes, se apoderó del conde Odón de Tréméac y lo arrojó a un profundo calabozo. De Rais suplicó a la dama que le perdonara la descortesía y lo aceptara a él en matrimonio. Blanche sollozó y se negó a recibir ayuda. De Rais no hizo caso ni de su resistencia, ni de sus lágrimas y la llevó a rastras hasta la capilla.

Miles de velas brillaban en el altar y las campanas tañeron a boda. Blanche estaba tan blanca como un lirio y un gran temblor se había apoderado de su cuerpo. El mariscal, vestido todo él de oro y con una magnífica barba roja, se puso de pie a su lado.

—¡Deprisa, capellán, casadnos! —gritó el impetuoso pretendiente.

—No quiero a mi señor por esposo —exclamó Blanche de l'Herminiére.

—¡Casadnos, casadnos!

—No lo hagáis —suplicó la joven dama, llorando desesperadamente.

—¡Obedecedme, os lo ordeno!

Y entonces, cuando Blanche intentó salir corriendo, Gilles la cogió en sus brazos.

—Os lo daré todo —declaró apasionadamente—. Os daré mis castillos, mis tierras, mis joyas, mi oro.

—¡Dejadme marchar! —gritó la joven.

—Os entregaré —insistió De Rais—, mi persona, mi cuerpo y mi alma.

Al oír esto, tuvo lugar una transformación en el rostro de la bella Blanche.

—¡Acepto! ¡Acepto! ¿Me oís bien, Gilles de Rais? Os acepto, señor de Tiffauges, y de ahora en adelante me pertenecéis.

En aquel mismo instante la hermosa Blanche se convirtió en un diablo azul, con una voz de trueno.

—Gilles de Rais —dijo el demonio con una carcajada siniestra—, Dios se ha cansado de vuestros pecados, ahora pertenecéis al infierno y desde este día en adelante llevaréis su ropaje.

Al decir estas palabras, el demonio hizo una señal y la roja barba de Gilles de Rais se puso de color azul oscuro.

—Ya no sois Gilles de Rais —dijo el demonio—. Desde ahora sois Barba Azul, el más aterrador de los hombres. Vuestro nombre será maldito de generación en generación y después de vuestra muerte vuestras cenizas serán lanzadas al viento, y vuestra alma malvada se sumirá en las profundidades del infierno.

Gilles suplicó misericordia, pero el demonio soltó una risotada que se clavó en el alma atormentada del antiguo paladín de Juana de Arco. Entonces el diablo habló de los cadáveres de las siete esposas que yacían en los sótanos del castillo y añadió:

—El conde Odón de Tréméac, con quien he venido cabalgando bajo el disfraz de Blanche de l'Herminière, se acerca en estos momentos al castillo a la cabeza de un grupo de caballeros. Vienen para vengarse de las muertes de todos aquellos a quienes habéis asesinado.

—Entonces, ¿estoy perdido? —gritó Gilles de Rais.

—No, no todavía —contestó el demonio—, porque no ha llegado aún vuestra hora.

—¿Quién los detendrá? —preguntó Gilles de Rais.

—Yo lo haré —replicó el demonio.

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó Gilles de Rais.

—Porque —dijo el demonio— os necesito. Me serviréis mejor vivo que muerto. Y ahora, adiós, Gilles de Rais, y no olvidéis que me pertenecéis en cuerpo y alma.

El demonio desapareció en una nube de azufre, pero desde aquel día la barba de Gilles de Rais fue de color azul. El diablo impidió al conde de Tréméac que se vengara de los muertos y el castillo de Tiffauges quedó protegido. Pero Gilles de Rais sabía que el maligno volvería un día a reclamar su alma.

Como el lector puede suponer, esta típica historia de chimenea no tiene relación con la verdadera vida del siniestro noble francés. Y, sin embargo, relatos similares circularon por Europa central durante varios siglos y han llegado hasta nuestros días provocando miedo en quienes los escuchan. Les invito, por tanto, a descubrir en esta obra la verdadera vida del legendario Barba Azul. Créanme que para mí ha supuesto

un difícil ejercicio de responsabilidad debido a la increíble perversidad de este sujeto llamado a engrosar las filas de la infamia humana. A pesar de todo, creo interesante que no olvidemos cómo fueron y cómo son los diablos que moran en la Tierra porque Gilles de Rais los superó a todos con creces. Sólo me resta añadir que contaremos a lo largo de estas páginas con el propio testimonio del mariscal, que no reparó en detalles sobre su vida y sus obras en el momento de ser juzgado ante Dios y los hombres. Sus propias y más categóricas palabras nos ayudarán a entender su compleja personalidad a lo largo de los capítulos que jalonan este libro.

Le deseo, querido amigo, un buen viaje por las páginas que se dispone a leer; le aseguro que estremecimientos no van a faltar en este difícil trasiego y, por si acaso, mantenga la luz encendida y la mejor de sus oraciones dispuesta. Ya sabe que cuando el diablo anda suelto...

Juan Antonio Cebrián
Las Rozas, septiembre de 2005

PRIMERA PARTE

LA FORJA [1404-1424]



«Él me enseñó a beber, me enseñó desde muy niño a extraer placer de pequeñas crueldades. Nada más lejos de lo que otros hombres han pensado, sentido, imaginado o incluso hecho... Bajo su custodia aprendí a despegarme de los poderes terrenos y divinos, con lo que creí que era omnipotente. Me sentía como Tiberio, Calígula y Nerón en una pieza. El mundo era mío y yo había nacido para disfrutar de él».

Comentarios de Gilles de Rais recordando su infancia y juventud bajo el amparo y enseñanzas de su abuelo y tutor Jean de Craon.

LA CUNA FRANCESA

Es difícil imaginar que una tierra tan excelsa como es Francia pudiera albergar un monstruo de la singularidad ofrecida por Gilles de Rais. No obstante, este «creciente fértil» de nuestra civilización occidental fue y es tan pródigo en manifestaciones humanas de toda índole que debemos aceptar entre sus hijos la aparición casi espectral de algunos personajes siniestros, los cuales nos invitan a entender mejor el complejo entramado que se instala en la mente de determinados individuos, sea cual fuere su procedencia natal. El país galo se alza desde su atalaya predominante en la cultura y sentir de los europeos desde tiempos ancestrales. Sus leyendas caminan parejas a su historia real y en ocasiones ambos sentires se mezclaron dando rienda suelta a toda suerte de narraciones y especulaciones. Gilles de Rais, arquetipo del mal en su peor manifestación, nació en una Francia trastornada por los acontecimientos bélicos de la guerra de los Cien Años y fue caldo de cultivo, como tantos de su generación, de auténticos ríos de superstición, alianzas con el maligno y alquimia frenética, mientras se instruía en las severas leyes impuestas por Dios y por los hombres. Con todo, aquel territorio se nos muestra bello, de orografía perfilada para inspirar las mejores epopeyas no sólo en el periodo que vivió Gilles, sino a lo largo de toda la cronología franca. El mariscal de las tinieblas deambuló la mayor parte de su vida por los terrenos pertenecientes a las antiguas Poitou, Anjou, Normandía y Bretaña. En aquellos lares creció, guerreó y masacró a sus víctimas, regando con la sangre de éstas la tierra que le vio nacer. Acaso su predilección se fijó con más emotividad en Bretaña, esa maravillosa región preñada de misterios, situada en el noroeste francés, y que fue el lugar donde vino al mundo Gilles de Rais. Posiblemente, su influjo y enraizamiento en los enigmas más ancestrales de la humanidad no permanecieron ajenos para el futuro mariscal de Francia. Hoy en día sus más de 27 000 kilómetros cuadrados, con casi tres millones de habitantes, mantienen vivas las inquietantes historias que se originaron durante centurias en aquel enclave, refugio de los celtas britanos, emigrantes forzosos de su isla en el siglo V d. C, cuando las invasiones bárbaras de anglos, jutos y sajones les empujaron hacia el continente en busca de libertad y mejores oportunidades. Desde tiempo inmemorial la antigua Armórica, y posterior Bretaña francesa, fue hogar para el hombre. En la prehistoria, los primeros bretones cazaban mamuts y grandes ciervos rojos en una tierra fértil que besaba las aguas atlánticas así como majestuosos ríos, como el Loira, auténtica arteria vital de una zona dividida geográficamente en tierras del mar (Armor) y tierras del bosque (Argoat), paisajes en definitiva convertidos en primeras impresiones visuales que marcaron a nuestro personaje protagonista. Es más que

probable que Gilles visitara durante su infancia el majestuoso recinto megalítico de Carnac, santuario único en su género y emparentado directamente con Stonehenge, en Gran Bretaña. Carnac se nos ofrece como una muestra viva de las inquietudes místicas del hombre antiguo. El gran *menhir briséé*, con más de veinte metros de altitud, cuatro de ellos incrustados en la madre tierra, y los innumerables monolitos alineados con perfecta marcialidad durante cientos de metros dan vivo testimonio acerca de lo que aquellas gentes rudas y supersticiosas debieron de pensar sobre el origen del universo y de ellos mismos. Bretaña es, por tanto, un lugar de poder en el que confluyen fuerzas cósmicas y telúricas, motivo por el cual fue elegido por los humanos en su lento transitar por este plano existencial. Antiguamente, la región formaba parte de Armórica (al noroeste de Francia), siendo centro de una confederación de tribus del pueblo cimbrio. Los romanos, bajo las órdenes de Julio César, invadieron la zona en el año 56 a. C., y a partir de entonces se convirtió en la provincia romana de la Galia Lugdunensis (Galia céltica), si bien la romanización nunca terminó de cuajar entre aquellas gentes aferradas a viejos ritos que conferían a los dioses de la naturaleza supremacía sobre todas las cosas. Buena prueba de ello es que la lengua bretona original pudo sobrevivir a pesar de los inconvenientes sufridos en aquellos tiempos de asimilación cultural. En los siglos V y VI d. C, tras la retirada de los romanos, muchos britanos —celtas de Britania—, al huir de su tierra natal a causa de las invasiones bárbaras, se refugiaron en la parte noroeste de Armórica. Ellos dieron a la región su nombre actual: Bretaña. Los britanos —más tarde llamados bretones— convirtieron gradualmente al cristianismo a los celtas armóricos, paganos en su mayoría. Tras la caída del Imperio Romano en Occidente y sus formas de gobierno a través de las instituciones creadas, el poder de los bárbaros germanos se extendió durante el siglo V por buena parte de los otrora territorios sometidos a la influencia romana. En el caso de las Galias, geografía perteneciente a la actual Francia, diversos pueblos, como visigodos y francos, se asentaron en aquella latitud dando origen a varios reinos, los cuales fueron a la postre la semilla fundadora del futuro Estado francés. La dinastía merovingia quedó instaurada a mediados de esa centuria con Meroveo, convertido en padre de esta saga tan peculiar como misteriosa, dado que ni siquiera los orígenes del fundador están claros, aunque sí su reinado, que parece haber tenido lugar entre los años 448 y 457-458 d.C. A él le cupo el honor de haber asistido a la trascendental derrota de Atila y los hunos, mientras que a sus sucesores hay que atribuirles otros méritos. Uno de los personajes más atractivos de este periodo es sin duda Genoveva de París. Una carismática mujer que supo estar al lado de los reyes merovingios en momentos decisivos. Nacida hacia 422 d.C., en Nanterre, una pequeña aldea cercana a París, era hija de Leoncia y Severo, un matrimonio de galorromanos que reconocieron muy pronto los dones y virtudes demostrados por su pequeña descendiente. La pequeña Genoveva vivió el

desmembramiento del Imperio Romano en Occidente y con tan sólo seis años se consagró a Dios por mediación de san Germano de Auxerre, quien iba de paso hacia Britania. A los quince años ofreció, en compañía de otras dos amigas, su virginidad a la causa cristiana, si bien nunca llegó a profesar su vocación en un convento, siendo una comunidad seglar la morada elegida para sus acciones caritativas. Con el tiempo sus predicaciones y famosos ayunos la encumbraron como personaje relevante de la futura Ciudad Luz y algunos reyes del incipiente linaje merovingio, como Childerico [458-481], accedieron a liberar numerosos presos gracias a las peticiones de la religiosa, quien vio su fama incrementada cuando el feroz Atila amenazaba con devastar París. Fue entonces cuando con notable enardecimiento animó a los parisinos que huían de la ciudad presos del pánico a quedarse y orar con el fin de anteponer un escudo sobrenatural frente a los invasores bárbaros. Nunca sabremos si fueron los rezos o una decisión caprichosa de Atila, pero lo cierto es que los hunos sortearon incomprensiblemente París para dirigirse a Orleans, sufriendo al poco una terrible derrota en los Campos Cataláunicos a manos de los romanos y sus aliados visigodos. Más tarde, la futura santa trabó amistad con el influyente monarca Clodoveo I [481-511], vencedor de los poderosos alemanes, una tribu que amenazaba constantemente la frontera establecida por los francos en los territorios que hoy pertenecen al país germano. Su casi milagroso éxito sobre la confederación de tribus germánicas provocó su conversión al catolicismo, motivado, en buena parte, por la acción de su mujer cristiana, la burgundia Clotilde, quien hizo ver a su esposo que todas las victorias sobre sus enemigos venían dadas por la acción directa del Dios único y verdadero, y por Genoveva de París, quien gracias a sus conversaciones religiosas con el merovingio consiguió inculcarle un gran amor por la causa de la Cruz. Clodoveo se bautizó con absoluta devoción en 496 recibiendo bendiciones y parabienes del sumo pontífice romano, que desde entonces recibió el apoyo incondicional de su nuevo aliado franco. Por su parte, Genoveva prosiguió con una vida de entrega a los demás, consiguiendo trigo y otros alimentos en momentos de escasez, y obrando prodigios cuando la moral ciudadana andaba escasa de ánimo espiritual. Falleció en 502 d. C, rodeada por el cariño de todos aquellos que la habían conocido. Hoy en día es la santa patrona de París y, junto con Juana de Arco, uno de los personajes más queridos por la Francia católica.

En 507 d. C, Clodoveo I, ya convertido en uno de los principales representantes de una dinastía llamada a perdurar más de tres siglos, obtuvo otra importante victoria sobre los visigodos de Tolosa, pésimamente dirigidos por Alarico II, en la batalla de Vouille, que dio al traste con las aspiraciones godas en los territorios galos, dejándoles relegados en una pequeña franja mediterránea llamada Septimania y en la península Ibérica. Los territorios anexionados por Clodoveo en esta campaña son precisamente el lugar donde se ubica el enigma creado en torno a la supuesta

descendencia carnal de Jesús de Nazaret, siendo los merovingios los principales depositarios de este secreto sagrado. Sin embargo, no podemos asegurar que mantuvieran esa misión en su tiempo de poder, lo que sí barajamos son determinados datos históricos que nos ponen en la pista de unas cabezas coronadas más pendientes de la holganza vacacional que de sus compromisos a la hora de dirigir el reino o reinos asignados a ellos. La unificación territorial bajo los cetros de Clodoveo I o Dagoberto I fue un mero destello, ya que la posterior disgregación en entidades independientes como Neustria, Austrasia o Borgoña fueron debilitando el poder real en beneficio de la emergente clase aristocrática representada fielmente por los mayordomos de palacio. Finalmente, la influencia, el dinero y el apoyo eclesiástico y político provocaron la caída de los merovingios en un golpe cuyos artífices fueron, como era de esperar, los mayordomos tutores del país, que crearían una nueva dinastía, la carolingia, con personajes relevantes para la historia europea como Carlos Martell, Pipino el Breve, Carlomán o Carlomagno, que daría título al nuevo linaje galo. En cuanto al último merovingio del que tanto se habla y del que tanto se hablará, sólo diremos que, lejos de cualquier especulación imaginativa por parte de autores arriesgados, el auténtico legitimado para decir que puso fin a esta saga es Childerico III, quien reinaría entre 742-751, año en el que Pipino el Breve, llamado así por su escasa estatura, le depuso con la aquiescencia del papa Bonifacio, acaso trémulo ante el revelador misterio que guardaban celosamente los merovingios. La verdad es que el último representante de esta casa real acabó sus días recluido en el convento de Saint Omer, que falleció en 756 llevándose el secreto familiar a la tumba, sin que sepamos con certeza si esa hipotética relación con los descendientes del Mesías salvador se mantuvo con otras sociedades y órdenes posteriores como cataros y templarios, o más bien se difuminó en los cielos del sur de Francia hasta ser resucitado a mediados del siglo XX, gracias a un extraño invento conocido como Priorato de Sión y que se arrogó el derecho de ser continuador de la estirpe merovingia.

Pero volviendo a nuestra historia franca y más en concreto a las zonas por las que se desarrolló Gilles de Rais, diremos que en los siglos VII y VIII surgieron diversos principados en Bretaña. A principios del siglo IX, éstos cayeron bajo el dominio de Carlomagno, pero en 846 el jefe guerrero Nomenoe, quien había unido a los autóctonos frente a sus invasores, lideró a los bretones contra Carlos II, nieto de Carlomagno, consiguiendo la independencia. Durante la segunda mitad del siglo IX, los bretones reconocieron el gobierno de los duques normandos. En 922, Godofredo —conde de Rennes— se proclamó duque de Bretaña. En 1171 el ducado pasó, a través de una alianza matrimonial, a Geoffrey de Plantagenet, hijo de Enrique II de Inglaterra y de Leonor de Aquitania. A principios del siglo XIII volvió a manos del linaje de los duques franceses de Rennes. Y dos siglos más tarde, en tiempos de

Gilles de Rais, era el duque Juan V de Bretaña quien gobernaba la región como señor feudal del propio Gilles.

Bretaña, en el siglo XV, constituía un importante epicentro católico de Francia. Las hambrunas, las constantes guerras y, sobre todo, la peste negra que había diezmando la población en el siglo anterior fueron poderosos argumentos para el afianzamiento de la fe religiosa y, en consecuencia, surgieron diferentes establecimientos eclesiásticos que gobernaban a su modo el ánimo y el sentir de unas gentes necesitadas de esperanza. No es de extrañar que, a lo largo de su historia, Bretaña haya recibido en más de 70 ocasiones la visita sobrenatural de la mismísima Virgen María, lo que originó otros tantos santuarios sagrados en los que se refugiaban todas aquellas almas ávidas de obtener algún signo confortador cara al incierto futuro. Aunque también convivían en perfecta armonía con la religión aceptada leyendas y tradición oral de tiempos remotos. Es en Bretaña donde numerosos investigadores y eruditos como Geoffrey de Monmouth, autor de *Historia de los reyes de Bretaña*, coinciden en afirmar que nació para la narrativa universal la imponente figura del valiente rey Arturo. Esta figura semilegendaria de nuestro acervo cultural europeo es difícil desligarla de su verdadera epopeya envuelta por cientos de libros, decenas de películas e incontables narraciones populares. Lo poco que sabemos de este rey, de forma fidedigna, es que sobre el siglo V o VI d.C. existió un carismático caudillo anglorromano llamado Owain Dantgwyn cuyo sobrenombre, «Art» (“Oso”), fue el que finalmente le proyectaría universalmente hasta nuestros días. El mito artúrico ha sido modelado a lo largo de los siglos, primero, por los clérigos amanuenses, luego, por los trovadores y juglares, y más tarde, por narradores románticos y guionistas cinematográficos. Según aparece en las crónicas elaboradas por el monje Gildas en el siglo VI, existió un jefe tribal que logró, tras muchos combates, unificar a las tribus celtas de Britania; eran los tiempos de la edad oscura y poco o nada de lo acontecido pasaba al papel. Es por tanto mérito de la tradición oral que este personaje haya llegado a tan digno puerto. En los siglos IX y X Arturo surgirá de nuevo como guía de los sajones en las eternas luchas de Albión. Libros de gran calado como la *Historia Brittonum* o *Annales Cambriae* reforzarán la idea de un pasado glorioso para los británicos.

En el siglo XII, la *Historia Regnum Britanniae*, de Geoffrey Monmouth, asentará la filosofía vital del universo artúrico para que años más tarde la mítica reina Leonor de Aquitania —madre de Ricardo Corazón de León— encargue a sus trovadores la recuperación total de esta tradición. Serán autores medievales, como Chrétien de Troyes o Robert de Boron, los que darán el impulso definitivo al rey Arturo y los suyos: el mago Merlín, Morgana, Ginebra, así como los caballeros puros de la Tabla Redonda, donde destacan Lancelot, Percival... Todos giran en torno a la magia de Excalibur, espada prodigiosa protegida por la Dama del Lago, quien, en el deseo de

dar a Inglaterra el monarca más brillante, la incrustará en una roca a la espera de ser extraída por el joven Arturo, el elegido para regentar el destino escrito por los dioses celtas. Camelot es la ciudad donde coinciden los mejores sentimientos humanos, su defensa es vital para contener a las hordas malignas. Los caballeros buscan el Grial como signo de pureza ante los ojos del Creador. Y, por si todo falla, queda la enigmática isla de Avalon, la conexión perfecta con la ancestral religión pagana. Finalmente, en 1469, el escritor Thomas de Mallory dio el toque definitivo a la mitología artúrica imaginando un apasionado romance entre la reina Ginebra y el caballero sir Lancelot. Sea como fuere, ignoramos cuánto de mito o cuánto de realidad tiene esta sugerente historia universal que bien pudo originarse en la tierra natal de Gilles de Rais.

Según parece, en estas mismas leyendas artúricas se inscribe un hecho que más tarde cobrará sentido en la asombrosa Juana de Arco, una humilde muchacha nacida en la aldea de Domremy que consiguió, con apenas diecisiete años de edad y gracias a sus voces divinas, salvar a Francia de la amenaza británica. En las recopilaciones de viejas narraciones populares celtas nos encontramos con un mago Merlín anunciador de un vaticinio que siglos más tarde se convertiría en gozosa realidad. En la profecía el viejo druida pronosticaba que Francia sufriría un terrible peligro y que sólo una doncella surgida del bosque mágico de las hadas sería capaz de solventar semejante trance asegurando con ello el futuro del país galo. Como veremos en las páginas de este libro la revelación druídica tuvo para muchos un cierto fundamento y, en 1429, se pudo cumplir con total éxito. Gilles de Rais —como escolta y protector de Juana— fue testigo privilegiado del hecho; este asunto trazaría los caminos esenciales de su vida y obra. Por cierto, Leonor de Aquitania, debido a su fogosa actividad política y amorosa, procuró el escenario perfecto para que, en 1337, estallara el largo y extenuante conflicto entre Inglaterra y Francia, más conocido como guerra de los Cien Años. En esta contienda, Gilles obtuvo la distinción de mariscal de Francia, cuando apenas contaba veinticinco años, pudiendo desde entonces situar la flor de lis, símbolo de la monarquía francesa, en su escudo de armas. En resumen, son los actuales territorios de Bretaña y País del Loira los ámbitos por los que se movió el terrible Gilles de Rais. Asimismo debemos mencionar que, en los años por los que transcurre la acción de que trata este libro, la importante ciudad de Nantes era la capital del ducado de Bretaña. Sita en la estratégica desembocadura del río Loira, constituía una clara referencia comercial para las incesantes actividades mercantiles y sociales del momento. En la plaza se asentaban las sedes de los gobiernos civil y eclesiástico, siendo el lugar donde se juzgó y condenó a Gilles de Rais en el célebre proceso del que daremos cuenta en la tercera parte de esta obra. Ahora, una vez descrito el escenario geográfico por el que transitó nuestro mariscal, veamos cómo creció en aquellas tierras su influyente y poderoso linaje aristocrático.

RAÍCES PODEROSAS

Gilles de Rais nació en el gélido otoño de 1404. No sabemos con certeza en qué mes lo hizo, pues si algunos exegetas aseguran que fue en noviembre, bien es cierto que en los documentos relativos a su juicio figura que compareció ante los jueces con 36 años cumplidos, y este dato hace suponer que pudo llegar al mundo a finales de septiembre o en octubre del año mencionado al principio de estas líneas. En cuanto a su lugar de nacimiento, sí que parece probado que se produjo en la Torre Negra del castillo de Champtocé (Anjou, Francia), propiedad utilizada como residencia permanente por su familia. Otras hipótesis barajan Machecoul (Loira-Atlántico), castillo en el que vería la luz de este mundo. Sin embargo, y aunque la fortaleza también pertenecía a la familia, el hecho de nacer allí se nos antoja muy improbable por la falta de documentación fidedigna que atestigüe tal hecho.



Retrato de Gilles de Rais, barón de Laval. Fue recompensado con el título de mariscal de Francia por sus méritos en el campo de batalla.

Sus padres fueron el noble Guy II de Laval y la dama Marie de Craon. Ambos provenían de los más rancios linajes franceses, poseyendo cada una de las familias una notable fortuna que se incrementó ostensiblemente tras su unión. En todo caso, en el origen familiar de Gilles de Rais confluyen algunos de los clanes más relevantes de la Francia medieval. No menos de seis linajes fortalecen esta estirpe, siendo los más representativos la casa de Rais, la casa de Laval-Montmorency, familia del abuelo paterno de Gilles, la casa de Machecoul, estrechamente aliada con la familia materna, o la casa de Craon, familia de su madre. En este endogámico maremágnum

genético surgieron personajes de diverso calado y pelaje como Bertrand du Guesclin —tío abuelo de Gilles—, condestable de Francia y mercenario al servicio de Enrique de Trastámara, pretendiente al trono castellano. Durante el siglo XIV la península Ibérica se había visto inmersa en múltiples avatares de toda índole. La reconquista cristiana de Hispania, salvo alguna excepción, quedó paralizada por pestes, crisis económicas y, principalmente, una terrible guerra civil por el control del reino castellano. En el periodo 1356-1369, Pedro I el Cruel —rey legítimo de Castilla— se enfrentó al aspirante Enrique de Trastámara —su hermano bastardo—, fruto de la relación entre su padre, Alfonso XI, con doña Leonor de Guzmán. El punto álgido para el conflicto fratricida llegó en 1364, cuando Aragón y Castilla entraron de lleno en la guerra de los Cien Años a causa de las respectivas peticiones de ayuda que los reinos peninsulares solicitaron a Francia e Inglaterra. Durante cinco años los avances y retrocesos fueron constantes, con batallas decisivas ganadas por el rey Pedro, por ejemplo, Nájera. El odio entre los hermanastros fue incrementándose y, al fin, tras el combate de Montiel, acontecido en 1369, los intereses de los Trastámara se vieron beneficiados con la propia muerte del monarca castellano. Según se dice, Pedro I solicitó parlamentar con su enemigo desde su refugio forzoso en el castillo de Montiel. Enrique accedió a ello y, con la complicidad de su aliado Bertrand du Guesclin, concertó una entrevista traicionera, durante la cual cometió el terrible regicidio por su propia mano. Otros aseguran que fue el propio Du Guesclin quien perpetró el asesinato del rey Pedro, propiciando un cambio trascendental para la historia de España.

Como vemos, las intrigas, conjuras y refriegas no faltaban entre los ascendientes del futuro mariscal francés.

En 1383, cuando el duque Juan IV consolidaba su posición en Bretaña, desposeyó a Jeanne Chabot —única superviviente en línea directa de la casa de Rais— sucediéndola en sus dominios. A mediados de la década de 1390, mientras continuaba con sus intrigas con Inglaterra, ofreció la mano de su hija María a Enrique de Lancaster, con una dote que incluía la ciudad portuaria de Brest y el señorío de Rais. Jeanne de Rais, viendo con impotencia que su casa era ofrecida por un usurpador a un príncipe extranjero, decidió presentar su caso ante el Parlamento de París, buscando los medios de llevar a juicio al duque Juan IV de Bretaña. El rey Ricardo II de Inglaterra, deseoso de sostener a su aliado bretón, tomó la defensa de Juan IV. Tras una prolongada lucha judicial, Jeanne de Rais consiguió recuperar su patrimonio con todos sus derechos de propiedad, pero se planteó entonces una nueva cuestión: si ella fallecía, ¿quién heredaría sus tierras?

La muerte del duque Juan IV a principios de noviembre de 1399 aceleró las decisiones que habían de tomarse. En 1402, su viuda, Juana de Navarra, casó con el rey Enrique IV de Inglaterra. Jeanne de Rais, cuyo apodo era La Sage (“La Sabia”),

se percató de que el tiempo jugaba a su favor, recordando que antaño, en 1304, la casa de Rais se había aliado con la casa de Machecoul, cuando Eustachie Chabot (de la casa de Rais) se casó con Girard de Machecoul. La descendiente de ambos, Catherine de Machecoul, había contraído matrimonio con Pierre de Craon, y el hijo de éstos, Jean de Craon, tuvo una hija llamada Marie.

En la época del padre de Jeanne de Rais, una de sus tías, otra Jeanne apodada La Folie (“La Loca”), se había casado con Guy de Laval. El descendiente de ambos, otro Guy de Laval, se presentaba como un potencial sucesor y heredero del señorío de Rais. Para Jeanne de Rais, la solución se presentaba clara como el agua y era imperativo casar a Guy II de Laval con Marie de Craon, reuniendo con este matrimonio todas las ramas de la familia, y hacer del hijo de éstos (el primogénito) el sucesor y heredero universal de sus bienes. A pesar de la sabiduría de Jeanne de Rais, era difícil crear un nexo sobre el abismo político que se había acrecentado durante todos aquellos años... La casa de Rais tenía en muy baja estima a la casa de Montfort, la cual, después de todo, había robado su señorío ofreciéndolo a los ingleses. Los Craon, por otro lado muy unidos a los Montfort, intentaron por medio de Pierre de Craon (bisabuelo materno de Gilles), y probablemente bajo las órdenes del duque Juan IV, asesinar a Olivier de Clisson, crimen no consumado, con la consiguiente huida de Pierre a España. Clisson era condestable de Francia y cabecilla de un partido al que la alta alcurnia francesa despreció por ser sus integrantes altos funcionarios y aristócratas de segunda fila al fiel servicio de los reyes Carlos V y Carlos VI de Francia. El apelativo *marmousets* (“monigotes”) que les fue aplicado define a la perfección el sentimiento que inundaba la Francia de los últimos coletazos medievales. Hoy en día, y para su desgracia, su nombre es más recordado por el nacimiento del célebre escritor Julio Verne, quien vino al mundo en la ciudad de Nantes el 8 de febrero de 1828, precisamente en la calle Olivier de Clisson n.º 4. Pero volviendo a nuestra historia, diremos que Jeanne de Rais, apremiada en encontrar un heredero, so pena de que el señorío fuese a parar nuevamente al ducado de Bretaña, se puso manos a la obra y esgrimió sus innegables dotes diplomáticas para allanar las diferencias. Su mediación se tradujo en un rotundo éxito cuando Guy II de Laval aceptó cambiar su apellido por el de Rais a fin de perpetuar dicha casa nobiliaria, y el 5 de febrero de 1404, sin ningún impedimento, pudo desposarse con Marie de Craon. En otoño de ese mismo año nació su primer hijo, Gilles, a éste siguió otro vástago, Rene, nacido en 1407. Por tanto, los padres del futuro paladín francés, por mor de los acontecimientos y enlaces familiares, poseían unos dominios inmensos desde Bretaña hasta Poitou y desde Maine a Anjou. Y como único heredero de aquella riqueza patrimonial, el primogénito Gilles tenía todas las papeletas para transformarse en el hombre más poderoso de Francia y uno de los más influyentes de su época, por encima incluso del mismísimo monarca galo. Ser demasiado consciente de este

gozoso destino fue sin duda uno de los factores que abonaron la perdición de su compleja personalidad. De nada le sirvió proceder de la noble estirpe de los Montmorency y los Craon, ser nieto del caballero Brumor de Laval, sobrino nieto de Du Guesclin o pariente del condestable Clisson. Todos estos vínculos sanguíneos colmados de virtudes, herencias fabulosas y enfermedades congénitas terminaron por hacer explotar una de las mentes más perversas que haya podido contemplar la atónita humanidad. Sepamos, pues, algo más sobre la solitaria infancia de Gilles.

UNA INFANCIA EN SOLEDAD

Ya hemos comprobado cómo los blasones que concurrieron en el nacimiento de Gilles de Rais dieron origen a la unión de varias fortunas, así como la posesión de innumerables y ricos territorios. Pero tanto oropel no fue ajeno a los sentimientos, pues era evidente la falta de amor entre Guy de Laval, ahora convertido en barón de Rais tras el matrimonio, y Marie de Craon. Ambos cónyuges consintieron los desposorios a sabiendas de que no existía entre ellos ninguna atracción física ni empatía que pudiera hacerles soportar una convivencia más o menos normal. En aquel tiempo medieval este tipo de ajustes entre familias nobles era lo más habitual y nadie osaba contravenir acuerdos de semejantes características. Por tanto, nos encontramos ante una pareja cuya única intimidad era la sexual con objeto de engendrar hijos, que era, en definitiva, de lo que se trataba si se deseaba mantener a salvo la estirpe. En el caso de Gilles, y por ende de su hermano Rene, los dos varones tuvieron que vérselas muy pronto a solas frente al mundo. Se les privó del privilegio más fundamental: poder crecer al lado de unos amantísimos y protectores padres. Sí es cierto que éstos guardaron las aparentes formas que la sociedad francesa les exigía y mantuvieron la elegante pose de nobles idóneos en todo momento. Sin embargo, en la intimidad de aquel hogar la situación no podía ser más fría. Durante los primeros años de vida, Gilles apenas tuvo contacto con sus progenitores. A decir verdad, debemos atribuir la crianza de los hermanos De Rais a institutrices y amas de cría como Guillemette la Drappière, una mujer de acreditadas facultades para ese trabajo que procedía de la comarca de Champtocé. La Drappière se alzó como alguien primordial en los primeros pasos de Gilles, será quien le amamante, quien le enseñe a caminar, quien le llene de caricias y besos, aquella que le instruya en el balbuceo de las primeras palabras. Como es lógico, esta generosa señora se convirtió en una excelente sustituta materna, incluso alguno de sus propios hijos fue hermano de leche de Gilles y, para mayor tristeza, quedaron implicados directamente con su vida. Uno de ellos llamado Jean orientó sus pasos hacia el sacerdocio, entrando más tarde al servicio del barón de Rais como capellán. Otro hijo más pequeño de Guillemette tuvo peor destino y, en el proceso que años más tarde se siguió contra Gilles de Rais, apareció como uno de los posibles niños asesinados por él. Guillemette se mantuvo al lado de los pequeños nobles hasta la muerte de su marido, quien formaba parte de la servidumbre palaciega. Siguiendo la costumbre de la época, tuvo que abandonar Champtocé para incorporarse al servicio de la madre del obispo de Nantes. Paradójicamente, este mismo prelado de la Iglesia sería el juez eclesiástico ante el que se tuvo que presentar Gilles de Rais durante el proceso al que se le sometió en

1440.

En todo caso, el heredero de aquellos bienes no pudo conocer el ambiente de una familia feliz y sólida como se podía suponer en gentes de tanta alcurnia y, durante sus primeros siete años de existencia, tan sólo recibió contadas visitas de su atareada madre y de su altanero padre. En este tiempo se ocupó en crecer sin ataduras ni consejos, aunque de inmediato demostró unas aptitudes innatas para aprender determinadas disciplinas académicas. Todo ello mientras jugaba por los alrededores de Champtocé en compañía de otros niños provenientes de familias lacayas que ofrecían sus servicios en el castillo. El pequeño Gilles se instruyó, como otros infantes de su condición social, en las prácticas de la escritura y de la lectura, manejó muy pronto lenguas como latín y griego, mientras no descuidaba su francés y, por supuesto, su bretón natal. Hay que decir que a los cuidados de Guillemette la Drappière se añadieron las enseñanzas impartidas por tutores en casi todos los casos eclesiásticos; posiblemente, los más influyentes fueron el sacerdote y abogado Georges de Boszac, y el sacerdote y futuro presbítero de Angers, Michel de Fontenay, quien llegó a decir lo siguiente sobre su relación con Gilles durante la infancia y adolescencia de éste:

El joven Gilles me pareció siempre muy adelantado para sus años, física y mentalmente. En lugar de presenciar durante el tiempo que estuve con él el desarrollo gradual de sus dotes y talentos, Gilles me sorprendió desde el principio por la madurez y extraordinaria brillantez de su mente. Era un genio, pero estaba excesivamente consciente de que lo era. Tal vez porque nadie entendía esta complejidad de su carácter, el narcisismo fue su vicio y como resultado de la costumbre de recrearse en su propia imagen, Gilles desarrolló un orgullo y una arrogancia que no conocían límites. Empezó muy pronto a mostrar también un espíritu de rebeldía y a imponer su voluntad sobre todos los que le rodeaban. He de decir que, mientras estaba recibiendo la instrucción necesaria para la salvación de su alma, su mente permaneció, en mi opinión, sutil y astuta. Su sutileza era una sutileza femenina y era más pródigo que sincero en sus actos de devoción. Desde su más tierna infancia, percibí en él un rasgo de carácter que parecía derivar estímulo y satisfacción del acto de infligir dolor o crueldad en otros. No era necesario que este dolor o sufrimiento lo provocara él: era suficiente para Gilles contemplar el dolor infligido por otros, o incluso leer u oír contar de casos en que este dolor se había provocado. Puedo asegurar que Gilles experimentaba entonces placer en la lectura de historias de torturas y ejecuciones. Pero no creo que hasta esa fecha se entregara a ese vicio en la práctica. Más adelante, cuando fue soldado, habrá encontrado oportunidades de dar rienda suelta a su sed de sangre.

Este testimonio clarifica notablemente nuestro conocimiento de la formación humana en la que crecía el desasistido Gilles. Nos encontramos ante una madre indolente que rehúsa querer a sus propios hijos y, por otro lado, un padre más preocupado en acumular riquezas y títulos que en atender la educación de su prole. Y en ese ambiente de abandono sentimental va creciendo la inestabilidad emocional de aquel niño sujeto al dictado de un destino que seguramente no había pretendido. No es aventurado pensar que las psicopatías que padeció Gilles de Rais no se hubieran producido de haber sentido un afecto caluroso por parte de sus padres. Pero lo cierto es que tanto Guy como Marie no tuvieron mucho tiempo para enmendar aquel evidente error fruto de la sociedad y época que les tocó vivir. El 28 de septiembre de 1415 Guy de Rais se encontraba participando en una fastuosa cacería por los alrededores de Champtocé. Estos eventos campestres eran muy frecuentes entre la nobleza durante los escasos momentos de paz que permitía la inacabable guerra de los Cien Años. En un episodio de aquel lance un grupo de jinetes logró cercar a un enorme jabalí de retorcidos colmillos afilados. La bestia fue herida de diversos lanzazos, pero su brutal resistencia física, abonada por siete inviernos de experimentada vida, hizo que aún buscara un último refugio en lo intrincado del bosque. Guy, bravucón como era y dispuesto a no dejar que ninguno de sus amigos se apropiara indebidamente del mérito de cobrar la importante pieza, desmontó de su caballo y tras desenvainar su puñal de caza se acercó temerariamente al lugar donde supuestamente yacía el moribundo verraco. Empero, cuando el sonriente barón de Rais se disponía a rematar al animal, éste se revolvió con la violencia del último estertor y atacó al sorprendido cazador incrustándole sus defensas en el vientre de tal manera que ambos quedaron unidos en un amasijo de vísceras y sangre. Los compañeros de cacería de Guy tan sólo pudieron trasladar al mal herido barón hasta sus dominios en Champtocé, donde, dada su enorme corpulencia, sufrió una lenta y dolorosa agonía con la mitad de sus tripas fuera del vientre sin que los galenos pudieran hacer demasiado, salvo suministrarle algunos bebedizos en un intento de paliar los delirios previos a su fallecimiento. Es aquí donde podemos inscribir una de las imágenes que marcaron la infancia de Gilles. Con casi once años de edad, nadie pudo o quiso impedir que el mozalbete permaneciera impasible al lado de su padre durante los días que se prolongó aquella tortura. Fueron momentos extremos durante los cuales Gilles, con los ojos más abiertos que nunca, observaba los rasgos contraídos en la faz de aquel hombre al que tan poco había tratado o querido. Lejos de sentir pena, dolor o siquiera asco ante las terribles heridas de su padre, Gilles se mantuvo con gesto sereno ante aquella espantosa escena. Tras el óbito, el muchacho no sintió lástima, no derramó una sola lágrima, ni se acercó al cadáver de su padre. Seguramente, en ese instante, una nueva y feroz sensación había anidado en su alma

de inminente asesino: el gusto por la sangre y la excitación que provocaba en él el dolor ajeno. A pesar de todo, Guy de Rais tuvo lucidez suficiente para elaborar un documento de últimas voluntades en el que se reflejaba, sin tapujos, la intención de encomendar la tutoría de sus hijos a su primo Jean Tournemine de La Humaudaye, hombre cabal y perfectamente cualificado para asumir dicha responsabilidad. Por desgracia para él, esta petición testamentaria no se cumplió al intervenir el suegro de Guy, Jean de Craon, quien impuso, dada la dejadez de su hija, sus derechos como abuelo en el ánimo de preservar la inmensa fortuna familiar que Gilles como heredero empezaba a acumular. Éste es sin duda otro de los factores cruciales que aceleraron el impulso del futuro mariscal hacia los insondables abismos infernales. El viejo de Craon era, a decir de muchos, un hombre de carácter enérgico y violento. Curtido en su mocedad en las lides del bandidaje, presentaba aspecto de guerrero fornido más interesado en las cuestiones económicas que en las familiares. Dicen de él que incluso llegó a ser salteador de caminos, en cuyas redes piratas cayeron personajes tan ilustres como Yolanda de Aragón, duquesa de Anjou, a la que privó de sus mejores joyas y anillos, motivo por el cual, y a pesar de su redención posterior, nunca fue bien visto en la corte francesa. De Craon era un personaje desprovisto de sentimientos afectivos y sólo interesado en elaborar maquinaciones políticas oportunas que le permitieran seguir manteniendo su estatus como segunda fortuna de Francia. Tras recibir la tutela de sus dos nietos huérfanos de padre y contemplar cómo su hija Marie se alejaba aún más de los niños tras un inesperado enlace con Charles d'Estouteville, dio rienda suelta a los pequeños sin importarle un ápice su educación convencional. De tal modo que, mientras los maestros asignados a los pequeños se esforzaban por inculcarles los conocimientos básicos en teología, historia, política..., su abuelo les permitía crecer como salvajes en el entorno de Champtocé. Si en alguien se fijó fue en el pequeño Rene, el único parecido físicamente a la familia Craon, por lo que fue privilegiado con alguna de las escasas atenciones de su maquiavélico abuelo. En cuanto a Gilles, más parecido al clan de los Laval, el astuto noble se aplicó a la tarea de enseñarle los procelosos senderos de una supuesta nobleza aristocrática. En estos años Jean de Craon educó erróneamente a Gilles en la creencia de que sus títulos y riquezas le situaban por encima de las leyes de obediencia al rey o a Dios. Esto fue determinante a la hora de edificar la personalidad del ya adolescente Gilles de Rais, quien, por cierto, siempre temió y odió la figura de su abuelo materno. En su propio testimonio aseguraba que el despiadado De Craon le inició en el alcoholismo y en la crueldad hacia sus semejantes, afirmando que si alguien existía tan malvado como él, ése había sido sin duda su abuelo. Tras la muerte de su padre, aún le podía quedar la esperanza de una hipotética reconciliación con su madre. Sin embargo, también eso le fue negado, pues la desdichada Marie falleció inesperadamente poco tiempo después de que lo hubiese hecho su primer

esoso. En esta circunstancia, los hermanos De Rais quedaban sujetos de forma inexorable al exclusivo arbitrio de su abuelo materno, o lo que es lo mismo, la suerte sobre su formación personal y espiritual estaba echada. Gilles prosiguió resignado con su aprendizaje en Champtocé, siempre, eso sí, bajo la severa supervisión de su flamante tutor. Durante esos años anduvo ocupado con el estudio y los deportes al aire libre. El muchacho manifestó ya a una edad temprana una pericia desacostumbrada en todo lo que emprendía, dejando pronto atrás a sus maestros y confiando en su propia sed de conocimientos y en su capacidad propia para adquirirlos. Jean de Craon era demasiado viejo para llevar a cabo la tarea de disciplinar a Gilles, cuyo temperamento le hacía tan indomable como egocéntrico, y a tal efecto solicitó en el castillo la presencia de Roger de Bricqueville, primo de sus nietos y, desde entonces, fiel compañero de andanzas y aventuras, lo que le convirtió de grado en cómplice de los primeros desmanes provocados por el heredero de Rais. Roger, muy a su pesar, terminó por ser la diana perfecta para el iracundo abuelo, el cual nunca propinó castigos físicos a sus nietos y sí en cambio al primo, al que no dudaba en azotar o fustigar con el látigo por las travesuras cometidas por los jóvenes. Era evidente que Gilles estaba muy adelantado física y mentalmente para su edad y el orgullo que le dominaba al saberse depositario de tanto poder nunca le impidió asistir a los castigos que caían injustamente sobre su pariente sin el menor atisbo de sentimiento de culpa, más bien al contrario, dado que por entonces el joven ya disfrutaba con la visión del dolor ajeno. En espíritu, la admiración de sí mismo se convirtió en vicio, y a consecuencia de la costumbre de recrearse en la contemplación de su propio reflejo, el joven Gilles empezó a dar muestras de una arrogancia que con el tiempo no tuvo límites. Manifestó también muy pronto un carácter rebelde, así como un deseo irresistible de imponer su voluntad sobre todos los que le rodeaban. Aferrándose a sus libros como única fuente de la sabiduría que anhelaba, leyó a Valerio Máximo, las *Metamorfosis* de Ovidio, los *Anales* de Tácito y *La Ciudad de Dios* de san Agustín. Pero hubo un momento crítico para el muchacho y éste se produjo cuando cogió en sus manos por primera vez *Las vidas de los Césares*, un manuscrito delicadamente iluminado de los relatos de Suetonio. Las obscenidades de Tiberio, las crueldades de Calígula, la excentricidad de Nerón y, en definitiva, el poder despótico que toda la línea imperial ejerció sobre sus subditos, debieron de haber tenido para él la más profunda y peligrosa fascinación. Aquí estaba su propio corazón revelado en su futura putrefacción. Éste era el hombre que él iba a ser: un rey, un tirano, un monstruo que gobernaría con el temor más que con el afecto, sometiendo a sus vasallos al poder inexorable de su voluntad. El arrobamiento producido por la visión de las ilustraciones le dejaba sin aliento, de tal manera que se veía obligado a dejar el libro a un lado para montar en su caballo durante un rato o zambullirse en el río para nadar. En realidad, bastaba cualquier cosa con tal de calmar

momentáneamente la fiebre que esas malvadas fantasías le provocaban. Aunque, movido por un deseo irrefrenable, regresaba una y otra vez a esa hipnótica relación de mandatarios romanos hasta que terminó por convertirse en un texto obsesivo para él. Finalmente, tras innumerables noches en la biblioteca de Champtocé, el aprendiz de asesino acabó concluyendo que si aquellos gobernantes del mayor y más espléndido imperio antiguo habían actuado así, por qué él, que era representante de la mayor pureza nobiliaria, no podría imponer sus deseos a todos aquellos que se doblegaban ante su figura. Muchos años después, en su juicio, reconoció el terrible efecto que la inmortal obra de Suetonio había tenido en él.

No obstante, en algo sí se esforzó el implacable abuelo De Craon, y esto fue la educación militar de su nieto. Gilles se preparó a conciencia para asumir a edad temprana la condición de hombre de armas en aquella Francia involucrada en la guerra de los Cien Años. A un noble que ostentaba su impecable rango se le exigían varias cualidades bélicas que debía esgrimir en los campos de batalla. A tal efecto, el futuro mariscal se adiestró con suma eficacia en el manejo de la espada, hacha de combate, lanza y daga, sobresaliendo en todas esas disciplinas guerreras. La lanza tenía unos cuatro metros y solía ser una robusta pieza de fresno que iba aumentando de grosor hacia la empuñadura y acababa en una fina y larga punta. A caballo se llevaba firmemente sujeta debajo del brazo mientras que las piernas se apretaban con fuerza contra los estribos y la silla, haciendo de caballo y caballero un proyectil capaz de derribar o atravesar la armadura de un adversario. Cuando se utilizaba desmontado, aquélla se cortaba por la mitad para hacerla más manejable. La alabarda era cada vez más apreciada y un arma mortal consistente en una cabeza de hacha sujeta a un astil de dos metros, rodeada de metal para que no pudiera ser desmochada; ésta se utilizaba para aporrear o perforar a un adversario. Si bien la reina de las armas, en cualquier campo de batalla en aquel primer tercio del siglo XV, era la espada, símbolo de la caballería y la nobleza. Hecha del más fino acero (el de Bordeaux era altamente apreciado) la mayoría, de un metro de longitud, tenía una simple guarda de cruz y un pesado pomo. Había otras armas más finas para usos especiales y con una sección en forma de diamante para poder atravesar las armaduras, pero la mayoría tenía una hoja ancha y de doble filo para cortar. También eran populares otros tipos de espadas más largas que se empuñaban con ambas manos (aunque aún no habían alcanzado las monstruosas proporciones de las del siglo XVI). Finalmente, en la cadera derecha los combatientes llevaban una daga del tipo *ballock* o misericordia. Ésta no era realmente un arma de combate y se empleaba por lo general para rematar a un adversario herido o como último recurso, ya que podía pasar a través de un visor o entre las rendijas de la armadura hiriendo o matando a alguien que de otra manera sería invulnerable.



Retrato de Carlos VII el Bienvenido, rey de Francia entre los años 1422 y 1461.

En sus años de instrucción militar Gilles demostró ser un aventajado discípulo en lo concerniente a doctrina castrense y empleo de las armas, cualidades que desarrolló hasta la perfección cuando intervino tiempo más tarde en los combates contra los ingleses al servicio del delfín Carlos VII. Desde luego, nadie pudo discutir que fue un fiel garante del modelo caballeresco exigido a los de su condición en aquella época tan agitada de la historia francesa. Los ejércitos que se pertrechaban en Francia a principios del siglo XV estaban basados en el hombre de armas: es decir, un guerrero ataviado con una armadura completa y entrenado para combatir a caballo y a pie. Podía ser un caballero si poseía el necesario estatus social y había sido sometido a una ceremonia formal, como fue el caso de Gilles de Rais. Si bien todos los hombres importantes eran caballeros, muchos hombres de armas eran simples hidalgos (el rango inferior y que técnicamente denotaba un hombre susceptible de ser nombrado caballero), o soldados ordinarios sin tales pretensiones. El hombre de armas era principalmente un jinete por instrucción y carácter. Normalmente mandaba una «lanza», o grupo de leales que también iban montados, por lo que necesitaba ser lo suficientemente adinerado para poder mantener varias monturas, habitualmente una docena. Gilles recibió en su primera ceremonia oficial a la edad de catorce años una espléndida armadura blanca milanesa con la que se le concedía la distinción de caballero. Hasta mediados del siglo XIII, la armadura había estado fabricada de malla (filas de anillos de hierro densamente entrelazados), aunque gradualmente se fueron añadiendo piezas de acero para conseguir mayor protección contra los golpes y los proyectiles. Hacia 1415, el traje de láminas, o armadura completa, había alcanzado casi su estado definitivo y el caballero iba cubierto *cap-à-pied* (“de la cabeza a los pies”) de acero pulido. Debajo de la armadura se utilizaba un justillo acolchado

(*akheton*) para impedir el roce del metal y para absorber parte de la fuerza de la flecha. Hasta el año 1400 muchos guerreros vestían un chaleco de malla sobre aquél y posteriormente una cota de láminas metálicas. Tal impedimenta pesaba sin duda, pero el mayor problema era el del agotamiento debido al calor en el interior de la armadura. El desarrollo de la «armadura blanca» completa —llamada así porque todas sus piezas eran de metal pulido— ayudaron a resolver este problema. Nadie podía ceñirla sin ayuda y era necesario disponer al menos de un asistente. Sin embargo, el peso de un traje completo no era algo intolerable: con un promedio de 28-35 kilos, el peso de un arnés completo no era superior al del equipo de un infante moderno. Más aún, el peso estaba distribuido alrededor del cuerpo y cada pieza, dispuesta y articulada para adecuarse a los movimientos del guerrero, por lo que los caballeros no necesitaban ser subidos al caballo por medio de poleas como antaño. Un hombre de complexión normal podía subir a su caballo con facilidad; tampoco era imposible levantarse desde una posición de postración, a menos que estuvieran totalmente extenuados, aturdidos o heridos.

La parte más pesada e incómoda de la armadura era el casco, por lo que frecuentemente se quitaba cuando se encontraban lejos de la acción o ésta era improbable. El torso estaba cubierto por una pieza de espalda y pecho articulada con pernos en el lado izquierdo y hebillas en el lado derecho y sobre los hombros. Los brazos y piernas tenían tubos unidos de forma similar y el codo y la rodilla estaban cubiertos respectivamente por las piezas llamadas *couter* y *poleyn*, que permitían el movimiento. Entre la cintura y la mitad del muslo había una faldilla de aros de acero. Guantes articulados protegían las manos y *sabatones* los pies. Una innovación perteneciente a la última parte de este periodo lo constituyó una lámina pequeña y circular que protegía ambos sobacos, zona muy vulnerable cuando se levantaba el brazo para asestar un golpe. Otra innovación que sustituyó al *aventail* de malla era el guarda-cuellos sólido, que iba unido al casco, conocido como *bascinet*; este término se generalizó de tal forma que los contemporáneos lo utilizaban para indicar el número de caballeros que engrosaban los ejércitos. Era una pieza muy ajustada que llegaba hasta la parte posterior de la cabeza. La cara estaba protegida por un visor o por otro casco que se ponía encima de aquél. El visor, de forma puntiaguda, dio origen al término *bascinet de cara de perro* y podía ir unido con goznes o bien deslizarse para obtener una mejor visión y ventilación. El «gran casco», con forma de cubo que no ofrecía ningún confort, se utilizaba en torneos pero no en la guerra. Los hombres ricos adornaban sus armaduras con tiras de latón o metal dorado; los que tenían escudos heráldicos los mostraban en una pieza ajustada llamada *cote d'armes* (literalmente, “escudo de armas”, que posibilitaba la identificación en la batalla y tenía un gran significado simbólico). El escudo de armas tenía el efecto de hacer saber que su poseedor estaba en condiciones de pagar un rescate, lo cual era una

valiosa póliza de seguros en caso de peligro de muerte. Se cree que el *cote d'armes* fue abandonado a principios del siglo XV y sustituido por una armadura blanca de acero como la que llevaba Gilles de Rais en su graduación caballeresca.

Es precisamente en esta etapa adolescente donde se inscribe el primer asesinato a manos del futuro ogro. Según se cuenta, Gilles, enardecido por su nueva condición de guerrero, practicó furiosamente su destreza con las armas en peleles confeccionados con paja y trapos hasta que, aburrido por la falta de respuesta en aquellos objetos inanimados, decidió emplearse a fondo frente a supuestos adversarios carnales. El elegido para la prueba fue su amigo de juegos Antoine, un frágil muchacho, hijo de sirvientes en Champtocé y que se sentía distinguido por la compañía del noble heredero. Éste, utilizando una amabilidad fingida, dispuso que su compañero tomara en sus manos un puñal con el que se le opondría en singular combate. Como es obvio, Antoine no estaba tan avezado en la lucha como Gilles y, tras unos segundos de inútil resistencia, recibió una estocada mortal que le precipitó al suelo, donde se desangró ante la mirada perversa y complaciente del que había sido hasta entonces su inseparable cómplice de travesuras infantiles. Gilles no sintió la más mínima compasión por el yaciente, descubriendo, para su deleite, que en aquella primera muerte provocada por su voluntad había experimentado un placer irremisible ante la visión de la sangre que brotaba a raudales en el cuerpo de su contrincante. Contempló la agonía del niño hasta que murió sin ni siquiera tener el ademán de pedir auxilio para intentar salvar esa vida. Más tarde y una vez conocido el luctuoso suceso, el abuelo tapó aquel capítulo pagando una ridícula suma a los resignados padres del fallecido, con lo que Gilles salió impune del primer asesinato de su historia.

MATRIMONIOS IMPOSIBLES

A los dieciséis años el aspecto físico que presentaba Gilles de Rais no podía ser mejor para un joven aristócrata. Superaba con creces el metro ochenta de estatura, por lo que se repartía un cuerpo perfectamente musculoso y sano. Era muy ancho de hombros por el continuo entrenamiento militar y su agilidad de movimientos no perturbaba en absoluto la extraña elegancia natural que le acompañaba en su porte. Gilles era, sin duda, prototipo del ideal encarnado en los caballeros franceses de su condición y a esto añadía un aspecto agraciado debido a la armonía de su rostro, en el que destacaban sus grandes ojos azul claro y los pómulos pronunciados, típicos de la naturaleza bretona. El conjunto se completaba con un negro y ondulado cabello que acentuaba aún más si cabe su lustrosa tez aceitunada y sus rojizos labios carnosos. Como vemos, su agradable persona y su cuantiosa fortuna abrían fácilmente el camino para solicitar en matrimonio a cualquier damisela perteneciente a las grandes casas francesas. Sin embargo, un hecho interfirió gravemente en esta pretendida y, por otra parte, lógica búsqueda: la evidente homosexualidad de Gilles. Ya desde sus primeros años, según testimonio de sus mentores, mostró ciertas maneras femeninas en su comportamiento. Más tarde, sufrió las regañinas de su abuelo cada vez que le sorprendía haciendo manitas o en actitud comprometida con pajes, muchachos del servicio o su propio primo Roger de Briqueville, por los intrincados rincones del castillo señorial. Aun así, la homosexualidad de Gilles fue ignorada por su abuelo, como tantas otras conductas reprobables del muchacho, y pronto el anciano se dispuso a la tarea de buscar a la mejor candidata para su nieto. La primera elección recayó en la pequeña Jeanne Peynel, de apenas cuatro años y huérfana de Foulques Peynel, señor de Hambuy y Briquebec. El compromiso tuvo lugar el 14 de enero de 1417, día en que se firmó el contrato nupcial que uniría al heredero de Rais con una heredera normanda. Esta unión, preparada a conciencia por Jean de Craon, integraría las posesiones heredadas por la muchacha, que constituían la mayor fortuna de Normandía, al ya de por sí magnífico patrimonio de los Rais y los Craon. Empero, esta magna operación económica y territorial se vino abajo casi de inmediato cuando algunos nobles locales, alarmados, y con razón, por lo que estaba a punto de originarse, denunciaron el hecho ante el Parlamento de París, lo que paralizó la concreción del contrato. Este contratiempo encolerizó al viejo bandido bretón, que no cejó en el empeño de ensanchar las fronteras de su heredad aun a sabiendas de que la mayor parte de la aristocracia francesa veía con recelo todas sus manipulaciones. Finalmente, tras meses de escrupulosa selección, el 28 de noviembre de 1418 se firmó un nuevo acuerdo matrimonial para Gilles de Rais. En esta ocasión los ojos del

astuto De Craon se habían fijado en Béatrice, hija de Alain IX, vizconde de Rohan, conde de Porhoët y sobrina del duque Juan V de Bretaña. No era tan rica como la anterior, pero al menos era pariente directa del amo y señor de Bretaña, con lo que eso suponía de tranquilidad para las tierras gobernadas por la familia de Rais-Craon. Todo hacía ver que en esta ocasión ningún obstáculo entorpecería el camino del joven barón hacia el altar. Sin embargo, el infortunio reapareció trágicamente y la bella muchacha falleció de forma sorpresiva unas semanas más tarde en la localidad de Porhoët. El pertinaz rumor popular extendió de forma funesta una versión sobre la muerte de la doncella. En ésta se afirmaba que Béatrice había muerto tras pincharse el dedo pulgar de su mano con la púa envenenada de una rosa preparada a tal fin por alguien siniestro del que jamás tuvo noticias y que algunos identificaron ya en ese tiempo con el propio Gilles de Rais, pues el mozo no quería bajo ningún pretexto yacer con dama alguna ni rendir servicio a su odioso abuelo. A pesar de esta segunda intentona fallida, el anciano De Craon siguió perseverando para conseguir una mujer apropiada para su díscolo nieto.



Castillo de Tiffauges, propiedad de Gilles de Rais y una de las fortalezas preferidas donde pasaba largas temporadas. En ella tuvo lugar la mayor parte de las atrocidades cometidas por el barón, así como las prácticas alquimistas que se le atribuyeron.

Mientras tanto, Gilles iba madurando y, en 1420, sin ni siquiera haber cumplido los dieciséis años, le llegó el tan ansiado momento de recibir su bautismo de guerra. Ocurrió en un escenario dominado por la guerra de los Cien Años, en la que los británicos estaban ocasionando severas derrotas a los franceses. En ese trance, el delfín Carlos se asfixiaba por la falta de recursos militares y económicos viendo cómo las diferentes casas nobiliarias del país galo se enzarzaban entre sí, aliadas o no con el invasor inglés. En el año mencionado, el duque de Bretaña fue derrotado y capturado por uno de sus subditos. Gilles, alzado en la categoría de caballero y siendo representante de la mayor baronía del país bretón, no dudó, a pesar de su escasa edad, en ponerse al frente de un pequeño ejército pagado por él con el que acudió presto a Chantoceau, castillo en el que el duque se encontraba arrestado bajo custodia militar.

Gilles lanzó sus tropas con él mismo en la vanguardia hacia los muros de la fortaleza. Y, en una breve aunque decisiva embestida, logró expugnar las defensas de la plaza adentrándose en ella hasta conseguir liberar a su señor. Esta primera gesta le granjeó notable popularidad en Bretaña y el propio duque, agradecido por la heroica actuación de su casi imberbe vasallo, le nombró uno de sus lugartenientes. Según se cuenta, en este pequeño conflicto local, Gilles ya demostró una determinación y una crueldad extremas en su comportamiento añadiendo unas cuantas muertes a su lista sangrienta de víctimas. Aunque, como el lector sabe, si matas a alguien en un contexto de paz eres un asesino, mientras que si matas a miles en una guerra eres el mayor de los héroes aclamado por los tuyos. Son las paradojas de nuestra civilización. Con su recién adquirida vitola de gran guerrero, Gilles atendió los nuevos planes de boda que para él había elaborado su abuelo. Y, a diferencia de los anteriores, en esta ocasión sí que escuchó ilusionado lo que su tutor le propuso. Esto era unirse en matrimonio de grado o por la fuerza con su prima lejana Catherine de Thouars, una bella muchacha de la misma edad que Gilles y que gozaba de simpatía por su parte desde que se habían conocido siendo niños. Catherine era hija de Milet de Thouars y Béatrice de Montjean, poseedores de ricos terrenos en Poitou, colindantes con los pertenecientes a la baronía de Rais. A pesar de la evidente felicidad mostrada por los jóvenes, el padre de ella se negó en redondo a que se celebrase ninguna unión entre ambas casas. Las razones de la oposición eran varias. La primera era, sin duda, el desprecio de los señores locales hacia Jean de Craon y su oscuro pasado; la segunda, y no menos importante, era el parentesco existente entre Gilles y Catherine, ya que eran primos en cuarto grado y la consanguinidad estaba absolutamente prohibida por el Vaticano. A pesar de todo, De Craon no estaba dispuesto a permitir que una oportunidad como ésta de aumentar sus incalculables tesoros se le escapara nuevamente de las manos y a tal efecto dispuso, acaso recordando sus tiempos de bandido, una treta para secuestrar a la heredera de Thouars y casarla en secreto con su nieto; lo que hoy llamaríamos política de tierra quemada o de hechos consumados. El 30 de noviembre de 1420, Jean de Craon, en compañía de su nieto y de algunos hombres, cabalgó hacia tierras de Poitou, donde capturó a Catherine para luego marchar raudos a una ermita rural donde estaba todo organizado para la boda. El oficiante fue un monje previamente sobornado, quien realizó una ceremonia tan rápida como tensa, pues se pensaba que la reacción de los parientes de la novia sería hostil e inmediata. Una vez concluida la ceremonia, el grupo se refugió en Champtocé a la espera de acontecimientos. Aunque, para su agradable sorpresa, éstos no se produjeron en las dimensiones preconcebidas, ya que tan sólo se presentó un tío carnal de la muchacha escoltado por dos caballeros dispuestos a reclamar la devolución de Catherine. De Craon escuchó con sonrisa irónica las exigencias de aquellos hombres y, tras meditar unos segundos, ordenó a sus soldados que apresaran

a los incautos nobles, que acabaron con sus huesos en las frías mazmorras del castillo. Ésta era una afrenta injuriosa hacia la casa de Thouars. Sin embargo, el padre de la forzada novia no estaba en condiciones, dado el poder de su oponente, de organizar una respuesta bélica que asegurara la recuperación de su amada hija. Tampoco quiso solicitar el apoyo del duque de Bretaña, pues sabía que éste se decantaría por los Rais y, al fin y al cabo, ese matrimonio le podría reportar beneficios en aquel inestable marco político y social. En consecuencia, todos los protagonistas de aquella farsa dejaron que transcurriera el tiempo pensando que las aguas volverían a su cauce original en un episodio característico de aquella época tan convulsa para la historia de Francia. Jean de Craon, crecido por su victoria, llevó su osadía aún más lejos y, tras quedar viudo de su mujer Béatrice de Rochefort, celebró su propio matrimonio relámpago con Anne de Sille, abuela de Catherine, hecho acontecido pocos días más tarde de la boda secreta de su nieto, lo que terminó por minar la moral de Milet de Thouars, quien enfermó para morir resignado dos años más tarde. En cuanto a los tres presos de Champtocé, diremos que fueron liberados algún tiempo después, si bien el tío de Catherine falleció víctima de unas fiebres contraídas en los insanos calabozos de la fortaleza. En abril de 1422 se proclamó oficialmente la unión de los dos herederos después de que Jean de Craon hubiese depositado una fuerte suma en las arcas vaticanas, lo que posibilitó que el papa bendijera aquel matrimonio tan raro. Finalmente, el 26 junio de ese mismo año los cónyuges veían ratificada de forma oficial su unión ante los ojos de todos en la iglesia de Saint-Maurille en Chalonnes. Lo cierto es que para entonces Gilles estaba aburridísimo con aquel matrimonio. Una vez superado el emocionante momento del secuestro y posterior boda secreta, se le habían evaporado los efluvios del fingido amor hacia su prima y ahora manejaba con desdén la situación impuesta por su ambicioso abuelo. Catherine, convertida de fogosa amante en sufrida esposa, asumía con tristeza su espinoso y delicado destino sin que ni siquiera hubiese quedado encinta en el primer tramo de aquella función teatral. Nada menos que nueve años tuvieron que transcurrir para que la pareja viera la llegada al mundo de su única hija, Marie, nacida seguramente en el castillo de Tiffauges —nueva residencia de los Rais— el 7 de septiembre de 1429. Esta niña fue el único fruto carnal de Gilles y consiguió vivir hasta 1457. Su madre tuvo, en cambio, una segunda oportunidad y, tras la ejecución de Gilles de Rais en 1440, pudo contraer un segundo matrimonio meses más tarde del trágico suceso, con Juan II, conde de Vendôme, con quien compartió la herencia adquirida de su funesto primer esposo. Con Juan II intentó disfrutar de una felicidad que no había tenido en sus primeros años de existencia y, aunque vio morir a su hija, falleció serenamente en 1462.

En lo que se refiere a Gilles, el matrimonio con Catherine le otorgó una excelente imagen ante sus iguales y vasallos, los cuales llegaron a pensar de forma ilusa que el

aristócrata estaba al fin preparado para asumir su brillante destino. Aunque Gilles, hombre de impaciencia clamorosa, soñaba una y otra vez con el momento más deseado por él, que no era, precisamente, el ayuntamiento carnal con su lozana esposa, sino poseer de manera definitiva el control absoluto sobre su fabulosa herencia. En 1424 le reconocieron la anhelada mayoría de edad. En ese día se encontraba a punto de cumplir veinte años y lo primero que solicitó fue el dominio absoluto sobre el inmenso patrimonio que le pertenecía por derecho. Sin duda, ese instante se alzó como el más luminoso de su corta biografía, con una guinda que el joven heredero saboreó hasta el deleite, ya que después de tantos años de humillación ante la figura de su insufrible abuelo materno, podía dar sin explicaciones una inmensa patada figurada en el trasero del anciano que le apartara de una vez por todas de su vida. Ese año Gilles cobró su primera venganza, la tragedia que manchó su alma haría que no fuese la última. Lejos de manipulaciones que no fuesen las propias, encauzó sus pasos hacia la obtención de mayor poder y gloria. Los territorios inflamados por la guerra eran campos propicios para ello, por tanto, Gilles comenzó a utilizar los recursos adquiridos gracias a su casta para situarse al lado del necesitado delfín francés, futuro Carlos VII, y que por entonces atravesaba un angustioso momento. El barón de Rais no estaba precisamente instruido, ni tenía aptitudes para la política o la diplomacia. Sin embargo, sí gustaba de todas aquellas disciplinas relacionadas con las bellas artes. Era un entusiasta de la música, la pintura y, sobre todo, de la literatura, y, además, ya había acreditado sus dotes en el ámbito castrense. En consecuencia, su fabuloso tesoro sería muy útil para pertrechar tropas que sirvieran al rey en sus campañas militares contra el invasor inglés y sus aliados borgoñeses. Llegaba el momento para que Gilles de Rais batiera armas en la agotadora guerra de los Cien Años. Lo que él no pudo suponer es que una muchacha llamada Juana de Arco cambiaría su vida en aquella encrucijada decisiva de la historia francesa. Junto a ella participaría en los episodios más sublimes de la contienda, consiguiendo ver coronado a su rey para luego obtener la distinción de mariscal de Francia. Con ella supo también que un mundo mejor y más puro era posible, aunque la trágica desaparición de la doncella fue a la postre lo que le devolvió a su infernal realidad, abocándole al submundo de sus crímenes.

SEGUNDA PARTE

EL HEROÍSMO [1420-1431]



«Cuando la vi por primera vez parecía una llama blanca. Fue en Chinon, al atardecer, el 23 de febrero de 1429. Desde el principio fui su amigo, su campeón. En el momento en que entró en aquella sala un estigma maligno escapó de mi alma y, ante el escepticismo del delfín y la corte, yo persistí en creer en su misión divina. En presencia de ella y por ese breve lapso, yo iba en compañía de Dios y mataba por Dios. Al sentir mi voluntad incorporada a la suya, mi inquietud desapareció».

Palabras pronunciadas por Gilles de Rais mientras evocaba la carismática figura de Juana de Arco, la Doncella de Orleans, y objeto de su devoción más encendida.

LA GUERRA DE GILLES

Por horrible que pueda resultar, cada héroe surgido en cualquier estrato social, desde el más modesto al más deslumbrante, necesita de forma apremiante una guerra como medio de expresión de sus cualidades ante los demás. Bien entendido, que dicho conflicto no tiene que ser necesariamente militar, ya que existen otros ámbitos económicos y sociales en los que el paladín de turno puede descollar para asombro encendido de sus coetáneos. En el caso de Gilles de Rais, fue la guerra de los Cien Años el contexto propicio para que su figura aflorara con inusitado fulgor. Sus intervenciones como escolta y protector de la mística Juana de Arco le brindaron la posibilidad de presentarse ante sus paisanos como uno de los salvadores de aquella Francia hostigada por Inglaterra. No obstante, y dada su condición de psicópata consumado, ni pudo ni supo administrar el crédito otorgado por su rey para caminar por otros senderos que no fueran los de la ostentación y el crimen. De poco le sirvió su nobleza de caballero, ni tan siquiera su altísima graduación como mariscal de Francia con la flor de lis ostentada en su escudo de armas. La guerra fue tan sólo un elemento circunstancial en la vida de Gilles, y aunque fue decisiva para la historia francesa, el barón terminó por desvincularse de ella una vez que los lazos que le unían a Juana de Arco quedaron disueltos. Sin embargo, este conflicto sí que supuso un antes y un después en la biografía del aristócrata asesino. Por ello es indispensable un breve repaso de esa guerra y del devenir histórico de Francia.

La guerra de los Cien Años que enfrentó a Inglaterra y Francia entre los siglos XIV y XV fue el reflejo de la crisis que se vivió en Europa en esa época y en ella se engloba no sólo el enfrentamiento bélico entre los distintos reinos, sino también las revueltas campesinas y urbanas que se produjeron en el interior de cada país. En realidad, este prolongado conflicto no hace honor a su nombre popular, ya que duró ciento dieciséis años [1337-1453], para mayor angustia de los contendientes, aunque los lances militares se vieron salpicados por innumerables treguas acompañadas de extensos momentos de paz provocados en su mayor parte por el agotamiento técnico de los litigantes.

ORÍGENES DEL CONFLICTO

La guerra de los Cien Años está considerada como el primer conflicto internacional vivido en Europa que marcó categóricamente, junto con la conquista de Constantinopla por los otomanos, la frontera entre la Edad Media y la Edad Moderna. En la contienda tomaron parte diferentes naciones que más tarde definieron su moderno modelo de Estado. El origen de la misma surge cuando Inglaterra fue invadida por los normandos al mando de Guillermo el Conquistador [1066-1089]. Este hecho originó el surgimiento de un gran reino separado por las aguas del canal de la Mancha. En el siglo XII los reyes franceses intentaron un acercamiento progresivo a los feudos continentales británicos, pero la irrupción en la escena política de Leonor, la gran duquesa de Aquitania, poseedora de una fabulosa dotación económica y, sobre todo territorial, dio un convulso giro a los acontecimientos. Esta indómita mujer llegó a ser reina, primero de Francia —a raíz de su boda con Luis VII— y, después, una vez divorciada, de Inglaterra, al casarse con el monarca inglés, reino considerado como el peor enemigo de Francia. Empero, los vericuetos del amor son insondables y en el caso de la fogosa noble occitana mucho más, como leeremos a continuación, pues en esta decisión concurren varias razones. Entre ellas, acaso la fundamental, fue engrandecer su inmenso patrimonio en suelo francés, ya que estaba considerada como la mujer más rica e influyente del continente europeo y, otra, por supuesto, dar rienda suelta a sus instintos pasionales. En este sentido, Enrique Plantagenet, elevado al trono de Inglaterra con el nombre de Enrique II, presentaba el perfil adecuado para cumplir los requisitos que exigía la bella duquesa. En consecuencia, tras diversos avatares, cruzadas religiosas, peleas conyugales y malentendidos con su primer esposo, llegó el año 1152, momento importantísimo para nuestra historia, dado que no fue hasta entonces cuando Leonor obtuvo la tan ansiada anulación matrimonial del rey Luis VII, lo que le permitió cobrarse una terrible venganza por el daño moral sufrido con el maltrato. Ser divorciada en pleno siglo XII no era plato de gusto para nadie, ni siquiera para la mayor terrateniente francesa. De tal modo y dada su brillantez, se dispuso a explorar la mejor senda que la condujera a un puerto propicio para salvar su buen nombre. Ya había estado casada con un rey, ¿quién sino otro monarca estaría a su altura? Al poco reparó en un jovencito que había conocido tiempo atrás en la corte parisina. Su nombre era Enrique Plantagenet, duque de Normandía, conde de Anjou y Mans y futuro Enrique II de Inglaterra. La elección era tan acertada como provocadora. Enrique gozaba de buena posición y espléndido aspecto, su pelo rojo, cara pecosilla y, sobre todo, sus dieciocho vigorosos años prometían magníficas sensaciones a la seductora francesa,

quien, sin dilación, se puso manos a la obra en el empeño de conseguir cautivar el corazón del apuesto heredero. Desde Poitiers envió una carta de amor donde se declaraba sin tapujos al joven rey. La reacción de éste fue más que receptiva, preparándose un ardiente encuentro entre los dos que desembocó en boda ese mismo año, dejando a media Europa con la boca abierta, incluido el piadoso Luis VII, quien vio en este gesto, sin precedentes, una bofetada a la propia Francia. Desde entonces las dos potencias serían enemigas, acabando enzarzadas en una disputa territorial que se prolongaría tres siglos, hasta que concluyó la guerra de los Cien Años.

Leonor se convirtió en un personaje odiado por los franceses y denostado por escritores y juglares afines a la monarquía gala. En esos años fue presentada ante la recatada corte parisina como una auténtica ramera, que pasaba de cama en cama en una vorágine lasciva y casi infernal confundiendo la mente y el alma de sus amantes. Se le atribuyeron numerosos romances con hombres de toda clase, condición y razas, desde altivos nobles hasta esclavos negros. Leonor fue vilipendiada, injuriada y considerada traidora, pero en el corazón de sus máximos detractores era admirada por su carisma y determinación, lo que al fin impondría su persona por encima de todo.



Grabado que representa la guerra de los Cien Años. Título original: «Francia: la batalla de Crécy».

Nuevamente reina, sus posesiones, sumadas a las de Enrique II, constituían un magno imperio separado por el canal de la Mancha; la propia Francia se tambaleaba ante ese poder. Lo cierto es que Luis VII nunca acertó a valorar las innegables cualidades que aportaba a su reino la inteligente Leonor y por ello le llegaba el turno

de pagar un altísimo precio con la pérdida de tan vitales territorios, que se habían pasado en bloque a engrosar los dominios de los británicos. El monarca galo, hombre poco preparado y de escasas luces para el gobierno, dejó escapar, a causa de sus celos e impaciencia, el mejor patrimonio que tenía Francia. Si bien él nunca pudo atisbar el resonante alcance que tendría la operación político-sentimental llevada a cabo por su ex esposa, quien, ajena a tanta crítica, se encontraba dispuesta a iniciar una vida feliz en compañía de su joven esposo. La flamante pareja compartía los mismos y refinados gustos, son años felices durante los cuales se protegen los ámbitos intelectual y artístico. La cultura occitana se expande por los dominios continentales e insulares del reino. La pareja fue prolífica, pues de su unión nacieron ocho hijos, cinco niños y tres niñas. Ello acabó con la leyenda de la infertilidad de Leonor y de su incapacidad para engendrar varones. Los cinco concebidos con Enrique suponían para Leonor una justa rehabilitación maternal. Sus embarazos se prolongaron hasta el último nacimiento que tuvo lugar en 1166, cuando esta indomable mujer contaba cuarenta y cuatro años; por desgracia, tuvo que asistir al funeral de tres hijos: Guillermo, Enrique y Geoffrey. Otros dos: Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra llegaron a reinar; y ella siempre estuvo en el primer plano de aquellos mandatos. El destino, lejos de otorgar una vida apacible a Leonor, quiso cubrirla con algunas emociones más, dado que a partir de 1163 se empezaron a advertir ciertas diferencias de opinión entre los esposos. Enrique, ya maduro, no aceptaba las continuas injerencias de su activa consorte, muchos dudaban sobre la capacidad real del monarca, pensando que era la francesa la que gobernaba aquel reino. En 1169, harto de intromisiones femeninas, envió a Leonor a sus posesiones de Aquitania a fin de quitársela de en medio. Una vez establecida con sus hijos en Poitiers, recuperó el tiempo perdido creando una espléndida corte que pasaría a la historia, en la que renacería con fuerza el amor cortés inspirado por su abuelo Guillermo IX.

Con la complicidad de su hija mayor, Marie de Champagne, estableció protocolos originales que potenciaron la caballerosidad galante y un amor puro y sincero cuyos ecos recorrieron la Europa medieval. Eran años en los que Poitiers se impuso como gran foco cultural de Occidente, las justas poéticas, el idioma del cortejo y la ausencia de violencia dominaban escenarios por los que se movían los mejores autores de la época. Chrétien de Troyes o André Le Chapelain, trabajaron gozosos bajo el influjo de Leonor, quien no reparaba en gastos cuando se trataba de fomentar o difundir cualquier manifestación cultural. Desde todos los confines geográficos llegaban bardos, juglares y trovadores dispuestos a demostrar su valía en los alardes poéticos anuales que se celebraban. Cada vencedor, en esos torneos incruentos, recibía el agasajo verbal y reconocimiento de los allí presentes. Muchas parejas jóvenes disgustadas acudían al santuario del amor cortés para someter al dulce tribunal sus disputas. Leonor y sus damas juzgaban los hechos ateniéndose a un

código compuesto por treinta y un artículos que determinaban la conducta más correcta a seguir para cada caso. Sin duda, el suceso literario más destacado de este periodo es la recopilación de las viejas narraciones celtas a cargo de especialistas consumados como los antes mencionados. Gracias a Leonor y a su hija Marie, estos autores y otros trabajaron en recopilaciones exhaustivas sobre las tradiciones ancestrales célticas. Así fue como reaparecieron con fuerza lugares y personajes tales como el rey Arturo de Bretaña, la reina Ginebra, el mago Merlín, los doce caballeros de la Mesa Redonda, la ciudad de Camelot o la isla de Avalon, al igual que el ideal de la purificación del espíritu por medio de la búsqueda del Santo Grial.

El hoy tan famoso ciclo artúrico es más y mejor conocido gracias al mecenazgo de la espléndida Leonor de Aquitania, quien, por otra parte, no estaba dispuesta a descuidar su faceta política; en ese sentido, fue capaz de incentivar la rebelión de sus hijos ante el poder abusivo ejercido por Enrique II.

La conjura fue descubierta y abortada. A pesar de eso, el rey se mostró magnánimo con sus vástagos rebeldes perdonándolos, no así a su mujer, a la que envió prisionera al castillo de Chinon, donde permaneció quince años a la espera de mejores tiempos para su causa.

Por fin en 1189 falleció Enrique II. Como sus hijos mayores Guillermo y Enrique el Joven habían hecho años antes, el campo quedaba libre para que Ricardo I Corazón de León llegara al trono sin más oposición y contando con el incuestionable apoyo de su madre. Ésta, orgullosa, contemplaba el triunfo de su hijo favorito en el que tantas esperanzas había puesto.

Ricardo fue ungido el 3 de septiembre de 1189 en Westminster; fue la primera vez que una ceremonia de coronación británica quedó reflejada en las crónicas oficiales con profusión de detalles. Conociendo la personalidad de Leonor de Aquitania, es fácil intuir quién organizó las celebraciones de aquel suntuoso evento que no pasó en absoluto inadvertido para el resto de las cortes europeas presentes en el acto.

Ricardo lucía su majestuoso porte ante todos, la larga melena rubia aleonada que tanto había tenido que ver en el sobrenombre Corazón de León por el que todos le conocían destacaba sobremanera en aquel episodio trascendental para la historia de Inglaterra. Tras la solemne proclamación, los nobles invitados pasaron a las dependencias preparadas para el convite real, cientos de camareros y cocineros trabajaron laboriosamente en la confección y distribución de exquisitos platos en los que se combinaban los gustos franceses y británicos. Miles de velas se repartieron por los salones del palacio, que deslumbraban a los complacidos comensales vestidos con sus mejores galas. Fue, desde luego, el acontecimiento más brillante de su época, un éxito para Leonor, quien a sus sesenta y siete años recuperaba el protagonismo absoluto del panorama social europeo, además de cumplir el ansiado propósito de ver a su hijo predilecto ciñendo la corona de un reino poderoso.

Sin embargo, la felicidad no duró mucho. Una vez más, las cruzadas alteraron la vida en Europa, el llamamiento a la tercera guerra santa contra el islam provocó que el animoso Ricardo partiera rumbo a la guerra dejando a su madre como regente del reino. La incertidumbre se incrementó al no tener Ricardo ni esposa ni descendientes que mantuvieran la dinastía, y con presteza, la reina madre se entregó a la tarea de seleccionar la mejor candidata posible. La búsqueda dio resultado, fue elegida la bellísima Berenguela de Navarra. En ese momento Ricardo Corazón de León se encontraba en Chipre preparando su asalto contra los musulmanes del sultán Saladino; con más prisa que pausa, se organizó la boda en tierras chipriotas, y aunque los novios eran de lo más refinado y agraciado de su época, el amor no fructificó, dado que Ricardo estaba más pendiente de su relación apasionada con Felipe Augusto de Francia que de los encantos mostrados por su joven esposa.

Leonor, resignada, volvió a Inglaterra a la espera de noticias, y éstas no fueron buenas, ya que cuando Ricardo regresaba de Tierra Santa fue capturado por los alemanes, que exigieron un cuantioso rescate similar al de todo el prepuesto anual inglés. La regente, con tenacidad a prueba de enemigos, tardó dos años en obtener la suma necesaria para liberar a su hijo en 1194. A pesar de todo, el bravo rey inglés siguió sin encontrar el momento oportuno para dar un heredero al trono.

Cinco años más tarde moriría en combate mientras se encontraba en Francia defendiendo sus derechos territoriales. Leonor, con setenta y siete años, tuvo que asumir una nueva muerte en su familia, y en esta ocasión, nada menos que la de su hijo más querido. No obstante, tuvo, a pesar de su longeva edad, la fuerza suficiente para desenredar una nueva conjura por la sucesión de Ricardo, los contendientes eran su hijo Juan Sin Tierra y su nieto Arturo de Bretaña, hijo del fallecido Geoffrey y aliado del rey francés. Leonor decidió que fuera Juan el legítimo heredero del trono británico. Desde hacía tiempo el vástago menor de Leonor había meritado con fuerza a ese derecho, y sin duda lo merecía; no olvidemos que él era el más perjudicado en el testamento efectuado por su padre Enrique II y que, durante el reinado de su hermano Ricardo, muchos nobles le habían apoyado ante las reiteradas ausencias del inestable Corazón de León. Leonor convenció a su nieto de que desistiera con grandes aportaciones económicas para Bretaña que aplacaron las ambiciones del pretendiente. El apoyo total a Juan Sin Tierra hizo justicia y concedió a Inglaterra el gobierno de un buen rey que pasaría a la historia por la elaboración de la Carta Magna, documento indispensable si queremos comprender el espíritu y personalidad de los británicos. Juan era el segundo hijo coronado por Leonor, ésta se encontraba muy cansada después de tantos años cuajados de intrigas, conjuras y muertes de seres queridos, sólo le quedaba el refugio de la cultura. El mecenazgo de intelectuales y artistas había constituido una de las pocas satisfacciones emocionales para ella. Buscando la paz, se instaló en la abadía de Fontevrault, una de sus posesiones

favoritas, donde, a buen seguro, encontraría una situación espiritual reconfortante.

Aún tuvo tiempo en 1200 para realizar un nuevo viaje, en esta ocasión a Castilla, donde reinaba su hija Leonor de Inglaterra junto al rey Alfonso VIII. El propósito era concertar el matrimonio de su nieta Blanca, hija de los anteriores, con Luis VIII, heredero del trono francés; como siempre que intervenía Leonor, todo salió bien y en ese mismo año Blanca de Castilla se casaba en Normandía. Digna sucesora de su abuela, llegó a ser esposa y madre de reyes, así como regente de Francia, una de las mejores de su historia. Su hijo Luis alcanzaría la dignidad de santo y también, como sus ancestros, participaría en las cruzadas.

La boda de su nieta fue el último acto político de Leonor. Agotada por una vida plena, dedicó sus últimos años a escribir poemas mientras recordaba los mejores momentos de su existencia. En Fontevrault los meses transcurrían placenteros, la reina seguía acompañada por una corte de juglares y poetas; eran sus mejores amigos y cómplices, la música y el buen gusto inundaban cualquier estancia de aquella abadía convertida ahora en santuario del amor más sublime.

El 31 de marzo de 1204 fallecía sin proferir un solo lamento, sin haber perdido un diente y con el pelo blanco y sedoso como el lino. Su imagen reflejaba la serenidad de aquel que ha cumplido una magnífica misión. Había muerto una gran reina, pero, sobre todo, una gran mujer. Su memoria fue ensalzada por trovadores y poetas, los mismos a los que ella protegió con tanta dulzura, no en vano, pasó a la historia como la reina de los trovadores. Su cuerpo encontró una última morada en la propia Fontevrault, reposando al lado de su querido hijo Ricardo Corazón de León. En ese momento caballeros heroicos, románticas damas, fieros dragones y gentes de toda clase, raza o condición derramaron lágrimas por la mujer que supo entenderlos a todos, la auténtica precursora del feminismo, una luchadora como jamás se había visto por la igualdad entre hombres y mujeres. Fue la personalidad más deslumbrante del difícil siglo XII e inspiradora de una original revolución cultural, semilla de los mejores sentimientos humanos.

Ciento treinta y cinco años después de su fallecimiento, y debido en gran parte a los acontecimientos mencionados, ingleses y franceses se enzarzaron en una de las guerras más largas que haya sufrido la historia del mundo. Como es lógico, hubo ciertos roces previos a la generalización de la contienda. A principios del siglo XIV, los codiciosos intereses de Francia e Inglaterra se habían dirigido a Flandes, una región que se extendía por la actual Bélgica y noroeste de Francia y que mantenía fuertes vínculos comerciales con Inglaterra, debido al magnífico negocio de la lana. Obviamente, los franceses deseaban poner fin a esta situación y, a tal empeño, comenzaron a presionar a los flamencos intentando acercarlos a su ámbito de influencia. Las negociaciones acabaron mal y, en 1302, un ejército galo compuesto en su mayor parte por su famosa caballería pesada, irrumpió en Flandes dispuesto a

poner fin al problema por las armas. El 11 de julio de ese mismo año se produjo la batalla de Courtrai, más conocida como *batalla de las espuelas*, una victoria aplastante a favor de los ejércitos flamencos, los cuales, gracias al brillante trabajo de su infantería, lograron desmontar a picazos a la otrora orgullosa caballería francesa. El éxito de la jornada se debió a la buena preparación de las tropas flamencas y, sobre todo, a la cuidadosa elección que hicieron del terreno por el que iba a transcurrir la batalla, ya que el campo elegido para el combate era un profundo barrizal en el que los caballos galos quedaron clavados, provocando gran estupor entre sus jinetes. Más tarde, entre 4000 y 7000 espuelas doradas francesas fueron expuestas como trofeos en la catedral de Courtrai para vergüenza de los humillados caballeros franceses derrotados en aquel épico día.

Pese a la batalla de Courtrai, cuando Felipe IV murió en 1314, Francia se hallaba en la cúspide de su poder. Su hijo mayor, Luis X el Obstinado [1287-1316], reinó durante dos años, dejando tan sólo una hija. Fue el primer rey francés desde Hugo Capeto, trescientos treinta años antes, que moría sin un varón que le sucediera. Pero su esposa estaba encinta y entonces un consejo nacional acordó que sólo un varón descendiente de varones podía heredar el trono francés, de modo que todos aguardaron a que la reina diera a luz. Tuvo un hijo que iba a ser Juan I, pero murió a los cinco días. Pasó, pues, a reinar el hijo segundo de Felipe IV, con el nombre de Felipe V [1294-1322], que murió dejando sólo dos hijas. En consecuencia, le sucedió el tercer hijo de Felipe IV, Carlos IV [1294-1328]. Cuando también él murió, dejó una única hija. De esa forma irremisible, la línea directa de los Capetos se extinguió de un plumazo trescientos cincuenta años después de la coronación de Hugo Capeto.

¿Quién iba a ser ahora rey de Francia? Felipe IV tenía otro hermano más joven, Carlos de Valois [1270-1325], cuyo hijo, Felipe de Valois [1293-1350], era nieto de Felipe III. Éste subió al trono como Felipe VI el Afortunado. Era miembro de la casa de Valois, aunque descendía de Hugo Capeto.

Eduardo III de Inglaterra se opuso a esta solución. La hija de Felipe IV, Isabel, era la madre de Eduardo, con lo que éste estaba más íntimamente emparentado con Felipe IV que el de Valois. El hecho de que la descendencia fuera por vía femenina carecía de importancia a sus ojos. La restricción del acceso al trono francés en favor de la descendencia de varón a varón fue formulada tras la muerte de Felipe IV, con el propósito concreto de excluir de la sucesión al propio Eduardo III. No obstante, los franceses no deseaban un rey inglés, con independencia de los argumentos que pudieran invocarse. Ésta es una de las razones que hizo estallar la guerra de los Cien Años.

EL PRIMER PERIODO

El pretexto inmediato para la ruptura de hostilidades fue la mencionada pretensión del rey inglés Eduardo III [1312-1377] de ocupar el trono francés. Dicho monarca, perteneciente a la dinastía Plantagenet, alegó ser el heredero legal al trono de Francia, dado que su madre, Isabel de Francia, era hermana del último soberano francés de la dinastía de los Capetos, Carlos IV, quien había muerto en 1328 sin dejar un descendiente varón. La respuesta francesa mantuvo que la corona no podía heredarse por línea femenina, por lo que el trono fue ocupado por Felipe VI, primo del rey fallecido y primer monarca de la dinastía Valois.

A lo largo del siglo XIII y principios del XIV, los soberanos franceses intentaron, con creciente éxito, restablecer su autoridad sobre esos territorios bajo influencia inglesa. Eduardo III temió que la monarquía francesa, que ejercía gran autoridad sobre los señores feudales de Francia, le privara del ducado de Guyena (Aquitania), territorio que los reyes ingleses mantenían en calidad de feudo desde mediados del siglo XII, en los tiempos de la duquesa Leonor. Aunque se habían producido crisis previas, en general se considera la fecha del 24 de mayo de 1337 como la del inicio de la guerra de los Cien Años: ese día Felipe VI en acción fulgurante arrebató Guyena a los ingleses. La enemistad de Eduardo III hacia el monarca galo se intensificó cuando Francia ayudó ese mismo año a Escocia en las guerras que la monarquía inglesa había iniciado contra los reyes escoceses para ocupar el trono de ese país. La eterna rivalidad entre Inglaterra y Francia por dominar el comercio con Flandes se considera otra de las causas determinantes del origen del conflicto. Desde el primer momento quedó en evidencia que éste sería prolongado y costoso para ambas partes. Eduardo III tuvo que reconocer la independencia escocesa, pero Francia no cesaba de animar a Escocia para que invadiera Inglaterra, en tanto el rey francés hacía lo posible para apoderarse de los territorios ingleses que el reino isleño mantenía en el sudoeste de su país, y que databan de cuando se fundó el imperio angevino dos siglos antes. Tal vez la primera acción bélica a destacar dentro de esta contienda fue la gran batalla naval de Sluys, librada el 24 de junio de 1340, frente a las costas de los actuales Países Bajos, y en la que la flota francesa, compuesta por 200 buques, se enfrentó a la armada inglesa, integrada por 250 navíos. El resultado fue catastrófico para los galos, quedando su flota prácticamente destruida o capturada, con 25 000 bajas, mientras que los británicos apenas sufrieron pérdidas de 4000 muertos y heridos. Lo cierto es que en Sluys quedó patente la incipiente habilidad marinera de los ingleses, dando una certera pista sobre cómo sería su potencial naval algún siglo más tarde. Por el momento, los barcos ingleses quedaron

como amos y señores de todo el tráfico marítimo que navegaba por el canal de la Mancha, asunto que les reportaría grandes beneficios en los siguientes años de la guerra, ya que, de ese modo, los británicos pudieron desembarcar a su antojo cuantas tropas quisieron en Francia sin molestia alguna por parte de su enemigo. Y, en efecto, Eduardo III sacó ventaja de esta posibilidad transportando un ejército al continente que se enfrentó el 26 de agosto de 1346 a una fuerza francesa mucho más numerosa en Crécy (nordeste de Francia). Los ingleses disponían de unos 10 000 efectivos, en su mayoría infantes armados con arcos largos, por su parte, los franceses, apoyados por contingentes genoveses, contaban con unos 24 000 soldados en cuyas vanguardias estaban situadas las espectaculares formaciones de caballería pesada. Los jinetes galos eran sumamente indisciplinados, y, aunque fatigados por una extenuante marcha, prepararon la carga con excesiva confianza en sí mismos. Los ingleses habían dispuesto su alineación cuidadosamente, dando a los arcos largos todas las oportunidades de disparar con plena libertad. Y, en ese sentido, diremos que un arquero inglés estaba entrenado para lanzar cinco flechas en el mismo tiempo que un balletero francés podía efectuar un solo disparo. Los prepotentes jinetes galos ni siquiera dieron oportunidad a sus balleteros de lanzar una cortina de saetas, ya que, movidos por un febril e incontrolado impulso, les arrollaron en su alocado deseo de cargar contra las líneas inglesas. El resultado fue que los franceses fueron acribillados y aniquilados por los disparos de los arcos largos, en tanto los ingleses sufrían poquísimos daños. Se habían registrado victorias de infantes sobre caballería en otras batallas de la época, pero éste fue el primer caso de una victoria tan devastadora. Los franceses sufrieron la terrible pérdida de 11 príncipes, 1200 caballeros y 8000 soldados. Un total casi equivalente al ejército inglés que se les opuso. Aquí concluyeron mil años de dominio de la caballería en el campo de batalla, desde Adrianópolis. La infantería recuperaba su importancia. Y como la caballería pesada era el instrumento de combate de la aristocracia, la única que podía costearse caballos y armadura, eso significó que la aristocracia feudal empezaba a declinar, en tanto el pueblo llano adquiría más y más importancia.

Eduardo III dispuso de algunas «bombardas primitivas» en Crécy: las antecesoras del cañón. Sólo servían para espantar a los caballos de los franceses, pero eran un adelanto de lo que se avecinaba. La pólvora provenía de China a través de los mongoles, si bien los europeos no se contentaron con hacerla explotar, sino que en seguida inventaron un cañón metálico en el que la fuerza de aquélla pudiera disparar una pesada bala, con lo que desarrollaron una especie de catapulta accionada químicamente, que habría de aportar nueva violencia a la guerra.

Tras su victoria en Crécy, Eduardo III tomó Calais el 4 de agosto de 1347. La plaza estaba situada en la parte más estrecha del canal de la Mancha y podía utilizarse como base para efectuar incursiones en Francia. Mientras tanto, el hijo de Eduardo

III, más conocido como el Príncipe Negro —al parecer por el color de su armadura [1330-1376]—, estableció su base en Burdeos (suroeste de Francia). Esta región seguía perteneciendo a Inglaterra como parte de la herencia de Leonor de Aquitania dos siglos antes. Con esta maniobra, Inglaterra disponía de dos cabezas de puente para atenuar los movimientos del ejército francés.

En esos años los contendientes aún permanecían ajenos a un hecho catastrófico que se cernía sobre ellos y que provocaría una mortandad mucho más grave que la propia guerra. En China se había declarado un nuevo brote de peste, quizá en 1333, bautizada como la «peste negra», y, por lo que se sabe, ha sido la epidemia más mortífera que se ha abatido sobre la humanidad. Se propagó a Europa en 1347 por medio de un barco genovés que había estado por razones comerciales en Crimea. Los supervivientes de la tripulación extendieron rápidamente la enfermedad por Italia, y de ahí pasó a otras partes de Europa. El mal actuaba muy deprisa, la muerte podía sobrevenir dentro de las veinticuatro horas siguientes a la aparición de los primeros síntomas. Fue el mayor desastre, derivado de una única causa, que haya golpeado jamás al hombre, a tenor de las noticias que se tienen: en unos pocos años pudo haber matado a un tercio de la población de Europa, y quizá causó igual estrago, si no más, en África y Asia. Al descender la población, y con ella la fuerza de trabajo, el pueblo llano incrementó su importancia, lo que representó otro golpe contra la aristocracia. Las estructuras sociales quebraron por causa de la epidemia y creció el misticismo. Se puso de moda el consumo de licor destilado, que se suponía evitaba la enfermedad (o le inducía a uno a preocuparse menos de ella), y el alcoholismo se apoderó de Europa en una proporción que ya nunca descendió significativamente. La Iglesia también sufrió las consecuencias del desastre, pues la minoría culta moría con tanta rapidez como la masa de analfabetos. El aspecto más extravagante de esta tragedia es la luz que proyecta sobre la estupidez humana. Mientras Francia e Inglaterra sufrían terriblemente a causa de la peste negra, la guerra entre ellas continuó sin que a nadie se le ocurriera detenerla.

Los ingleses prosiguieron su despiadada devastación del territorio francés: Eduardo III en el nordeste, y Eduardo, príncipe de Gales (el Príncipe Negro), en el suroeste.

Tras la muerte de Felipe VI en 1350, subió al trono de Francia su hijo Juan II el Bueno [1319-1364]. Éste se enfrentó al príncipe de Gales en Poitiers, donde se libró una gran batalla el 19 de septiembre de 1356. En ella 7000 ingleses derrotaron a 18000 franceses ocasionándoles más de 8000 bajas. De nuevo los franceses habían contado con ventaja numérica, pero otra vez lucharon de manera desorganizada, sin ningún plan unitario táctico. Creyendo que su fuerza radicaba en el empleo de la infantería, los jinetes franceses desmontaron, pero de nada les sirvió ante los terribles arcos largos.

Los ingleses no sólo vencieron en esta batalla, una vez más desigual, sino que además tomaron prisioneros a la mayor parte de la nobleza francesa, incluido el propio rey Juan II, por el que exigieron 500000 libras a cambio de su liberación. Con este varapalo Francia quedó sumida en un mar de inestabilidad en el que se vieron inmersos diferentes aspectos de una sociedad cada vez más abocada al cataclismo. A los pocos meses de lo acontecido en Poitiers, miles de campesinos galos desataron un levantamiento conocido como *la Jacquerie*, pues todo el peso de la guerra y la devastación consiguiente habían recaído sobre las gentes del campo. Asimismo, Esteban Marcel —representante de los comerciantes parisinos— encabezó una rebelión popular en toda regla. Ambos movimientos contestatarios fueron severamente reprimidos por la aristocracia, apoyada incluso por países vecinos, tal fue el caso del rey navarro Carlos el Malo, quien entró con tropas en Francia consiguiendo sofocar, mediante cruel violencia, las algaradas de los hombres rurales, que vieron cómo más de 3000 de los suyos murieron en estas refriegas. En todo caso, tanta sublevación interna no auguraba nada benévolo para los intereses de la mal herida Francia, virtualmente arruinada por la guerra y por las desestabilizaciones internas. Con Juan en cautividad, su hijo, el delfín Carlos [1337-1380], consiguió, a duras penas, dominar la situación. El primogénito del rey de Francia empezó a ser llamado delfín —Dauphin— en este periodo, debido a su asociación al recientemente adquirido Delfinado, una región de la Francia sudoriental. Juan II fue en vida de su padre el primer delfín, y ahora Carlos era el segundo.

Por su parte, el rey inglés Eduardo III, intuyendo la debilidad manifiesta de su enemigo, penetró en Francia con el propósito de asestar el golpe definitivo que le situara en posesión de la ansiada corona francesa. Pero en esta ocasión el éxito le volvió la espalda. Los franceses habían adquirido, gracias a sus apabullantes derrotas, la experiencia suficiente y no estaban dispuestos a sufrir más humillaciones. De modo que se encastillaron a la defensiva en sus ciudades fortificadas negándose a presentar batalla en campo abierto, lo que obligó a sus oponentes a recurrir a la lenta e incierta táctica del asedio con todo lo que ello implicaba para cualquier fuerza atacante, y más para los ingleses, que dependían, dada la evidente falta de líneas de aprovisionamiento, de ataques rápidos con victorias fulgurantes. En aquel invierno de 1359 el tiempo era pésimo y Eduardo perdía hombres a causa de las enfermedades. Aun así, condujo su ejército hasta las mismas murallas de París en marzo de 1360, y una vez más los franceses se negaron a combatir, limitándose a esperar el hastío de los atacantes; estrategia que dio resultado. El 14 de abril de 1360, segundo día de Pascua, el frío arreció de manera insólita y una tremenda granizada se abatió sobre el ejército inglés que acampaba a la intemperie. Este episodio quebrantó la moral de Eduardo III, y ambos bandos se dispusieron a concertar la paz. El 8 de mayo de 1360 se firmó un tratado en Bretigny, una localidad de Normandía. Sus términos

estipulaban que Francia evacuaría todos los territorios que Inglaterra hubiera conquistado, particularmente Aquitania en el sudoeste y Calais en el noroeste. También se acordó el pago del cuantioso rescate por el rey Juan. En contrapartida, Eduardo III renunció a su reclamación del trono francés y regresó a su país, donde proclamó el cese momentáneo de la guerra ante los escépticos parlamentarios británicos. Mientras esto sucedía, su hijo —el Príncipe Negro— se mantuvo en el sudoeste, interviniendo en los asuntos de Castilla, pero enfermó y regresó también a Inglaterra. En conjunto, este país parecía marchar bien, gracias al botín cobrado a los franceses. Sin embargo, Eduardo III se veía continuamente obligado a pagar a sus soldados y a suministrarles alimento y armas, lo que le dejó a merced del Parlamento, que era, en definitiva, el que proporcionaba los fondos. La peste negra causaba terribles estragos. La población inglesa, que se aproximaba a los cuatro millones de habitantes cuando se declaró la epidemia, descendió por debajo de los tres millones. Hubo escasez de mano de obra y la tentativa de la clase alta de impedir a los trabajadores beneficiarse de dicha escasez suscitó gran descontento. Mientras este fermento social prosperaba, Eduardo III se volvió senil y el Príncipe Negro enfermó muy gravemente y murió en 1376, siguiéndole su padre un año más tarde. El hijo del Príncipe subió al trono como Ricardo II [1367-1400]. Contaba sólo diez años por entonces, y varios de sus tíos peleaban para dirimir quién gobernaría el reino. Los dos más notables eran Juan de Gante, duque de Lancaster [1340-1399], y Tomás de Woodstock, duque de Gloucester [1355-1397]. El resultado fue que ninguno de ellos gobernó debidamente el país. En 1381 estalló una revuelta campesina encabezada por Walter «Wat» Tyier. Fue mucho menos intensa que la desarrollada en Francia, y el joven Ricardo II mostró demasiada dureza al reprimirla cruelmente, con lo que los esfuerzos reformistas se malograron. Ricardo II alcanzó la edad para gobernar por sí mismo, sin haber demostrado la más mínima competencia; intentando, eso sí, acumular más poder del que podía controlar, ofendiendo con ello a nobles poderosos, incluidos sus propios parientes. Se supuso que había maquinado la muerte de su tío Tomás, duque de Gloucester, y desterró a su primo Enrique de Bolingbroke [1366-1413], hijo de Juan de Gante. En 1399, Bolingbroke, enfurecido por el incumplimiento de los compromisos adquiridos hacia él por el rey, regresó a Inglaterra tras haberse curtido en las guerras entre lituanos y teutónicos, con barcos y hombres pagados por su fortuna personal. No pudo hacerlo en mejor momento, pues Ricardo II se encontraba ausente en el intento de llevar a cabo una inútil expedición a Irlanda. La nobleza se aglutinó en torno a Bolingbroke, y Ricardo II se encontró con que no tenía amigos. Fue depuesto y, al año siguiente, asesinado. Enrique subió al trono como Enrique IV.

En resumen, hasta ese momento, Francia había sufrido tres grandes derrotas a manos de fuerzas inglesas numéricamente inferiores: la batalla naval de Sluys y las

campales de Crécy y Poitiers. El país se había visto arrasado por ejércitos brutales, hasta dejarlo en ruinas. Los campesinos se rebelaron pero fueron aplastados, lo que acarreó todavía más ruinas. Por añadidura, el rey Juan y sus nobles más fieles habían permanecido cautivos en Inglaterra, en tanto una Francia vencida y medio destruida tuvo que extraer las últimas monedas de sus arcas a fin de pagar el cuantioso rescate por sus ociosos mandatarios. Y todo ello menos de cuarenta años después de la muerte del poderoso Felipe IV. Por suerte para Francia, Juan II murió en 1364, y su hijo el delfín, que ascendió al trono como Carlos V el Sabio, hizo honor a su sobrenombre: se mostró inteligente, cauto, amable, sacrificó el lujo en interés del bien común, protegió la cultura y, lo que es más importante, encontró el soldado que precisaba en la persona de Bertrand du Guesclin [1320-1380] —el famoso tío abuelo de Gilles de Rais—. Du Guesclin había sido derrotado por el Príncipe Negro en España. No obstante, en Francia condujo una guerra defensiva, evitando las batallas campales, efectuando incursiones sagazmente calculadas y venciendo a los ingleses en pequeños encuentros, con lo que recuperó, poco a poco, el territorio perdido años antes. En 1380, muertos Carlos V y Du Guesclin, Francia estaba casi libre de enemigos, con la dignidad rehabilitada entre sus ejércitos y con una cierta cohesión social, si bien todo ello se había conseguido con un coste económico y demográfico espantoso. Baste resaltar que entre guerras, revueltas y la peste negra, su población había descendido de trece a nueve millones de habitantes. El hijo de Carlos V accedió al trono en 1380 a la edad de doce años como Carlos VI [1368-1422]. En sus primeros años fue llamado el Bienamado, aunque más tarde pasaría a la historia como el Loco. Con sendos reyes jóvenes en Francia y en Inglaterra, se abrió un periodo de paz, pues ninguno de los dos países se hallaba en condiciones de guerrear. En ambos reinos los parientes de los monarcas luchaban entre sí por el poder en medio de tensiones sociales. Finalmente, Ricardo II fue desposeído en 1399 por su primo, coronado como Enrique IV, mientras que Carlos VI mantenía su cetro con evidentes signos de enajenación mental, lo que no invitaba a pensar en un futuro estable para sus vasallos. De este modo llegamos a los albores del siglo XV, momento en el que nació Gilles de Rais, en un contexto marcado por una guerra a la que le restaban casi cincuenta años para terminar y por los estragos de hambrunas, pestes y desencanto social. Nada hacía ver que Francia tuviese solución inmediata, sus carencias y mermas constantes en la urdimbre aristocrática imposibilitaban cualquier gobierno razonable sobre aquella extensión geográfica. Para mayor desgracia del reino, sus nobles se disputaban con ferocidad, en ocasiones genocida, cualquier palmo de terreno que les procurara una mejor situación estratégica o influyente. La sangre francesa se derramaba a borbotones ante la pasividad de unas clases dominantes más preocupadas por sus fortunas personales que por asegurar fronteras o por la mejora social de las clases deprimidas bajo su mano. En estos escenarios depauperados y

ominosos, poco se podría hacer ante un nuevo ataque del enemigo inglés, el cual contemplaba expectante cómo las principales casas nobiliarias francesas, Orleans y Borgoña, se lanzaban a una guerra fratricida que destrozó, aún más, si cabe, el ánimo de los francos.

INICIOS DEL SEGUNDO PERIODO

El reinado del inglés Enrique IV se vio constantemente agitado por revueltas internas que lo colocaron al borde de la guerra. En su tiempo tuvo que luchar incesantemente contra nobles disidentes y, sobre todo, se empleó a fondo en contener el empuje desafecto de escoceses y galeses, a los que derrotó en épicas batallas inmortalizadas posteriormente por William Shakespeare. Asimismo, y dada su ímproba condición religiosa fortalecida por un viaje como peregrino a Tierra Santa, sostuvo una persecución inclemente contra sectas consideradas heréticas, tal fue el caso de los lolardos, a los que su confesionalidad les condujo a la horca o a las hogueras inquisitoriales. Falleció el 20 de marzo de 1413 y cedió la corona a su hijo, que reinó bajo la gracia de Enrique V [1387-1422]. El flamante monarca se percató de inmediato de que el fantasma de la guerra civil amenazaba fatalmente la propia supervivencia de su reino. Y, para evitarlo, diseñó una estrategia política que le reportaría inmejorables resultados. En pocos meses logró calmar a la díscola aristocracia sediciosa en tiempos de su padre repartiendo tierras y honores, puso fin al malestar social creado por los lolardos y no le tembló el pulso a la hora de ordenar la ejecución de sus últimos líderes. Pero a Enrique V le faltaba una acción espectacular que uniera los sentimientos de los británicos en un esfuerzo común que realzara el orgullo nacional y de paso el buen nombre de su rey. En ese sentido, una nueva invasión de Francia, con la consiguiente reclamación de su trono, se presentaba como elemento decisivo que diera vigor a la corona británica.

Enrique V declaró la guerra a Francia en abril de 1415. El 10 de agosto siguiente zarpó hacia Normandía con un ejército de 12000 hombres que, una vez en el continente, se apoderaron de la ciudad portuaria de Harfleur. Aunque para esta gesta se tuvo que pagar un alto y sangriento precio, ya que las semanas de asedio a la plaza se tradujeron en un sinfín de bajas y consiguiente debilitamiento de las tropas británicas, más por causa de las enfermedades que por las propias muertes en acción bélica. El 10 de octubre Enrique inició una marcha hacia Calais, ciudad en la que esperaba encontrar refugio, descanso y tal vez oportunos refuerzos de Inglaterra. En cambio, nada de esto ocurrió, pues el tiempo era pésimo, llovía sin cesar y el ánimo de los soldados se quebrantó aún más. Cualquier análisis efectuado sobre aquella precaria situación ofrecía una posibilidad manifiesta de absoluta derrota ante los franceses que avanzaban a su encuentro. Una vez más, la historia se repetía, dejando sobre el terreno impracticable a un reducido contingente inglés frente a un ejército francés notablemente superior y con ganas de resarcirse de tantas batallas perdidas. En consecuencia, el choque se presentaba inevitable entre los cansados ingleses y los

ardorosos franceses. Enrique V, sabedor de que su futuro estaba en el inminente lance, escogió escrupulosamente el campo donde sus fuerzas se batirían con las del enemigo. El lugar elegido fue Agincourt, no muy lejos de Calais, un valle estrecho rodeado de bosques, lo que permitía equiparar las fuerzas que se iban a medir frente a frente. Los británicos, tras las últimas pérdidas, contaban con unos efectivos que oscilaban entre los 6000 y 8000 hombres; por su parte, los galos disponían de una cifra cuatro veces superior. El 25 de octubre de 1415 ambos contingentes entraron en batalla y muy pronto se pudo comprobar la eficacia de los arqueros ingleses, quienes con certeros flechazos diezmaron la impetuosa carga de la caballería pesada francesa, que había quedado entorpecida no sólo por los disparos rivales, sino también por el abundante fango del terreno. Las bajas del día nos dan una idea sobre el desastre francés al certificar que no menos de 500 nobles murieron en el envite, incluido Carlos d'Albret, condestable de Francia y jefe de aquel infortunado ejército. A ellos se sumaron otros 5000 soldados de infantería, mientras que entre los ingleses sus muertos se cifraron en poco más de dos centenares, con alguna pérdida significativa, como el duque de York o el conde de Suffolk.

La batalla de Agincourt fue la victoria más desigual y asombrosa que jamás hayan obtenido los ejércitos británicos en su historia, pero el mérito no corresponde a su valor, sino a la inoperancia francesa. Tras su resonante éxito, Enrique V regresó a Inglaterra dispuesto a recibir los merecidos honores. Dos años más tarde volvió a incursionar por tierras normandas despejando de enemigos aquella zona sin que ningún ejército francés osara enfrentársele en unos dominios que abarcaban un gran porcentaje de la orografía francesa. Tras la conquista de Normandía en 1417, capturó Ruán en 1419 y, finalmente, París, en 1420.

Tal poder le situó en inmejorable posición para que, ese mismo año, el perturbado Carlos VI se viera obligado a firmar el tratado de Troyes, por el que reconocía la legitimidad de Enrique V para asumir el trono de Francia. La medida dejó con la boca abierta a la pasmada aristocracia gala, en cuya primera fila, y más boquiabierto si cabe, se encontraba el ahora desheredado delfín Carlos. En este drama dinástico, Carlos VI aceptó entregar a su hija Catalina como esposa de Enrique V, a fin de asegurar un linaje compartido por ambas casas coronadas. En los dos años siguientes el monarca inglés se empleó en la tarea de asegurar sus dominios por el norte de Francia, acaso preparando los cimientos de un gran y consolidado imperio. Para su alegría, nació un heredero llamado a ser el futuro Enrique VI. Sin embargo, en 1422 ocurrieron dos sucesos que ensombrecieron aún más el convulso escenario político francés. El primero fue la inesperada muerte de Enrique V, acontecida en Vincennes el 31 de agosto, a la que siguió la de Carlos VI, el 21 de octubre de ese mismo año.

Estos hechos propiciaron un reavivamiento en las viejas pugnas nobiliarias por el control de Francia, encarnadas principalmente en las casas de Borgoña y Orleans.

Uno de los que habían luchado con más tenacidad para controlar al perturbado Carlos VI era Felipe el Atrevido de Borgoña [1342-1404], hijo de Juan II y tío de Carlos VI. Juan II había nombrado a Felipe duque de Borgoña, lo que le dio el dominio de la Francia centrooriental, de una parte de lo que hoy es Alemania occidental, y de los Países Bajos (que incluían las actuales Holanda y Bélgica). Al fallecer Felipe el Atrevido, le sucedió su hijo Juan Sin Miedo [1371-1418], un superviviente de la batalla de Nicópolis. Era primo hermano de Carlos VI y se opuso a Luis, duque de Orleans [1372-1407], hermano menor de Carlos. Juan Sin Miedo maquinó el asesinato de Luis en 1407, y después de este episodio las dos facciones se declararon la guerra.

El hijo de Luis, Carlos de Orleans [1394-1465], encabezó la facción partidaria de la guerra total contra los ingleses, mientras que Juan de Borgoña se mostraba contrario a la guerra y capitaneaba posiciones de alianza con Inglaterra. Cuando Enrique V invadió Francia, contó con la ayuda de los borgoñones, de tal manera que no se limitaba a combatir contra aquel país, sino que tenía por aliada a la mitad de la población para luchar contra la otra mitad. La batalla de Agincourt pudo haber cambiado la situación. Carlos de Orleans cayó prisionero y se le retuvo en Inglaterra durante veinticinco años, con lo que quedó fuera de combate. Para Juan de Borgoña, el triunfo inglés fue tan importante como para despertar su inquietud, lo cual quizá le hubiese inducido a cambiar su política, pero en 1419 fue asesinado por instigación del delfín. Este acto fue un gravísimo error de alto calado político, pues a Juan le sucedió su hijo Felipe el Bueno (1396-1467), a quien el asesinato le impidió acercarse a la facción orleanista, y no tuvo más remedio que estrechar su alianza con los ingleses.

Cuando murió Carlos VI en 1422, el delfín tomó el nombre de Carlos VII y, apoyado por los Armañac —nobles garantes de la casa de Orleans—, se coronó en Berry. Este gesto no le acreditaba como monarca de todos los franceses, dado que la tradición imponía, desde los tiempos del merovingio Clodoveo, nueve siglos antes, que cada uno de los reyes franceses debía recibir la corona en Reims, lo que daba vitola de oficialidad al acontecimiento. Por tanto, y debido a que Reims se encontraba en manos inglesas, Carlos VII se tenía que conformar con seguir siendo delfín a la espera de mejores signos. Por su parte, los británicos y sus aliados borgoñeses cumplieron con los requisitos del tratado de Troyes y coronaron en París a Enrique VI con apenas nueve meses de edad, pasando a la historia con el sobrenombre de Rey Niño. Esta bicefalia de testas coronadas agrietó considerablemente los ya de por sí deteriorados muros de la nacionalidad francesa. El delfín, sin apenas recursos económicos y sin grandes ejércitos que enviar contra sus enemigos, se vio obligado a permanecer con indolente expectativa en Bourges (Francia central); sólo se precisaba por parte de los británicos un acto definitivo que

pusiera fin a esa larga y extenuante contienda bélica. En 1428, el duque de Bedford envió un ejército dispuesto a sitiar la importantísima ciudad de Orleans, ubicada en el punto más septentrional del río Loira y último bastión de las tropas leales al delfín. Si caía Orleans, todo el sur de Francia quedaría a merced de ingleses y borgoñeses, con lo que la totalidad del afligido país estaría bajo el control de los británicos y sus aliados. El único inconveniente que se presentaba para los atacantes era que Inglaterra, con su población muy reducida por culpa de la peste y las constantes guerras externas e internas, había agotado hasta el límite sus propios recursos y ya no podía avanzar más sin poner en peligro su propia integridad como Estado. En consecuencia, Orleans se presentaba como el punto de inflexión para ambas naciones. Era momento para el todo o la nada. En la plaza se iba a dirimir un litigio que duraba casi cien años y que todos querían acabar de forma y manera definitivas. Por otra parte, los franceses habían sido derrotados tantas veces que parecían haber perdido el espíritu de lucha. Fue entonces cuando se produjo un extraño suceso que aún hoy en día se nos antoja complicado poder explicar. En 1429, cuando la desesperación había hecho presa en las aspiraciones francesas de poder recuperar la moral del país y los abundantes territorios perdidos a manos del enemigo, apareció una humilde campesina de apenas 1,50 metros proveniente del este de Francia y que aseguraba que el mismísimo Dios había depositado en ella la confianza suficiente para salvar a sus paisanos de aquel doloroso trance por el que deambulaban erráticos. Obviamente, en situación normal nadie la hubiese atendido, sirviendo como mucho de mofa popular. Sin embargo, y por los factores que hemos venido apuntando en páginas anteriores, aquellas gentes se aferraron al mensaje de la supuesta elegida como única posibilidad de salvación. Su nombre era Juana de Arco.

CUANDO LLEGÓ LA DONCELLA

Juana de Arco es uno de esos personajes carismáticos que Francia ha generado durante su historia. En ella confluyen los ríos de leyenda y realidad, y gracias a su aparición decisiva, aquel país desmembrado por innumerables conflictos comenzó a desarrollar la sensación de unidad nacional, que ya se había esbozado en los albores del reino franco.

Como buena parte de las historias épicas en la Baja Edad Media, todo empezó a gestarse en el seno de las profecías ancestrales. Posiblemente en el siglo VI, el famoso mago Merlín hizo gala de su druidismo afirmando que algún día Francia sería salvada por una doncella virgen llegada desde un bosque de hadas. Este augurio hubiese quedado como un mero cuento popular para niños, de no ser porque las circunstancias agobiantes que rodeaban al delfín Carlos VII hicieron que aquella historia cobrara sentido en la figura de una joven de humilde extracción social, con lo que poco o nada tenía que ver con aquella aristocracia tan orgullosa que ahora estaba al borde de la hecatombe más absoluta.

Juana nació el 6 de enero de 1412. La guerra de los Cien Años entraba en el septuagésimo quinto año, encontrándose todas las partes sumamente agotadas por un extenuante esfuerzo bélico y económico. La niña llegó al seno de una familia campesina que habitaba en Domremy, localidad enclavada en la región de Champagne, que lindaba con los territorios controlados por los borgoñeses. Aun así, la aldea se mostraba leal a los intereses de Carlos VII.



Juana de Arco en la coronación de Carlos VII.
Museo del Louvre. Óleo pintado por Ingres en el año 1851.

Su padre, Jaime de Arco, se dedicaba a las tareas del campo como la mayoría de sus convecinos, que trabajaban los terrenos que rodeaban Domremy con la esperanza, casi única, de seguir adelante una temporada más, ya que los rigores de la época impedían trazar cualquier anhelo de provenir. El clan Arco, aunque humilde, no se podía considerar pobre. A pesar de ello, el nacimiento de Juana se recibió con cierto pesimismo, dado que era la tercera de la prole y, al ser fémina, no podría obtener tantos recursos para la familia como un varón. No obstante, su luminosa mirada celeste cautivó de inmediato el sentir de los suyos. Dicen que la niña expresaba tal emoción con sus ojos que apenas tenía que hablar para ser comprendida en sus razonamientos. Desde bien pequeña puso el máximo interés en que sus claros cabellos no tuviesen la longitud propia de su sexo, empeñándose con frecuencia en la tarea de ir recortando su melena a fin de parecerse lo más posible a los chicos que correteaban junto a ella por las proximidades de Domremy. Uno de los lugares preferidos por ella para sus juegos infantiles era, curiosamente, un añejo roble al que los habitantes de la aldea llamaban desde tiempos pretéritos el árbol mágico de las hadas, lo que, como el lector puede apreciar, encajaba perfectamente con lo referido por el druida Merlín en su profecía. Mientras tanto, ajena a los vaticinios, guerras o políticas de Estado, Juana crecía en aquel ambiente rural y saludable. En algunos relatos sobre su vida se llegó a afirmar que en su mocedad fue pastorcilla de vacas y

ovejas, si bien parece que los oficios por los que mostró mayores inclinaciones fueron los de hilandera y costurera, nobles gremios en los que la joven se hubiese integrado sin recato, siempre, eso sí, que le permitiesen mantener su fervorosa devoción hacia todo lo que supiese a sagrado. Y, en ese sentido, cabe mencionar que desde niña hizo de la iglesia su segundo hogar, asistiendo con frecuencia a los oficios y rezando cada vez que tenía un minuto para hacerlo. En todo caso, nada sabríamos sobre la futura Doncella de Orleans, de no ser por unas voces sobrenaturales que sonaron en su mente durante aquel verano caluroso de 1425. Ignoramos cómo ocurrió, ni cuántas veces sucedió antes de que Juana lo dijera. Pero lo cierto es que, un día, estando ella en la iglesia del pueblo, escuchó una voz cercana, a la que siguieron otras, envueltas por un resplandor cuyo fulgor hizo postrarse a la joven ante la aparición inesperada de una imagen que ella identificó de inmediato como el arcángel san Miguel, acompañado por las santas Catalina y Margarita. Las figuras celestiales conminaron a Juana para que acudiera en ayuda del legítimo rey Carlos.

En principio, podríamos considerar que los cabos de esta historia se unieron forzosamente ante la cruda realidad imperante. La leyenda que siglos antes pronosticara el mago Merlín estaba muy extendida por la campiña francesa, y en una época de terror y confusión, lo que contaba Juana se prestaba a la perfección para dar luz al reino de las tinieblas. Protagonista, figuración y paisaje encajaban de forma precisa en la leyenda popular. Por un lado la doncella, papel encarnado por Juana, también tenemos el bosque de roble, cercano a Domremy, donde destacaba el árbol mágico de las hadas, sitio elegido por Juana para sus juegos. Y al fin, unas gentes ávidas de moral y estímulo para soportar el penoso trance al que estaban siendo sometidas. Por tanto, no es de extrañar que los relatos de la niña, cercanos a una exaltación religiosa histérica, comenzaran muy pronto a recorrer aquella comarca devastada por la guerra y el hambre. Todos necesitaban apoyo sobrenatural para superar aquello y Juana lo proporcionó de una manera u otra. Sólo así se puede entender lo que ocurriría meses más tarde. En mayo de 1428, Juana tenía dieciséis años y sus voces le indicaron que se pusiera en marcha y avisara al rey del gran peligro que se cernía sobre él. Abandonó Domremy, para desesperación de su padre, dirigiéndose a Vaucouleurs, donde gobernaba en nombre de Carlos VII Robert Baudricourt. El noble, sorprendido por la singular visita de la campesina, en lugar de atenderla, se mofó de ella expulsándola de la plaza tras sugerir a un primo que la acompañaba que, una vez en Domremy, lo mejor que podía hacer era propinarle una severa paliza para que olvidara su loca encomienda. Mientras tanto, los sucesos en Francia se estaban desencadenando de forma trágica para los intereses del abrumado delfín Carlos. Desde el 12 de octubre de 1428, los ingleses sitiaban Orleans, ante la perplejidad de sus defensores. Todo hacía prever que en pocos meses la guerra estaría perdida. Fue entonces cuando las voces de Juana se volvieron más contundentes e

increpantes; en vano, la joven intentaba resistirse a ellas argumentando ser una pobre chica que no sabía montar a caballo, ni luchar con la espada. No le sirvió de nada, porque las voces reiteraron que sólo Dios mandaba en esta situación y que ella era un simple instrumento de la divinidad en beneficio de Francia. En enero de 1429, Juana de Arco regresó a Vaucouleurs, y ante su tenacidad, Baudricourt la recibió de nuevo escuchando, ahora sí, atentamente lo que la muchacha debía contarle, y esto era el vaticinio de la gran derrota que sufriría en pocos días el ejército del delfín. La profecía fue hecha en febrero y, en efecto, al poco se confirmó con la desmoralizante derrota de los ejércitos franceses en Harengs, muy cerca de Orleans, lugar en el que las tropas bien pertrechadas de Carlos fueron incapaces de interceptar una columna de avituallamiento para los sitiadores de Orleans. En dicho contingente el principal cargamento consistía en cientos de toneles llenos de arenques, por lo que la refriega ha pasado a la historia como batalla de los arenques. Además de la inutilidad del ataque, quedaron muertos sobre el terreno más de 500 franceses entre caballeros y soldados, mientras que los ingleses, que apenas habían sufrido bajas, vieron reforzada una vez más su moral cara al inminente asalto sobre la ciudad cabecera del Loira. Después de esto, a Carlos VII no le quedaba casi ninguna opción, todo parecía perdido y estaba resignado a su suerte. Aún no sabía que su salvación en forma de doncella venía desde Vaucouleurs, vestida de hombre por voluntad propia y escoltada por tan sólo tres soldados que no eran muy conscientes de su misión trascendental, ya que estaban custodiando el futuro de Francia.

El acierto profético de Juana le abrió el camino hacia Chinon, reducto en el que se encontraba parapetado el delfín y lugar donde conocería a Gilles de Rais.

ESCOLTA Y PROTECTOR DE JUANA

La relación humana y espiritual entre Gilles de Rais y la Doncella de Orleans se nos antoja singular y, a tenor de los acontecimientos, casi simbólica, pues lo cierto es que por capricho del destino se unieron en aquel inusitado esfuerzo dos almas teñidas por el blanco y el negro. En el caso de Juana, su pureza, inocencia y convicción dejaban atónitos a los que se acercaban a su mensaje, dispuestos a comprobar o atisbar cualquier signo de engaño. En cuanto a Gilles, a estas alturas de la historia, nadie dudaba acerca de su compleja personalidad. En aquel tiempo aún no había ratificado su condición de cruel asesino infanticida. Sin embargo, muchos de sus iguales sabían que el barón de Laval era hombre por cuyas venas circulaba una sangre tan gélida como los glaciares de las montañas, habiendo ya acreditado un número creciente de muertes por su mano y orden. Desde los dieciséis años, época en la que comenzó a guerrear bajo la bandera del duque Juan V de Bretaña hasta la fecha en la que entró al servicio personal del delfín Carlos, sus condiciones como combatiente mejoraron de forma sobresaliente. Durante sus primeras acciones de guerra enmarcadas en los litigios que enfrentaron a las casas de Monfort y de Penthièvre, Gilles demostró una inusual pericia con las armas, arremetiendo contra el enemigo sumido en una ignorancia, consciente o no, de los peligros que se cernían sobre él. Luchaba con valor propio de héroes protagonistas de leyendas y romanceros populares. Sus compañeros aseguraban que un espíritu demoníaco le poseía cada vez que la sangre afloraba en el combate; quizá no les faltaba razón al comentar dicho comportamiento. Pues la verdad es que Gilles disfrutaba con la guerra, era como un juego para él: cabalgar a lomos de su caballo favorito, *Noisette*, desenvainar su espada y medirse con el enemigo en singular duelo, nada mejor para un hombre de armas francés, educado para la guerra y preparado para morir si fuese necesario. Gilles se sabía paladín y alardeaba de su destreza con la mayor de las elocuencias. Sus hombres le seguían absolutamente motivados, bien por el miedo que inspiraba su jefe, bien por el honor que suponía entrar en combate al lado de un campeón tan excepcional como era él.

A los veintidós años organizó su propio ejército pagado de sus arcas; no en vano en su blasón confluían tres grandes fortunas que le aupaban a lo más alto en cuanto a la riqueza que atesoraba Francia. Tan sólo el rey se situaba por encima de su escudo, y, a decir de muchos, ni siquiera eso. Fue entonces cuando se puso con sus soldados bajo el mando de Arthur de Richemont, hermano de su señor el duque de Bretaña y condestable de Francia. Juntos dirigieron sus tropas rumbo a Chinon dispuestos a una última defensa desesperada en torno al delfín Carlos VII. Corría el año 1427. Durante

los meses siguientes, Gilles se distinguió ante los suyos luchando en pequeñas pero encarnizadas refriegas contra los ingleses. La furia le dominaba en aquellos envites, a tal punto que parecía ariete de las tropas si de perseguir al enemigo se trataba. En numerosas ocasiones sus lugartenientes debían frenarle ante un ímpetu casi suicida; para Gilles la muerte carecía de importancia ante la posibilidad de satisfacer su rabia interna. En todo caso, algunos nobles cruzaron apuestas sobre el tiempo que le quedaba al barón de Laval en este mundo cubierto por las llamas del odio. Sin embargo, un hecho insólito frenó en seco la angustia de aquel guerrero, nos referimos, claro está, a la aparición en Chinon de Juana de Arco. Hasta entonces, Gilles había escuchado como tantos las diferentes versiones que circulaban sobre aquella campesina loca que intentaba por sí sola salvar a la afligida Francia. La mayor parte de la gente que escuchaba esas narraciones soltaba de inmediato una estruendosa carcajada, aunque existía un pequeño grupo de nobles que empezó a escuchar con más atención que los demás. Estos aristócratas conocían los rumores populares, las leyendas campestres y, sobre todo, estaban muy avezados en el sentimiento que inundaba el país en aquellos meses de consternación. Sabían que el pueblo sólo se mueve por determinados impulsos que impregnan alma y mente y que muchas veces el aliento que hace mover masas no se encuentra encarnado en la figura de un rey o de un noble poderoso, sino en esas pequeñas sensaciones que provocan la cohesión social en un magma invisible, en el que sentirse unido a un proyecto vital común impele a formar parte de un grupo homogéneo que lucha hasta el fin por eso que llamamos identidad. Estos nobles, concededores de todo ello, iniciaron la senda adecuada que diera cauce a la historia de Juana. La situación era límite y la doncella otorgaba cierto halo de esperanza para aquellas gentes que aún defendían las posiciones de un delfín que, posiblemente, no merecía tal lealtad. Pero era el mismísimo Dios quien venía tras la estela de una simple aldeana que, en todo caso, podría ser manejada según conviniera. ¿Por qué no aferrarse a esa arma secreta enviada por el ser supremo? De todas formas, poco se podía perder ya en esa guerra irresoluble que duraba casi cien años y que parecía arrastrada a un final cuyo triunfo pertenecía, presuntamente, a los ingleses. Nada se perdía con intentar una última táctica inserta en esa estrategia desesperada. Durante días el pequeño *lobby* de nobles defensores de Juana aconsejaron al delfín sobre la posibilidad de recibir a la joven con el propósito de corroborar lo que el vulgo decía sobre ella. Carlos, al que la historia bautizó con el sobrenombre de Bienservido, aceptó el juego propuesto accediendo a una audiencia con la muchacha. La noticia se propagó como la pólvora por las escasas posesiones que aún quedaban libres de ingleses y borgoñeses, con lo que el efecto deseado por aquel pequeño grupo de caballeros empezó a germinar. Muchos dignatarios y vasallos se acercaron a Chinon curiosos ante la singular visita; ya por entonces, una extraña ilusión había prendido en aquellas gentes humilladas y

casi abandonadas al dictado del vencedor enemigo. Juana constituía la postrera posibilidad de volver a levantar cabeza frente a la adversidad. La fe se extendió por Chinon a la espera del encuentro entre la elegida de los cielos y el necesitado delfín.

No entiendo cómo es posible que el propio Dios diera consentimiento a la doncella para ayudar a un delfín al que todos consideraban idiota.

Carlos VII era hijo de Carlos VI e Isabel de Baviera, aunque a decir de sus biógrafos y de su propia madre, no era más que un simple bastardo fruto de los amores de Isabel con su cuñado Luis de Orleans. Nacido en París el 22 de febrero de 1403, cuando se encontró con Juana apenas tenía veintiséis años y mantenía un fingido matrimonio con la hermosa María d'Anjou, hija de la absorbente Yolanda de Aragón, quien en realidad gobernaba lo que quedaba de reino. Completando el trío de mujeres influyentes para Carlos VII, se encontraba Agnès Sorel, una bella joven de inmensos ojos azules considerada por los historiadores como la primera favorita real de la historia que acompañó a los monarcas galos. María dio a Carlos un heredero, el futuro Luis XV mientras que por su parte Agnès le dio cuatro bastardos, siempre queridos por su padre natural, que también provenía de esa condición. Y aunque su madre nunca lo ocultó en determinados círculos, Carlos, consciente o no, mantuvo la incertidumbre sobre su origen legítimo, ni siquiera la casa de los Armañac deseó enfrentarse al enigma dinástico, y cuando fallecieron Carlos VI y sus dos hijos mayores, no les quedó más remedio que admitir a Carlos como heredero de la corona de Francia.

Pero al no haber sido coronado en Reims, sino en Berry, no se podía considerar a Carlos rey de los franceses. Y de momento se quedó en delfín. El futuro Carlos VII era en sí mismo un contrasentido. Por un lado, tremendamente piadoso y católico, por otro, fervoroso creyente de la astrología y diversas mancias. Hasta la llegada de Juana a Chinon, en febrero de 1429, casi todos los franceses habían asumido que Enrique VI, el Rey Niño, hijo del célebre Enrique V, sería el nuevo rey de Francia. Pero Dios, san Miguel y las santas Catalina y Margarita habían pensado otra cosa, y ese pensamiento fue grabado en la mente de una doncella analfabeta y algo embrutecida por los rigores del campo. Sólo la convicción y la pureza de espíritu hicieron avanzar a la adolescente, que, tras diez días de marcha nocturna a fin de evitar ser capturada por el enemigo inglés y otros dos días de espera en las inmediaciones del palacio real de Chinon, consiguió ser recibida por el heredero.

Al atardecer del 23 de febrero de 1429, Juana obtuvo el tan ansiado permiso para verse con Carlos y su corte. Sin perder un instante, se adentró por las estancias palatinas escoltada por los caballeros Jean de Metz y Bertrand de Poulengy. La esperaban no menos de 400 nobles y militares que, curiosos y expectantes, deseaban conocer a la supuesta enviada de los cielos. Lo que contemplaron les dejó pasmados. Ante ellos se plantó una muchacha de diecisiete años, de escasa altura y frágil

compleción corporal. Su aspecto desató toda suerte de rumores en la sala, ya que ceñía ropajes a la usanza de cualquier muchacho de la época, predominando en la vestimenta un jubón negro, una túnica gris y calzones que la cubrían de la cintura a las piernas. Su pelo estaba recortado de forma redondeada a la altura de la nuca; en definitiva, el conjunto distaba bastante de lo que presumiblemente se le podía atribuir a un heraldo enviado por el ser supremo. A pesar de todo, Juana, sin fijarse en aquellas penetrantes miradas, caminó por el aula palaciega con porte sencillo pero erguido. Sus escoltas cedieron el testigo a Luis de Bourbon, conde de Vendôme, quien señaló a la joven el acceso final hacia el lugar en el que se encontraba el delfín con sus consejeros. Desconfiado, Carlos había urdido una treta para desenmascarar a la supuesta agorera. El absurdo plan consistía en despojarse de cualquier distinción o signo de realeza, camuflándose después entre la concurrencia, a fin de poner a prueba la presunta intuición sobrenatural de la joven. Algunos nobles, cómplices de la estratagema, habían oído que Juana afirmaba ser capaz de reconocer al rey de Francia —cuya cara jamás había visto— en cualquier situación que se encontraran. Y pronto elevaron voces intentando confundir a la doncella sobre quién era o no el delfín. Durante minutos se estuvieron señalando unos a otros de forma estúpida bajo frases como: «¡Mirad, ahí tenéis al rey!» o «¡Acudid aquí, pues el verdadero rey es éste!». Ante semejantes sandeces, Juana permaneció impávida, seria y, sobre todo, firme, y sin atender ni un segundo a tanto idiota, avanzó con más decisión que nunca hasta el rincón en el que se encontraba el disfrazado Carlos. Una vez frente a él, se arrodilló en actitud de respeto y dijo: «Dios os dé una larga vida, noble rey», a lo que Carlos, ruborizado, respondió titubeante: «Yo no soy el rey». Juana, al escuchar esto, elevó sus ojos azules y replicó: «¡En el nombre de Dios, vos sois el rey, vos y ningún otro!». Era evidente que la doncella había superado con creces la primera prueba y el delfín, una vez descubierto, le dio el uso de la palabra para que ella expusiera el mensaje que traía. Juana, sin dilación, comenzó un lacónico discurso en el que pedía tropas para liberar la plaza de Orleans, prometiendo al delfín que, una vez esto fuera concluido, le conduciría a Reims, donde por su mano sería ungido y coronado tal y como ordenaba la voluntad de Dios. Tras escuchar estas palabras, el delfín le pidió alguna prueba sobre la veracidad que contenían sus voces sobrenaturales. Juana le dijo entonces que le preguntase lo que él quisiera recalando que le podría ofrecer la solución sobre la eterna duda que le acompañaba desde la cuna. En ese momento, el rostro de la joven se acercó a uno de los oídos de Carlos musitando unas palabras que iluminaron la faz del futuro rey. Algunos suponen que la muchacha le desveló quién era su verdadero padre, otros aseguran que le transmitió una oración rezada por él en secreto desde niño. El caso es que Carlos, estupefacto por la serenidad de Juana, se retiró unos segundos para conversar con sus asesores y para solicitar el consejo de su suegra, Yolanda de Aragón. Tras un intenso debate, el grupo determinó que, antes de

aceptar la ayuda ofrecida por Juana de Arco, ésta debería someterse a los dictados de un tribunal inquisitorial donde se intentaría averiguar si la campesina era hereje, bruja o por el contrario decía la verdad. Juana de Arco fue enviada a Poitiers, donde la esperaban obispos, sabios y médicos dispuestos a evaluar de forma implacable la situación psíquica de la muchacha. El resultado no pudo ser más contundente, sentenciándose que Juana, lejos de transgredir las leyes eclesiásticas, se encontraba inmersa en la actitud más pura y fervorosa que ningún francés viera jamás. Con el beneplácito de teólogos y demás sabios del reino, la doncella regresó a Chinon, donde la esperaba Gilles de Rais, convertido en su flamante escolta y protector a petición del propio delfín. Guilles había creído desde el primer momento en la historia de Juana y, a decir verdad, su actitud fue ejemplo para otros nobles, como sus primos Guy y André de Laval o el duque d'Alençon. Estos curtidos militares impusieron su criterio ante los escépticos y, dada su fuerza y ascendencia sobre otros linajes, en poco tiempo los seguidores de la doncella se multiplicaron por doquier. Guilles, desde que la vio por primera vez, supo que ella sería el principal estímulo para su atormentada vida. Por eso, no dudó ni un instante en aceptar el mandato real, poniendo a disposición de la joven cuanto material quisiese emplear para la campaña que estaba a punto de emprender. El ardoroso militar cambió su actitud siempre agresiva por otra bien distinta en aquellos días de febril actividad en Chinon y en diferentes ocasiones buscó el tiempo necesario para encontrarse con la doncella dispuesto a sostener largas conversaciones que encendieron aún más su fe en ella y en la santa misión de la que era emisaria. Juana, que también simpatizó de inmediato con Gilles, le hizo confidente de cuatro promesas que pronto habrían de cumplirse. La primera y más urgente era que ella, con las tropas de Francia, pondrían fin al sitio de Orleans; la segunda, que sus manos coronarían al delfín en Reims para sosiego del pueblo francés; un tercer compromiso pasaría por la recuperación de París, ciudad que permanecía ocupada por los ingleses. Y, finalmente, cumpliría su cuarta promesa al liberar al duque de Orleans preso en París devolviéndole intacto a sus posesiones. Gilles escuchaba asombrado las palabras pronunciadas con tanta vehemencia por aquella joven que parecía a punto de romperse en cualquier momento, pero que a la vez transmitía una fuerza interior jamás percibida por el bravo guerrero. Aquello tenía el aspecto de una disparatada comedia. Una ruda mujer del campo aseguraba, sin miedo, que ella y sólo ella sería capaz de solventar los problemas enquistados de una nación sumida en el caos. Ella y sólo ella acabaría de un tajo con asuntos que provenían de un siglo atrás y que ni los mejores generales de Francia ni tropas cuantiosamente superiores a las del enemigo habían conseguido enmendar por mucha intención que pusieron. Pero lo principal era que, al margen de las dudas generadas por la entusiasta doncella, Gilles y otros como él creyeron en el mensaje que el cielo había depositado en Juana, lo que constituyó un semillero de fe justo y necesario para

iniciar la ofensiva más gloriosa que vieron los tiempos. Gilles de Rais se ocupó de todos los preparativos bélicos, poniendo suma delicadeza en el pertrecho militar que debía lucir la doncella. Para ello, pagó de sus arcas una yegua alazana de espléndido pelaje con cuello ancho y lomo hundido, lo que presagiaba que era magnífica para cabalgar y muy adecuada al tamaño físico de Juana. Además pidió a un armero de Tours que hiciera a medida una excelsa armadura blanca que la muchacha ciñó sin lamentos, a pesar de las gruesas láminas de acero pulido y del pesado casco que completaban el equipo defensivo de la flamante capitana francesa. Juana ya disponía de armadura y caballo como cualquier hombre de armas de la época, pero aún faltaba algo importantísimo, y esto era la elección de su propio estandarte de guerra y de su espada personal. Ella misma indicó a las hilanderas cómo debían tejer el pendón que la acompañase en la batalla. Éste debería ser de hilo blanco fino y en la tela inmaculada se tendrían que reflejar los emblemas sugeridos por las voces del cielo: lirios de Francia bordados adornando una imagen de Nuestro Señor con el mundo en sus manos y ángeles adoradores a ambos lados del Salvador con la divisa Jesús, María. De igual forma se preparó para ella un escudo azul en cuyo blasón aparecía una paloma blanca con un rollo de pergamino en su pico donde se inscribía la frase *Por orden del Rey de los Cielos*. A este sacrosanto conjunto sólo le restaba incluir una espada digna de tan importante encomienda y el propio delfín quiso ofrecerle a Juana una de sus más bellas armas. Sin embargo, la joven rechazó la ofrenda argumentando que ya tenía elegida su propia espada. Y, a tal efecto, solicitó que se buscara tras el altar de la capilla de Santa Catalina en Fierbois —sita a una jornada de Chinon—, pues ella había tenido la visión de que en ese lugar se encontraba una espada en cuya hoja estaban grabadas cinco cruces, siendo la idónea para la crucial lucha que debía emprender. Su petición se atendió y, efectivamente, en ese lugar fue hallada, para alborozo de las tropas que se aprestaban a seguirla en aquella cruzada singular. Los espías ingleses estaban al tanto de estos acontecimientos y pusieron sobre aviso a los sitiadores de Orleans, quienes, algo extrañados por los movimientos franceses, se dispusieron a repeler la que ellos entendían como una fanática acción desesperada.

El 22 de abril de 1429, un documento llegó a Bruselas procedente de Lyon; había sido escrito por Sire de Roslaer, y en él se hacía referencia a unos vaticinios hechos por la doncella previos a que se produjeran los acontecimientos. Juana decía: «*Salvaré Orleans y obligaré a los ingleses a levantar el sitio, seré herida por asta en batalla previa, pero no moriré de eso, y el Rey será coronado en el transcurso del verano venidero en Reims*». A finales de ese mismo mes, la doncella se puso al frente del pequeño ejército entregado por el delfín y compuesto por apenas 500 efectivos. La muchacha enarbolaba su recién confeccionado estandarte de guerra, que lucía señorial en lo alto de la larga lanza sujetada con firmeza por la mano izquierda de la joven. A su lado cabalgaba Gilles de Rais —en calidad de protector—, dos metros

más atrás les seguía Jean d'Aubon, escudero fiel de la muchacha. El contingente parecía en todo caso sumamente inadecuado para disolver por la fuerza el sitio de Orleans. Pero, como ya sabemos, la fe y la esperanza en la victoria han conseguido durante siglos sortear los peligros más amenazantes derribando muros que se creían inexpugnables.

La columna se encaminó hacia Orleans con tiempo de primavera, lo que hacía crecer grandes praderas de violetas cuyo aroma envolvía las sinuosas riberas del Loira. La visión del bello paisaje enardeció aún más el espíritu de aquel grupo de valientes.

LAS CAMPAÑAS DE DIOS



Juana de Arco entrando en Orleans, por J.J.Scherrer
Colección de pinturas murales del Panteón de París.

Orleans protegía el paso principal del río Loira y, como ya hemos apuntado, constituía un enclave decisivo para las aspiraciones del delfín Carlos, siendo la principal de las ciudades que permanecían fieles a su causa. Desde octubre de 1428 estaba siendo sometida a un riguroso asedio por parte de un ejército inglés dirigido en principio por el conde de Salisbury, aunque éste falleció y fue sustituido por el duque de Suffolk. La superioridad británica en aquel escenario quedaba manifiesta con tropas que triplicaban en número a las de los maltrechos y cada vez más hambrientos defensores. El 29 de abril de 1429 el contingente dirigido por Juana de Arco llegó a las inmediaciones de Orleans. La impetuosa doncella sugirió la posibilidad de atacar a los ingleses en su bastión principal, situado en la cara norte de la ciudad. Estaba claro que la joven adolecía de la formación militar que sí tenían sus capitanes y, por fortuna para ella y para los intereses del delfín, Gilles de Rais asumió momentáneamente la responsabilidad de la situación y, contraviniendo las enérgicas proclamas de la joven, la cual parecía imbuida en un éxtasis místico, ordenó que la columna entrara en la ciudad por la puerta de Borgoña, situada en el lado sur de Orleans y sin enemigos que acecharan. Juana se enfadó con esta maniobra y espetó a su protector que nunca más volviera a desdeñarla en una orden, ya que ella estaba

mejor asesorada que él, pues recibía mensajes del mismísimo cielo con indicaciones más certeras que lo que pudiese pensar un simple mortal. A pesar de ello, los soldados de refuerzo franceses entraron en Orleans por el sitio más aceptable, propiciando, gracias a esa táctica, el mejor camino hacia la victoria de días posteriores. Con el pequeño ejército enviado por el delfín, llegaron también las tan necesarias provisiones y algún material bélico, lo que sirvió de refuerzo moral y sustento para los sitiados. En la prisionera plaza, Juana fue recibida en loor de multitudes y cientos de antorchas iluminaban las calles por las que transitaba el sorprendente cortejo. Los ciudadanos, conmovidos por aquel acto de arriesgado heroísmo demostrado por una simple mujer del campo, se acercaban dispuestos a tocar sus espuelas, a besar su armadura, a acariciar tan sólo el lomo de su caballo. Cuenta la historia que una de las antorchas prendió por accidente los flecos del estandarte de Juana. Ésta, sin perder la compostura, orientó la tela hacia el suelo, donde se apagaron las llamas gracias a una eficaz maniobra en la que su yegua pisoteó el fuego. La imagen estremeció a Gilles de Rais, quien creyó ver en ese momento sublime la figura de Dios encarnada en la Tierra. Sollozando, prometió ser el campeón eterno de la doncella, por ella lucharía, junto a ella mataría y, si fuera necesario, moriría en ese trance espiritual que tanta paz y tanta tranquilidad le estaban dando. Lo experimentado por Gilles se contagió a las gentes de Orleans, conocedoras a la perfección de las leyendas que circulaban sobre la doncella. Y ahora la tenían ahí mismo, frente a ellos, dispuesta a luchar codo con codo en la liberación de esos muros tan resquebrajados por el golpe del enemigo. Con fervor aceptaron las normas religiosas impuestas desde ese momento por la muchacha, rezando el rosario y comulgando diariamente mientras se entrenaban para el combate decisivo. Juana, ante el delirio general, envió un mensaje a los jefes ingleses conminándoles a levantar el asedio a Orleans, so pena de ser pasados por las armas francesas y ser sometidos a la inclemencia de Dios. Los soberbios británicos, como el lector se puede figurar, tardaron varios minutos en contener las carcajadas para luego pasar a una rabiosa furia en la que decidieron acabar con las voces sobrenaturales de aquella insolente y, de paso, con toda la guarnición que aún defendía Orleans.

El 4 de mayo de 1429, Juana se despertó sobresaltada por una nueva orden de sus voces; había llegado el momento de atacar. Sus hombres la siguieron como uno solo hacia un enclave fortificado situado al este de la ciudad que rápidamente fue tomado. Era la primera victoria militar de Juana, y las tropas que dirigía se mostraban más determinadas que nunca para resolver la embarazosa situación. El 6 de mayo se reanudaron los combates pero, en esta ocasión, los ingleses, conocedores de la fuerza divina que guiaba a sus enemigos, se retiraron sin luchar, refugiándose en el castillo de Les Tourelles, donde pretendían justificar su fama de invencibles. El sábado 7 de mayo las tropas de Orleans se prepararon para el asalto final sobre los bastiones

ingleses. Juana, como de costumbre, encabezó el ataque orientando su espada hacia las posiciones enemigas mientras avanzaba en primera línea; eran las horas de mediodía y el sol iluminaba con generosidad el escenario por el que iba a transcurrir la batalla cumbre en la guerra de los Cien Años. Los franceses se dirigieron a los baluartes británicos de San Agustín y San Juan le Blanc, pero, cuando restaban escasos metros hasta las murallas de los bastiones, una nube de flechas disparadas por los ingleses cubrió los cielos hasta impactar en los cuerpos de los atacantes. La propia Juana fue herida cuando una saeta atravesó la protección de su armadura en el hombro izquierdo rasgando la piel de uno de sus senos. El dolor convulsionó su pequeño cuerpo, que cayó al suelo ante el asombro de sus hombres, que en su casi totalidad salieron huyendo en desbandada ante la presunta pérdida de su guía. Sólo Gilles de Rais, desafiando las flechas del enemigo y un más que posible contraataque, quedó en el lugar con su caballo encabritado, y con un gesto en su rostro mitad fiero, mitad consternado, desmontó para recoger a la doncella en sus brazos, salvándola de aquella situación tan aciaga. Con presteza, el militar aplicó una cura de emergencia a su protegida, extrajo con su boca la mala sangre ocasionada por el flechazo y, sin permitir que ninguno de los suyos se acercara, cubrió con vendajes los estragos producidos por la punta de hierro. Gilles musitó palabras de mimo y cariño hacia su heroína y ésta, lejos de afligirse con el dolor, se levantó como si un resorte secreto la impulsara a retomar el mando de la situación. Estaba en juego el futuro de Orleans y ella sabía que sus voces no la orientaban por senderos equívocos. En consecuencia, se encaró con sus hombres arengándoles de tal manera que en pocas horas ya estaban dispuestos para reanudar los combates, aunque el anochecer aconsejaba esperar a una nueva jornada para intentar el asalto. El propio conde de Dunois, al que llamaban el Bastardo de Orleans, hermanastro del duque prisionero y uno de los jefes militares del ejército francés, sugirió la retirada a la espera de mejores signos. Sin embargo, Juana y sus asesores celestiales apoyados en la Tierra por Gilles de Rais habían decidido otra cosa, y esa misma noche se lanzaron a una ofensiva que por inesperada sorprendió a los crecidos ingleses. En esta ocasión sus flechas no se clavaron, dada la falta de visibilidad, con tanta precisión, y las huestes francesas consiguieron al fin llegar a los muros de los fortines británicos. Pero, una vez allí, la respuesta inglesa se volvió más contundente, causando muchas bajas entre los atacantes; el conde de Dunois ordenó una vez más que las trompetas tocasen retirada. Juana, en medio de la confusión generalizada, recibió una segunda herida, siendo de inmediato puesta bajo el parapeto de Gilles y alguno de sus hombres. El guerrero intentó socorrer a la muchacha pero ésta, presa de la rabia, levantó la voz espetando: «¡Ahora o nunca, Gilles! Es el momento de atacar y vencer a los ingleses». Gilles le replicó: «Adonde vos vayáis yo os seguiré». Ella, con mirada cómplice y ensangrentada por las heridas, tomó su estandarte y señalando al enemigo concluyó: «Un último avance, mi capitán,

un último avance». En ese momento Gilles de Rais utilizó toda la potencia de sus pulmones para convocar a sus guerreros a una última refriega y a su grito de guerra se sumaron tantos como pudieron. Juntos se empotraron en los muros ingleses, juntos los expugnaron y juntos acabaron con la resistencia feroz de sus oponentes. Fue una victoria tan inesperada como ilógica. Los franceses, en inferioridad de tres a uno, habían levantado el sitio de Orleans; sobre el terreno, más de 500 bajas inglesas entre muertos, heridos y prisioneros. Juana de Arco había cumplido con lo prometido al delfín y ahora sus banderas se enseñoreaban de Orleans, ciudad que ya era libre. El sitio había durado ocho meses y ella lo había levantado en tan sólo ocho días.

En la jornada siguiente, los restos del ejército inglés abandonaban el lugar sin que fueran perseguidos por los franceses, dado que era domingo y con tal motivo la religiosidad de Juana impidió que se efectuara ningún tipo de represalia sobre los vencidos. Ya habían tenido suficiente. Orleans había sido liberada, la leyenda popular ya era cierta. La noticia recorrió como la pólvora los caminos y campos de Francia. Todos al unísono aclamaban a Juana de Arco, quien, lejos de la complacencia, pedía insistentemente al delfín poder completar el deseo divino. El efecto galvanizador de la nacionalidad francesa era imparable, la doncella guerrera era un símbolo inequívoco de unidad. Miles de hombres se querían sumar a la causa de Juana, que, a pesar de situarse al frente de los ejércitos, nunca empuñó su espada sagrada para matar a nadie al no permitírsele su fe. Ella únicamente tomaba la vanguardia e indicaba a los soldados el camino, y éstos terminaban el trabajo. Tras limpiar la región del Loira de ingleses, el ejército francés, siempre bajo el mando de la Doncella de Orleans, fue tomando posiciones y ciudades que hasta entonces eran de imposible conquista. Bien es cierto que, en contra de lo que se pueda pensar, el delfín Carlos no surtió al ejército de Juana con las tropas e impedimenta bélica suficientes, lo que entorpeció, ostensiblemente, el buen tránsito de aquella ofensiva. En cambio, Gilles de Rais, en compañía de alguno de sus familiares, hipotecaron una parte de su patrimonio para poder así sufragar las evidentes carencias de las que las tropas francesas hacían penosa gala. Con todo, los soldados de la doncella mantuvieron el empuje contra el ejército inglés, el cual, a pesar de su fuerza, retrocedía una y otra vez tras el desastre de Orleans.

El 12 de junio de 1429, Juana reemprendió la actividad bélica bajo la asesoría militar del conde de Dunois y del barón de Rais. Juntos tomaron la fortaleza británica de Jargeau, sita a escasas jornadas de Orleans, obligando al enemigo a un forzoso repliegue bajo condiciones sumamente estrictas.

El 18 de junio de 1429, los franceses, dirigidos por el duque d'Alencon y estimulados espiritualmente por Juana de Arco, se enfrentaron en Patay a un contingente inglés superior bajo el mando de Talbot, conde de Shrewsbury y sir John Fastolf. Su vanguardia, atenazada por el pánico al ser atacada por la caballería

francesa, se desbandó y huyó. El cuerpo principal de Fastolf mantuvo su formación y pudo retirarse a Etampes, mientras que Talbot sufrió peor suerte, siendo capturado tras haber perdido en la acción la tercera parte de sus 5000 hombres. Fue otra resonante victoria para los ejércitos que seguían ciegamente las indicaciones de la doncella, quien se mostraba cada vez más impaciente por acreditar en Reims su segunda promesa contraída ante el delfín. La verdad es que el paso hacia dicha ciudad quedaba franco en la práctica salvo el pequeño obstáculo que suponía la plaza de Troyes, aún en manos británicas. De forma sorpresiva el enclave capituló sin mayores protocolos, dando vía libre a los franceses para recuperar Reims sin derramamiento de sangre. Por fin, el domingo 17 de julio de 1429 se pudo completar la sagrada obra emprendida por la futura santa. En ese día, de emotivo recuerdo para los franceses, Juana entró con gran solemnidad en la catedral enarbolando su estandarte de guerra. En silencio se situó de pie en un lado del altar junto al atril que se dedicaba a la lectura del Evangelio. La emoción del momento provocó en ella incontenibles lágrimas, que, tras resbalar por sus ruborizadas mejillas, quedaban depositadas entre el fulgor de su blanquísima armadura de combate. Al poco, llegó el delfín Carlos escoltado por los nobles más importantes de su causa. La ceremonia fue esplendorosa, encontrando su punto culminante cuando la guardia de honor compuesta por el mariscal de Boussac, el almirante Luis de Colan, el señor de Granville —jefe de los arqueros— y el propio Gilles de Rais, barón de Laval, levantaron con marcialidad y firmeza el palio bajo el que se situó el heredero de la corona. Estos hombres a lomos de sus caballos subieron con destreza las gradas de la catedral hasta que el delfín se introdujo en aquella estancia sagrada. Tras ejecutar la brillante maniobra, los doce pares de Francia, como símbolo de la nación que estaba a punto de recibir un rey, rodearon a Carlos formando un círculo y, extendiendo sus manos hacia él, contemplaron cómo la corona quedaba depositada en su testa. La Doncella de Orleans, testigo privilegiado de aquel acontecimiento, no había defraudado a nadie, sus predicciones se cumplieron con la exactitud referida por sus voces sobrenaturales. ¿Qué papel jugaría a partir de ahora? El flamante Carlos VII intentó, una vez coronado, deshacerse de la molesta campesina, que si bien había constituido un elemento fundamental para su victoria, no era conveniente que un rey dependiera de la fama o las visiones de una muchacha casi adolescente que afirmaba estar en contacto con Dios; algo inaudito para cualquier orgulloso monarca y menos para él, llamado por su corte el Bienservido. En aquellos días, algunos nobles recelosos intentaron convencer a la muchacha de que su misión estaba concluida y que con la gratitud, eso sí, de Francia, debería retirarse a un discreto segundo plano. Lejos de eso, Juana aseguró que aún le restaban algunas cosas que hacer por el bien del país, y para consternación de muchos, aseguró que retomaría las armas para liberar París y otras ciudades en manos del enemigo. Por su parte, Gilles de Rais

recibió los honores de mariscal de Francia cuando ni siquiera había cumplido los veinticinco años. Esta distinción le elevó por encima de sus iguales, convirtiéndole en el hombre más poderoso del momento. Su heroísmo demostrado en el campo de batalla junto a la doncella le granjeó una popularidad extrema entre los suyos, aunque observó con preocupación los celos y desidias que rodeaban a su otrora protegida. Con tristeza aceptó que su soberano le desvinculara de la Doncella de Orleans, dado que por su alcurnia debía rendir servicio en otros ámbitos estatales y no custodiando las visiones de una iluminada. Por tanto, en aquel verano de 1429, la singular pareja debió separarse por orden del rey. Nunca sabremos qué hubiese pasado en caso de seguir juntos un tiempo más en aquella empresa de Dios. Lo cierto, y dada la biografía de Gilles de Rais, es que Juana fue el único amor femenino que pudo, en una circunstancia de su vida, salvarle del oscuro infierno al que se arrojaba con irremisible fuerza. La doncella fue, sin duda, la única mujer a la que amó con pasión desmedida pero no carnal, pues, como es sabido, nadie osó jamás tocar un pelo de la muchacha elegida por los cielos. La separación entre Gilles y Juana fue el principio del fin para ambos, ella se quedó sin su mejor paladín y él sin su asidero moral y espiritual, por lo que regresó sin abogados a los caminos de la vileza y el orgullo.

Una vez coronado Carlos VII, Juana, sin apenas apoyos, reanudó sus campañas militares con tropas cada vez más menguantes. A pesar de ello, sus hombres consiguieron tomar casi sin oposición la localidad de St. Denis, que apuntaba el paso hacia París, auténtica meta para la campesina de Domremy. Pero, en esta ocasión, los ángeles no fueron propicios, o tal vez sus presuntos poderes se debilitaron, pues las tropas francesas se estrellaron estrepitosamente contra las murallas de la Ciudad Luz. Los ingleses, superiores en número, ocasionaron una severa derrota al ejército de Juana, cobrándose de ese modo la oportuna venganza sobre lo acontecido en Orleans. La propia doncella volvió a ser herida y, en medio del fragor bélico, acabó siendo retirada casi a rastras por el duque d'Alencon, quien recibió, a pesar de su valeroso acto, toda la ira de una cada vez más crispada Juana. El desastre de París dio paso a la acostumbrada tregua invernal entre los contendientes, momento que quiso aprovechar Carlos VII para reconocer la valiosa ayuda que Juana de Arco había prestado a su causa. El 29 de diciembre de 1429, el rey concedió a Juana de Arco y a su familia el privilegio de poder formar parte de la nobleza francesa otorgándoles el título de Du Lis, con la facultad de utilizar azucenas en su escudo de armas. Esta distinción no confortó como se esperaba la sana ambición de Juana y ese mismo invierno recibió nuevamente la visita de sus voces celestiales. Aunque, en esta ocasión, los augurios no se presentaban favorables, dado que el cielo le avisaba de su próxima captura a manos enemigas antes del 24 de junio, día de San Juan Bautista. A pesar de la seria advertencia sobrenatural, Juana tomó las armas una vez llegada la primavera y con un pequeño contingente se dirigió rumbo a la ciudad de Compiègne, dispuesta a liberarla

de las fuerzas borgoñesas que por entonces la sitiaban. El 23 de mayo de 1430, Juana entró en la ciudad y con presteza organizó las defensas de la plaza mientras repelía con sus hombres dos ataques borgoñeses dirigidos por su jefe Juan de Luxemburgo, que se planteó seriamente levantar el sitio de Compiègne, pero un inesperado refuerzo de tropas enviado por sus aliados ingleses le animó a mantener el empeño, justo cuando Juana y los suyos habían iniciado el contraataque final. El infortunio, o un mal cálculo de los defensores, provocó que se izara el puente levadizo antes de tiempo, con lo que se cortó en seco el repliegue de las tropas de Juana sobre la ciudad amurallada. Este error fatal dejó a la doncella con unos pocos hombres fuera de Compiègne y a merced de los enemigos, abrumadoramente superiores, que rodearon al pequeño grupo conminándoles a la rendición. Juana fue reducida a golpes por un arquero y, en medio de gritos victoriosos, se la condujo ante la presencia del duque borgoñés, quien no quiso ocasionar a la doncella daño alguno a la espera de noticias o indicaciones inglesas sobre qué se debía hacer con tan insigne prisionera. Los británicos, como es obvio, exigieron la entrega de la cautiva premiando a Juan de Luxemburgo con un cuantioso botín. Pero se planteaban algunas dudas sobre qué trato otorgar a una pequeña mujer del campo que les había humillado en Orleans. ¿Era prisionera de guerra o más bien se trataba de una vulgar hechicera cuyas dotes visionarias fueron pretexto para la guerra? Era difícil tomar una decisión. Si se la juzgaba como militar, poco o nada se podía objetar ante el arrojo y valentía demostrados en la defensa de su causa. Cualquier otro soldado de acreditado valor hubiese hecho lo mismo bajo bandera. En cambio, si se la llevaba a juicio con la sospecha de herejía, brujería, blasfemia o algo similar, se podría humillar lo que representaba y de paso se minusvaloraría su efecto decisivo sobre las tropas del enemigo. Para su desgracia, esta segunda opción fue la que se tomó en cuenta con la complicidad de los borgoñeses, del propio Beauvais, obispo de Compiègne y de la titubeante Universidad de París. Todo estaba preparado para uno de los juicios más degradantes de la historia sin que Carlos VII —rey coronado por Juana— quisiera hacer nada por impedirlo. Ese fue el agradecimiento mostrado hacia la mujer que posibilitó su reinado. Seguramente, la Doncella de Orleans se había convertido en un elemento demasiado perturbador para ese infeliz sujeto. Así pues, nadie movió un dedo para impedir que Juana fuera internada en el castillo de Rouen —capital de Normandía—, donde esperó resignada su suerte.

Las condiciones de vida en una fortaleza del siglo XV no eran las óptimas para una joven virgen de diecinueve años. Juana solicitó ser recluida en las dependencias de una iglesia donde pudiera ser asistida por mujeres, pero, incomprensiblemente, le denegaron esta gracia, manteniendo su cautiverio en una celda custodiada por soldados ingleses. Mientras esto sucedía, Gilles de Rais, al tanto de los acontecimientos, se presentó ante Carlos VII dispuesto a organizar el rescate de su

antigua protegida. La entrevista con el rey no pudo ser más grotesca. El mariscal, atenazado por el dolor, solicitó de su monarca hombres y pertrechos suficientes para el asalto de Rouen. Carlos, indolente de forma fingida o no, aseguró que tal empresa no era factible y que intentar salvar a la doncella sólo supondría un desastre para sus tropas. De todas formas, la muchacha ya no era imprescindible para su causa y el ejército sería más útil en los futuros compromisos bélicos que lo enfrentarían al enemigo inglés. Gilles, perplejo por lo que estaba escuchando, subió el tono de su voz para increpar al timorato soberano: «¿Quién es este rey que niega a su salvadora la posibilidad de ser recuperada de manos inglesas?». Carlos permaneció en silencio ante la pregunta. Gilles, enfurecido por lo que entendió una conspiración, espetó: «Sólo sois un miserable bastardo que se sirvió de la pureza demostrada por la doncella para alcanzar sus fines. ¡Os desprecio!». Tras esto, el mariscal se arrancó sus distintivos, en los que figuraba la flor de lis, y, pisando el emblema, abandonó la estancia ante el estupor de los nobles que rodeaban al trémulo rey, que no levantó ni un solo dedo contra aquel que tanta gloria le había entregado en los campos de batalla. Gilles de Rais decidió armar por su cuenta una compañía de mercenarios que le acompañase en la acción de liberar a Juana de sus captores. Mientras esto se producía, en Rouen se iniciaban los preparativos para el juicio. ¿Llegaría Gilles de Rais a tiempo de culminar con éxito su particular empresa?

LA INJUSTA MUERTE DE UN ÁNGEL

Transcurridos varios meses desde su apresamiento en Compiègne, se dio el visto bueno para que Juana de Arco fuera sometida al rigor de un tribunal que la juzgaría por varias causas incompatibles con la ortodoxia católica.

En enero de 1431, comenzaron las sesiones preparatorias para el juicio y el 21 de febrero, Juana compareció ante sus jueces. Una vez más, la doncella demostró que la pureza era su virtud más luminosa, dejando a los inquisidores más que asombrados ante las respuestas ofrecidas. A pesar de esto, le negaron toda clase de derechos, como el de tener un abogado defensor, no poder asistir a misa, ni recibir la comunión. Finalmente, se la acusó de herejía, hechicería y blasfemia. En las alegaciones fiscales se aseguraba que su poder era diabólico y el caso judicial en contra de ella prosiguió bajo la férrea dirección del juez Cauchon y del viceinquisidor Lemaître, quienes, junto a más de cuarenta obispos, abades y doctores de ley canónica como asesores, deberían encontrar la sentencia justa a que sería sometida la infortunada joven. Las arduas jornadas que rodearon el proceso fueron seguidas con el máximo interés por cientos de lugareños ávidos de conocer en qué terminaría el luctuoso suceso. Durante semanas se acumularon pruebas de todo tipo, mientras Juana era sometida a múltiples interrogatorios con la intención de detectar cualquier contradicción en su mensaje. Asimismo fue sometida a diversos exámenes físicos, buscando alguna anomalía satánica que la delatase. En aquellos tiempos, se pensaba que Satán nunca entraba en el cuerpo de una virgen, y durante el juicio, los inquisidores intentaron demostrar que la doncella había sido desflorada pero no lo consiguieron. También se reunieron testimonios provenientes de los lugares por los que anduvo, incluida su aldea natal, Domremy. En realidad, lo que se pretendía era certificar que los hechos y prodigios atribuidos a Juana habían sido obras de hechicería sin que Dios ni sus ángeles tuvieran nada que ver con aquéllos. Una vez recabadas las posibles pruebas que la incriminaran, tuvo lugar una sesión pública en la capilla del castillo de Rouen. En el transcurso de la misma, cuarenta y dos notables bajo la presidencia de Cauchon la sometieron a interrogatorio utilizando todos los trucos a su alcance, incluidos los psicológicos. Durante los cinco meses que se prolongó el falso juicio, la prisionera permanecía encadenada de noche en un calabozo, sujeta por el cuello, las manos y los pies en una estrecha mazmorra, bajo la vigilancia de los centinelas habituales de la guarnición al mando de Warwick, un hombre despiadado al que poco le importaba el destino de aquella presunta bruja de apenas 1,50 metros de altura y que tanto daño había ocasionado a sus paisanos. Por ello no puso reparo alguno en que sus soldados se burlaran de la muchacha mediante dicterios e insultos, haciendo de sus noches un

infierno. Fue por temor de esos guardianes y de sus obscenidades por lo que Juana seguramente se quedó vestida con ropajes masculinos y no femeninos, tal y como le demandaban sus captores. En contra de las costumbres en aquella época, no fue torturada con potro y tornillos, aunque pensaron en la posibilidad de hacerlo. No obstante, la destrozaron, de igual modo, sin tener que recurrir al castigo físico.

El gélido invierno cedió a la tibia primavera, llegó el mes de mayo y los debates sobre el destino de la doncella se incrementaron ostensiblemente, provocando que algunos jueces, atormentados por un cargo de conciencia por la vileza que iban a consumir, abandonar las sesiones en medio de tumultos y escándalos.

Al final, durante la semana de Pentecostés, un año después de su captura y tras cuatro meses de horrible calabozo, se concedió que un sacerdote traidor le hiciera firmar un documento. En él estaba escrita una lista de sus errores, crímenes de herejía y brujería, así como su propia abjuración de tales delitos. Le prometieron que si lo firmaba y se ponía entonces ropa de mujer como prueba de su arrepentimiento, la sacarían de esa abominable prisión, le quitarían las cadenas y la llevarían a otro lugar donde sería atendida solamente por mujeres, de acuerdo con lo que la ley canónica requería. Juana se encontraba en lamentables condiciones físicas y psíquicas; desconocemos si en este periodo recibió alguna indicación de sus voces celestiales, pero lo cierto es que firmó aquella declaración con la esperanza de recibir un mejor trato en el episodio final de su vida.

Los complacidos jueces mostraron a la multitud congregada en torno a la cárcel el pergamino de abjuración rubricado por la doncella. Las reacciones que se produjeron entre el pueblo fueron diversas: algunos, que sentían compasión hacia ella, se alegraron de que hubiera escapado de la hoguera; unos pocos que creían en la santidad de la muchacha se afligieron. Pero la mayoría, especialmente los nobles ingleses y sus soldados, proclamaron su enojo más encendido al pensar que con ese acto la causante de su vergüenza militar se escaparía a su furia vengadora. Este último detalle originó un cambio de actitud en el presidente del tribunal, quien, faltando a su palabra por miedo a los ingleses, no la llevó a una prisión de la Iglesia donde podría permanecer libre de cadenas bajo la atención de mujeres, tal y como le había prometido. Juana regresó a la mazmorra del castillo, para ser cubierta por los grillos penitenciarios a la espera de un inminente fatal desenlace, mientras comprobaba con horror que los mismos esbirros que la habían molestado durante tanto tiempo seguirían merodeando la lúgubre celda que la acogía como prisionera. Pero sí hubo una diferencia con la situación anterior a la firma del documento, esta vez la vistieron de mujer antes de ponerle las cadenas y de esa guisa se mantuvo dos días con sus noches. Al tercer día le quitaron el traje y le volvieron a traer esa ropa de muchacho que había llevado antes de la abjuración. Como la dejaron desnuda, no tuvo más remedio que ponérsela, sobre todo en compañía de hombres como aquéllos.

Pero a la mañana siguiente vinieron ocho de los jueces a preguntarle por qué se había vuelto a poner ropa de hombre. Cuando ella les respondió que fue por modestia y para protegerse de los ultrajes que Warwick y sus servidores perpetraron contra su persona, desdeñaron sus explicaciones, la injuriaron, la llamaron bruja y ramera y dijeron que esto era evidentemente una señal de que había vuelto a caer en la herejía.

El 23 de mayo de 1431, cuarenta y dos de un total de cuarenta y siete jueces dictaron la sentencia final para la Doncella de Orleans: morir entre llamas por los delitos de herejía, apostasía e idolatría. Aún tuvo la farsa un último trance, cuando intentaron que la muchacha se retractara de su actitud diabólica. Pero Juana les respondió que Dios mandaba en ella, y que tan sólo con su consentimiento lo haría. Después de esto, treinta y siete de aquellos confabulados enviaron a la prisionera al cauce civil, donde quedó ratificada la condena a muerte. Y así, el 30 de mayo de 1431, quedó como fecha fijada para la consumación de la pena capital. Rouen era el sitio elegido y en el centro de su plaza vieja se apilaron numerosos troncos de madera sobre los que se levantaba una estaca.

A Juana le comunicaron su penoso destino esa misma mañana, aceptándole una última confesión y posterior comunión. La vistieron con un traje largo y blanco y la llevaron en una carreta a la plaza del mercado de Rouen. Después fue conducida al improvisado patíbulo, donde la esperaba una multitud expectante y apesadumbrada.

Antes de ser atada al madero solicitó poder abrazar una cruz que quedó situada frente a ella. Sin descomponer su dulce rostro, la doncella comenzó a recitar el nombre de Jesucristo, mientras los verdugos ponían fuego sobre una leña que se resistía a la quema. Inexorablemente, el humo y las llamas cubrieron la imagen angelical de la Doncella de Francia. Sus enormes ojos azules se llenaron de lágrimas ante la visión de la cruz, sin dejar de pronunciar el nombre de Jesús. Todos quedaron estremecidos ante la pureza de la joven, incluso sus más fieros enemigos no pudieron evitar el llanto. En pocos minutos concluyó aquel acto macabro y las cenizas de Juana de Arco fueron esparcidas por el río Sena. Según parece, lo único que las llamas no pudieron devorar fue su corazón, aunque éste también fue arrojado al seno fluvial. De esa forma tan injusta acabó la vida de la heroína por excelencia de Francia. En 1455, se inició un proceso de rehabilitación bajo los auspicios de la Santa Sede, que tras muchas investigaciones declaró ilegal el juicio anterior, reprochando la actitud del rey de Francia y de su Iglesia. En los siglos siguientes Juana pasó de bruja a ser considerada una santa. En 1869, la causa de Juana de Arco fue defendida en Roma por monseñor Dupanloup, obispo de Orleans. Tras los trámites necesarios y confirmados los requeridos milagros, el 11 de abril de 1909, era beatificada por Pío X. En 1920 Benedicto XV canonizó a Juana de Arco, quien desde entonces sería la santa patrona de Francia.

Lo que siempre llamó la atención de diferentes investigadores fue por qué los

miles de supuestos aliados y devotos de la Doncella de Orleans no pudieron socorrerla en esa circunstancia tan extrema y, más concretamente, muchos piensan cómo Gilles de Rais, dada su determinación a salvarla, no pudo llegar a tiempo de intentarlo. Por lo que sabemos, el célebre mariscal francés consiguió armar dos compañías de soldados —unos 500 efectivos— con los que se dirigió a todo galope hacia Rouen. Si bien la singular tropa permaneció acuartelada en Louviers, ciudad sita a tan sólo veinticinco kilómetros de la plaza en la que se encontraba prisionera la doncella. Eso nos indica que Gilles y sus hombres hubiesen podido perfectamente desatar una desesperada acción de rescate con tiempo suficiente para evitar la tragedia de Juana. Sin embargo, estas tropas ni se movieron el día de autos, del que hay constancia que Gilles de Rais se mantuvo ocupado en la tarea de comprar un caballo para Michel Machefer, uno de sus hombres, negocio por el que desembolsó ciento sesenta coronas de oro. Otras versiones aseguran que el barón de Laval entró disfrazado en la ciudad normanda dispuesto a comprobar la cuantía numérica de su enemigo, viéndose sorprendido por la ejecución de la doncella, asunto que él esperaba para unos días más tarde. Lo cierto es que abandonó a su protegida en el momento más importante. Él, que la había puesto a resguardo aun poniendo en peligro su propia vida en tantas ocasiones, ahora permanecía ante los rescoldos de la improvisada pira funeraria llorando como un niño y preso de una impotencia desconocida hasta ese momento. El mismo Gilles aseguró, años más tarde, que de alguna manera se culpaba de aquella muerte considerándose una víctima más del doloroso lance, pues su alma quedó atrapada para siempre por las feroces dudas que desde entonces le acompañaron en su insondable existencia. La muerte de Juana de Arco supuso para el héroe francés una abrumadora catarsis en la que se despojó de cualquier signo o conducta terrenal para entregarse a los rigores del infierno. La doncella constituía su único asidero al mundo gobernado por los hombres bajo el ser supremo. Tras la desaparición de la inmaculada pureza encarnada en aquella mujer a la que tanto había amado, no le quedaba nada por lo que luchar en esta tierra, ni compromisos que cumplir al servicio de nadie. El día en el que murió la Doncella de Orleans también lo hizo el cuerpo carnal de Gilles de Rais, quien se transformó de orgulloso mariscal de Francia en el principal emisario de Satán en la tierra. Aún le restaban nueve años de vida en los que enarboló la bandera negra del mal en toda clase de crímenes y depravaciones horribles.

EL FINAL DE LA GUERRA

Para Gilles de Rais, la guerra de los Cien Años terminó con la muerte de Juana de Arco. El bravo militar, sumido en un océano tempestuoso y cuajado de diablos, regresó a sus dominios en Bretaña acuciado por el irrefrenable deseo de dar satisfacción a tanta perversidad acumulada en su corazón. Mientras tanto, la historia de Francia transcurría sujeta a los avatares del conflicto con Inglaterra. Finalmente, Carlos VII y su consejo de nobles entendieron que la contienda debía ser resuelta por las modernas tácticas de guerra y no por obsoletas y estériles cargas de caballería pesada. En consecuencia, se reorganizó el ejército francés dando preponderancia a las formaciones de infantería y sobre todo a la novedosa arma artillera, llamada a ser protagonista principal de los futuros conflictos bélicos. Los cañones franceses manejados por diestros artilleros terminaron por derribar el muro infranqueable que suponía la eficacia de los arqueros británicos y pronto comenzaron a llegar las victorias para el bando galo. En 1436 un altivo Carlos VII entraba en París bajo el signo de la victoria; seguramente, en ese glorioso momento no se acordó del vaticinio lanzado por Juana de Arco en Chinon, en el que aseguraba que en menos de siete años las armas francesas recobrarían su posesión sobre la ciudad parisina. Poco importaba ya; Juana era un recuerdo cada vez más borroso en la mente del Bien servido, quien prosiguió, ayudado por su ejército, las campañas guerreras contra los británicos, con el único objetivo de expulsarles definitivamente del territorio bajo su corona. Un año antes de la reconquista de París, el antiguo enemigo borgoñés, encarnado en la figura del duque Felipe III el Bueno, se percató de que soplaban otros vientos e hizo las paces con Francia. Después de esto, Inglaterra no tenía ya la menor posibilidad. En 1436, los franceses por fin unidos iniciaron la lucha por recuperar Normandía, empresa que se culminó con éxito. Cuatro años más tarde, Carlos VII tuvo que sofocar una revuelta interna denominada *La Praguerie* tristemente apoyada por su insidioso heredero, el futuro Luis XI, quien intentó contar con el refuerzo de Gilles de Rais para su causa. Pero esta alianza no fructificó, dado que en ese tiempo el mariscal ya andaba envuelto en sus particulares carnicerías nocturnas y no quería, bajo ningún concepto, ser considerado desleal con el legítimo monarca de los franceses; si bien a raíz de la funesta ejecución de la Doncella de Orleans, no le guardaba ningún respeto. En todo caso, la sublevación fue sojuzgada y el delfín tuvo que esperar, en medio de diversas conjuras provocadas por él, la muerte de su progenitor, acontecida veinte años después, para poder reinar en el país galo.

El capítulo final de la guerra llegó en 1450, cuando los británicos enviaron la fuerza expedicionaria más numerosa que jamás habían mandado a Francia, pero de

nada les sirvió. En la batalla de Formigny, que tuvo lugar en tierras normandas, el 15 de abril de 1450, se enfrentaron los arcos largos ingleses contra la nueva artillería francesa, con victoria aplastante para los galos, que aniquilaron a los 4000 hombres conducidos por sir Thomas Kyriel. Al final de ese año, los ingleses habían sido expulsados de Normandía y de todo el norte de Francia excepto de Calais, y tan sólo mantenían unas reducidas posesiones en el sudoeste. Ese año, Inglaterra aún se enseñoreaba del último territorio que Enrique II había obtenido al casarse con Leonor de Aquitania, exactamente tres siglos antes. Un ejército inglés desembarcó cerca de Burdeos en 1452 al mando de John Talbot, conde de Shrewsbury (1384-1453), el último de los grandes generales ingleses en esta contienda. Se enfrentó al ejército francés, provisto de artillería, en la batalla de Castillon —cerca de Burdeos, actual departamento de la Gironda—, el 17 de julio de 1453. Los ingleses fueron derrotados por completo y Talbot pereció en el combate. Con esta batalla concluía la guerra de los Cien Años. Lo único que Inglaterra había ganado después de toda esta actividad bélica fue la ciudad de Calais, que siguió bajo su dominio hasta el siglo siguiente. Carlos VII, el desdeñado delfín de los días anteriores a Juana de Arco, se había convertido, paradójicamente, en el rey que había expulsado a los ingleses de Francia.

TERCERA PARTE

LA DESTRUCCIÓN [1431-1440]



«Recuerdo que desde mi infancia los más grandes placeres me parecían terribles. Es decir, el Apocalipsis era lo único que me interesaba. Creí en el infierno antes de poder creer en el cielo. Uno se cansa y aburre de lo ordinario. Empecé matando porque estaba aburrido y continué haciéndolo porque me gustaba desahogar mis energías. La muerte se convirtió en mi divinidad, mi sagrada y absoluta belleza. He estado viviendo con la muerte desde que me di cuenta de que podía respirar. Mi juego por excelencia es imaginarme muerto y roído por los gusanos».

Extracto de una de las confesiones manifestadas por Gilles de Rais en los días previos a su ejecución en Nantes.

EL ODIIO DEL MARISCAL

Gilles de Rais, asqueado y derrotado moralmente por los acontecimientos que había vivido, regresó a sus dominios bretones dispuesto a desembarazarse de cualquier lazo vital que le uniera al mundo de los hombres. La muerte de la pureza encarnada en Juana derrumbó su personalidad de tal manera que, desde ese fatídico día en el que la futura santa fue quemada en la hoguera, nada ni nadie logró convencer al orgulloso mariscal del papel que debía desempeñar en aquel escenario preñado, según él, de demonios disfrazados de humanos. Para Gilles se perdió una oportunidad única de renacimiento espiritual con la ejecución miserable de la Doncella de Orleans a la que tanto había respetado e incluso amado en secreto. ¿Qué se podía hacer ahora? No pretendo, ni quiero disculpar a este consumado asesino. Pero si analizamos cuidadosamente su conducta tanto psíquica como concreta, observaremos que el mariscal de las tinieblas buscó desde niño alguna excusa que le desviase de su camino maligno, y eso significa que el sentimiento de culpabilidad le acompañó en sus crímenes a pesar de la extraña fuerza invisible que le empujaba, una y otra vez, a sus sanguinarios actos. Juana de Arco constituyó, sin pretenderlo, el último asidero al que se sujetó Gilles de Rais en el intento de poner a salvo su atormentada alma. Una vez esfumada esta posibilidad, el barón de Laval entendió que sus vínculos con la realidad, expresada en la sociedad, en la política y la religión imperantes, quedaban disueltos *in aeternum* con la consiguiente patente de «corso» para el mal que todo psicópata se otorga a sí mismo antes de protagonizar delitos de lesa humanidad. Gilles, despojado de sus obligaciones mortales, comenzó a trazar un siniestro plan en el que los niños, símbolo de inmaculada pureza e inocencia, serían víctimas propicias para él, convertido ahora en máximo representante del poder satánico en el plano terrenal. El mariscal disponía de todo lo necesario para dar vía libre a sus más bajos instintos. En su mente ya no se albergaba pudor alguno, en su corazón no se reconocían los escrúpulos ni la decencia. Su cerebro criminal le impedía reconocer la realidad, ya no dominaba el hombre en él, sino el espíritu de una bestia abominable. Había llegado el momento de cobrar apetitosas presas en una cacería singular sólo apta para almas negras. Las piezas ansiadas serían desdichados niños, que constituirían el elemento único del ritual terrible que le dio fama. El sacrificio del hombre por el hombre, con un oficiante ávido de sangre y dispuesto a consumir su atroz herejía hasta los últimos estertores de sus víctimas y aún más allá. Gilles de Rais era un misántropo convencido, cuyo odio hacia la humanidad le venía desde la infancia. Nunca llegaremos a averiguar fehacientemente en qué momento de su vida se desataron las patologías que marcaron a fuego su enigmática personalidad. Pero lo

cierto es que en el resultado confluyeron diversos factores. Por un lado, la educación extrema a la que fue sometido por su abuelo; por otro, la indolencia de su madre, quien no quiso saber nada de él ni de su hermano Rene, que falleció inesperadamente, lo que imposibilitó cualquier acercamiento o reconciliación, y, sobre todo, la cruel muerte de su padre víctima de los colmillos afilados de un verraco. La visión que el niño tuvo de aquella escena final en la que su progenitor se retorció en el lecho mortuorio a consecuencia del derrame fatal de los órganos y vísceras que salían de la abertura producida en su estómago quedó grabada en sus retinas y fue determinante en sus posteriores infanticidios. Muchos asesinos en serie reproducen en sus víctimas acontecimientos traumáticos de su infancia. En el caso de Gilles de Rais, se comprobó que la mayoría de sus macabras actuaciones se perpetraron en niños que tenían la misma edad que él cuando fue testigo de la horrible muerte de su progenitor y que, curiosamente, la forma que tuvieron de morir fue similar a la del barón de Laval, pues Gilles sentía una atracción irremediable hacia el estómago de los infortunados niños, abriendo la zona para contemplar el último palpito de los órganos vitales mientras él, imbuido de un preternatural placer, terminaba por eyacular sobre los despojos, con lo que daba por concluido el siniestro acto sin que ni siquiera hubiese penetrado ningún orificio natural de aquellos desdichados. Se estima que, si bien perpetró algunos crímenes antes de 1431, es este año precisamente, el de la muerte de Juana de Arco, el momento en el que se inició su vorágine de terror. Parece comprobado que la primera víctima de este periodo fue un adolescente de quince años llamado Bernard Lecamus de Douardenez, quien fue conducido mediante engaño al monasterio de los Cordeliers, un recinto sagrado regentado por diez monjes franciscanos cuyo signo de distinción era un cordel con tres nudos. El edificio había sido fundado en el siglo XIV por Girard de Machecoul y bendecido por el papa Juan XXII en 1332. A principios del siglo XV seguía perteneciendo a la familia De Rais, que disponía para su uso personal de una habitación que por desgracia utilizó Gilles para cometer su primera aberración constatada. Más tarde este monasterio formó parte del patrimonio que Gilles vendió a su señor Juan V de Bretaña. Existe la probabilidad de que fuera otra la primera víctima oficial de Gilles de Rais, según los testimonios recogidos durante el juicio que se celebró contra el mariscal. Uno de ellos es el de Gérard Jeudon, padre de Jean, un muchacho que desapareció en el verano de 1432 en Machecoul y que, según algunos investigadores, fue el que encabezó la lista de niños asesinados por el barón de Laval:

En el verano del año 1432, mi único hijo Jean entró de aprendiz en el taller de nuestro peletero local, Guillaume Hilairret. Jean tenía entonces doce años y era un buen muchacho que nunca tomaba en vano el nombre de Dios ni de los santos. Estuvo empleado con Hilairret unos dos meses. Un día Messire Gilles de

Sillé y Messire Roger de Bricqueville se presentaron en el taller del peletero y le pidieron a Hilairet que les prestara a mi hijo para que fuera a llevar un recado al castillo de Machecoul. Así lo hizo Hilairet, y mandaron a Jean al mencionado castillo. Más tarde, aquel mismo día, al ver que el muchacho no regresaba, Hilairet les preguntó a Messires de Sillé y de Bricqueville dónde estaba mi hijo. Los caballeros contestaron que no lo sabían, a no ser que hubiera ido a Tiffauges. Entonces y cuando habían transcurrido ya dos días sin que Jean hubiera vuelto, me fui yo con Hilairet al castillo de Machecoul a preguntar por el paradero de mi hijo. Entonces Messire de Rais me replicó que había enviado al muchacho con otro recado al castillo de Tiffauges, pero que nadie le había visto llegar a ese lugar. Añadió que los secuestradores se lo debían de haber llevado con ellos para enseñarle el oficio de paje, ya que era un muchacho muy guapo. Al oír esto supe sin lugar a dudas que mi hijo Jean había estado una vez en compañía de Messire de Rais en su castillo de Machecoul, pero eso era lo único que sabía. Nadie volvió a ver a mi hijo desde el momento en que salió del taller del peletero a petición de los dos caballeros.



Castillo de Machecoul y una de las residencias más frecuentadas por el mariscal. Algunos biógrafos no lo descartan como posible lugar de nacimiento, así como primer escenario en el que se desarrollaron sus terribles crímenes.

Este esclarecedor testimonio nos pone sobre la pista del castillo de Machecoul como primer escenario de los crímenes efectuados por Gilles de Rais; luego comprobaremos que no fue el único «patíbulo» elegido por el mariscal. Aunque sin duda fue un psicópata, en los peores momentos surgían de su interior sentimientos

que le producían desasosiego, y que seguramente tenían que ver con los límites que establece la realidad. Estos desaparecieron el 15 de noviembre de 1432 con el fallecimiento de su abuelo Jean de Craon, el único hombre capaz de dominarle con tan sólo una mirada o un gesto. Gilles, que había sentido pavor ante la figura del viejo bandido, recibió la noticia sin exhibir ningún sentimiento de congoja, y menos, tras escuchar que su abuelo materno se había ido al otro mundo con un extraño arrepentimiento que le impulsó a rubricar un documento testamentario por el que repartía buena parte de su fortuna personal entre campesinos y menesterosos; acaso los mismos a los que había expoliado durante sus épocas de poder. Además solicitó ser enterrado de forma sencilla y humilde, hecho que contrastaba notablemente con la exhibición de opulencia demostrada a lo largo de su vida. Jean de Craon, considerado la segunda fortuna de Francia, cedió patrimonio al primogénito de su hija, pero demostró un evidente recelo hacia Gilles, cuando legó su espada personal a su nieto menor Rene, del que siempre estuvo orgulloso por considerarle el más parecido a su familia. Gilles, enterado de estas últimas voluntades, asumió la cabeza visible de su clan. Con el recuerdo cada vez más borroso de aquel sujeto que tanto daño moral le había ocasionado, el mariscal se empleó con más intensidad que nunca en la realización de horrendos crímenes. Como es lógico, poco tiempo después, el aburrimiento se apoderó de él y empezó a dilapidar la cuantiosa fortuna de la que era depositario en múltiples atracciones feriales así como en gráneles festejos de los que participaba su inusual y creciente corte. Por su parte, Catherine de Thouars y su pequeña hija Marie vivían alejadas del barón porque en esos años se sospechaba algo terrible en torno a la figura de Gilles y Catherine, mujer inteligente, optó por una separación que la llevó a abandonar la residencia familiar del castillo de Tiffauges para instalarse en la fortaleza de Pouzages, sita en la misma región, pero suficientemente alejada para evitar cualquier contacto con su inestable esposo. Esta decisión apenas importó al mariscal, quien no sentía el mínimo afecto ni por su esposa ni por su hija, quienes se limitaron a ser meras espectadoras de aquellos terribles acontecimientos, esforzándose, eso sí, en salvaguardar el patrimonio familiar, que se encontraba en clara merma, pues Gilles, inmerso en su particular enajenación mental, malgastaba su tesoro en una especie de carrera hacia el abismo en la que no quedaba nada atrás.

LAS MORADAS DEL MONSTRUO Y SUS CORTESANOS

La locura parecía haberse apoderado de los dominios de Gilles de Rais. Se estima que entre los años 1431 y 1440 desaparecieron en la región no menos de mil niñas y niños, y a buen seguro el barón de Laval tuvo algo que ver en un buen porcentaje de las ausencias. Algunos investigadores piensan que estos sucesos se deben atribuir por completo a las actuaciones macabras y pedófilas del mariscal y sus cómplices. Otros rebajan la cifra en algunos cientos, aunque, a pesar de todo lo expuesto, el influyente poder del barón seguía alarmando a buena parte de la sociedad aristocrática francesa, más por la ostentación de riqueza que por los presuntos asesinatos que el noble estaba ocasionando. No en vano sus cuantiosas rentas le situaban en una posición social envidiable. Había heredado tres fortunas por diferentes vías y, aun admitiendo el sobrecogedor derroche que hizo en aquellos años, el fondo de sus arcas podía soportar aquel exceso sin mayor inconveniente. La dotación patrimonial del mariscal superaba con creces la de cualquier noble de la época, incluido su señor feudal Juan V de Bretaña, quien intentó a cualquier precio hacerse con buena parte de las propiedades que pertenecían a su vasallo más descollante. Gilles disponía de numerosos castillos, haciendas, campos de cultivo, bosques... Aunque sus lugares favoritos, donde permanecía largas temporadas, eran sin duda los castillos de Chamtopcé, Machecoul y Tiffauges. En cuanto al primero, cuna natal de Gilles, se encontraba levantado sobre una roca dominando desde su altura la orilla derecha del río Loira. Su aspecto se asemejaba al de un reducto conformado por múltiples columnas y murallas con galerías subterráneas que conducían hacia las fortificaciones y defensas que lo protegían. Su foso, de enormes proporciones, se situaba por encima del nivel del río, bañando los adustos costados de granito de las torres. Aunque era el más pequeño de los castillos gozaba de un especial atractivo por parte del barón, pues en él transcurrieron sus años de infancia y primera juventud. La fortaleza de Machecoul se erguía orgullosa a unos treinta y ocho kilómetros de la ciudad de Nantes. Fue una de las residencias más frecuentadas por el mariscal y algunos biógrafos no la descartan como posible lugar de nacimiento, así como primer escenario en el que se desarrollaron los terribles crímenes perpetrados por el barón de Laval. Pero, sin duda, el castillo de Tiffauges era su predilecto y auténtica base de operaciones siniestras, pues en él tuvieron lugar la mayoría de las atrocidades cometidas por el barón, así como las prácticas alquímicas que se le atribuyeron y que se realizaban en estancias dispuestas a tal fin en lugares secretos de los que casi nadie conocía su existencia, a excepción del propio señor y algunos servidores de máxima

confianza. El castillo de Tiffauges se situaba a unos setenta kilómetros al sur de Nantes, en el centro de esos terrenos pedregosos donde confluyen Poitou, Anjou y Bretaña. Se encontraba encaramado sobre una inmensa roca que se alzaba sobre dos barrancos por donde corrían los ríos Crême y Sèvre. La fortaleza era un laberinto desconcertante de estancias, galerías y corredores, algunos de ellos bajo tierra, como los calabozos subterráneos que se ubicaban por debajo del nivel del foso. La biblioteca destacaba sobremanera entre las suntuosas habitaciones palaciegas. Su amplitud y luminosidad sobrecogían a cualquier interesado por la cultura en aquellos años tardíos de la Edad Media. Gilles había fomentado desde niño el hábito por la lectura y no es de extrañar que concediera a esa disciplina uno de los mejores espacios dentro de su castillo principal. La sala era de techos altos, sus paredes estaban recubiertas por paneles de roble y ciprés irlandeses que quedaban iluminados por treinta arañas y una única y enorme lámpara de plata en forma de media luna. Se conservaban allí más de mil manuscritos, la mayoría de ellos encuadernados en vitela con adornos de piel en relieve y cierres de oro y marfil. Aparte de la acostumbrada selección de Padres de la Iglesia, un número de libros de horas, muchos misales, manuales de la devoción y comentarios de las Escrituras, había libros sobre heráldica, caza, arte de la guerra, música, la *Gramática latina* de Prisciano en verso. También se encontraban *El Román de la Rose*, *La Chanson de Roland*, *La Chanson de Geste*... si bien se nos antoja que el libro más desgastado de la biblioteca era sin duda *La vida de los Césares*, de Suetonio, que como ya apuntamos en la primera parte de esta obra, fue motivo de inspiración para Gilles y muy en especial los capítulos dedicados a Tiberio, Calígula y Nerón, de los que el mariscal se sentía una original reencarnación. En todo caso, los libros compilados en la biblioteca de Tiffauges reflejaban los gustos y educación de su dueño, un hombre instruido en diversos ámbitos culturales y consumado adalid de las bellas artes. Durante nueve años las tropelías cometidas al abrigo de la noche por este sujeto émulo de los terribles ogros que tan sólo habitaban los cuentos no perjudicaron en absoluto el esplendor cortesano del que hicieron gala Tiffauges y el resto de propiedades pertenecientes a la familia De Rais. Aunque los estropicios económicos acometidos por el mariscal, incluida la famosa obra teatral *El misterio de Orleans*, —de la que hablaremos más adelante— terminaron por hacerle vender una buena porción de su heredad al duque de Bretaña, quien, complacido por las deudas que iba adquiriendo su vasallo, mal pagó unas insuficientes bolsas de coronas de oro a cambio de lugares estratégicos para la ampliación de su hegemonía sobre el noroeste francés. De tal modo que Juan V acabó siendo propietario de casi todas las tierras en las que Gilles ejercía hasta entonces pleno dominio. Son ejemplos de estas constantes transacciones comerciales la venta de ciudades y señoríos como Confolens, Chabannis, Châteaumorant, Fontane-Melon en Anjou, Grattecuise, St. Aubin de Foie-Laouvain, Voulte, Sèneché, d'Ausense y de Clone. En otras ocasiones

el mariscal se vio obligado a desprenderse de valiosos castillos y sus tierras colindantes, como Blaison, Motte-Achard, Prigne y la mitad del bosque de Brécilien. Pero el presunto dolor de tanto retroceso patrimonial parecía no afectar el carácter del barón, que lejos de afligirse seguía fomentando diversiones y fiestas tan sublimes que sus ecos recorrían la geografía gala y buena parte de la europea. Todos se preguntaban cuál sería el final de aquella ansiedad vital representada por el soberbio aristócrata. Mientras tanto, Tiffauges parecía un festival perpetuo en el que se daban cita constante la opulencia y el esplendor propios de las mansiones destinadas a recibir reyes y nobles de altísima dignidad con unos cortesanos que harían enmudecer cualquier intento de comparación con otros lugares en apariencia parejos. En Tiffauges manaba una abundancia que parecía inagotable. Los seres que poblaban aquel suntuoso recinto disfrutaban de privilegios impropios de lo que se podía establecer para una región devastada por la guerra. El barón, inmerso en un sueño de oropel, entregaba joyas, vestidos y festines propios del príncipe Próspero, protagonista del cuento de Edgar Allan Poe *La muerte de la máscara roja*. Las festejos y bailes eran continuos, la comida y, sobre todo, la bebida circulaban por las mesas como si de arroyos generosos se tratase. Toda suerte de inventos de la época aparecían para deleite de los congregados y en ese sentido, Gilles favoreció la construcción de máquinas curiosas como golondrinas mecánicas que cantaban o autómatas humanoides que se accionaban mediante mecanismos rudimentarios. En todo caso, carísimos juguetitos muy típicos en aquel siglo acariciador del Renacimiento. Los alrededores de Tiffauges reflejaban convenientemente el exceso producido intramuros con jardines maravillosos cuyo trazado se prestaba para albergar celebraciones multitudinarias, donde los invitados se divertían paseando por complicados laberintos, mientras se topaban con grupos de pavos reales y otros animales tan exóticos como su dueño. El conjunto se completaba con hermosas fuentes de cuyas bocas manaba abundante agua cristalina. Por supuesto, no faltaban bufones, saltimbanquis y toda la pléyade de artistas circenses y teatrales que animaban con sus números el jolgorio permanente. Aunque el mariscal también gustaba de íntimos momentos de su soledad donde poder exacerbar su faceta religiosa con la organización personal de grandes eventos piadosos como la construcción de las fastuosas capillas ubicadas en sus castillos y mansiones. Asimismo, en este alterado periodo diseñó la fundación de un centro de acogida para niños huérfanos que, paradójicamente, llevó el nombre de *Los Santos Inocentes*, verdadera obsesión y dualidad del barón, quien acabó protegiendo criaturas desvalidas durante el día para luego matarlas sádicamente por la noche. Acaso, entre tanto trajín fingido o no, el único momento de paz para él se producía cada vez que escuchaba las voces blancas del coro que habitaban las capillas de Tiffauges. Laval era un enamorado de la música, incluso él mismo entonaba algunos cánticos e himnos religiosos cada vez que

acontecía alguna festividad eclesiástica. Su mayor disfrute era escuchar la voz de aquellos niños cantores, entre los que destacaba Rossignol, un jovencito del que Gilles quedó prendado cuando le vio actuar por primera vez en la catedral de Poitiers. Tras contemplarle decidió hacerse con sus servicios. Para ello convenció a los padres del muchacho con trescientas coronas de oro, prometiéndoles que regalaría al niño una propiedad en Machecoul que le reportaría doscientas coronas anuales como renta. Los padres del chico accedieron y Rossignol se convirtió en la banda sonora de Tiffauges; fue uno de los pocos muchachos cuya vida respetó el ogro. Aunque no todos los integrantes de aquel coro dirigido por el deán de la Ferrière, un jorobado mofletudo de pésimo talante, tuvieron tanta fortuna como Rossignol. Gilles de Rais vivía como un auténtico príncipe imperial rodeado por la suntuosidad y por una mesnada de aduladores, que no pretendían bajo ningún motivo contradecir los dictados y caprichos de aquel señor que tanto placer les proporcionaba por el módico precio de ser sumisos ante cualquiera de sus decisiones. Y aunque eran muchos los cortesanos, tan sólo algunos eran de absoluta confianza para el barón, que no se distinguía por ser un hombre precisamente cordial o simpático, pero tampoco le hacía falta, dado que se sabía poderoso y con eso bastaba. Además, contaba con un pequeño ejército personal compuesto por unos 200 efectivos que le servían ciegamente en el cumplimiento de cualquier voluntad expresada por él. Esta selecta tropa destacaba sobre otras milicias personales por el perfecto equipo militar con el que se pertrechaba. Gilles no reparaba en oro a la hora de abastecer a sus hombres con brillantes armaduras, magníficos caballos y capas bordadas en oro y plata. Los soldados y sus oficiales cobraban una cifra muy superior a la que podían obtener prestando sus servicios en otros ejércitos o compañías bajo el mando de nobles feudales. La corte de Tiffauges era excepcional en su planteamiento, con cientos de personas que pululaban por cocinas, salones, habitaciones y jardines en un constante trasiego laboral, garantía de que todo estuviera siempre dispuesto para cumplir la voluntad del amo y señor de aquellos pagos.

Pero cuando caía el manto de la noche, la multitud se retiraba de forma discreta, acallando el resonar de aquellos escenarios aparatosos. Era como si los figurantes de la farsa intuyeran que algo oscuro y prohibido estaba a punto de suceder. Cerca de la medianoche y ya sin testigos que importunasen, un insólito escalofrío se adueñaba de los profundos nidos secretos del mariscal. Tiffauges se despojaba de su encanto y ornamento diurno para adquirir una apariencia lúgubre en la que su recortada silueta se proyectaba sin oposición sobre los paisajes plutónicos que la amparaban. Gilles de Rais aparecía entonces como si de un elegante diablo se tratase en los salones privados de la fortaleza. El barón lucía en estas ocasiones sus mejores galas y siempre estaba escoltado por su auténtica «guardia pretoriana», la que se había ocupado en conseguir para su señor el acostumbrado niño protagonista de una ceremonia negra

en la que Gilles actuaba como sumo y tétrico oficiante. Lo cierto es que el barón sólo podía confiar en un pequeño grupo de esbirros para que le ayudasen en sus horrendas carnicerías. Ellos eran depositarios y partícipes del terrible secreto que guardaba su señor y conocían cuál podía ser su fin en caso de producirse filtraciones indeseadas. El pelaje de estos gregarios era de procedencia variada, destacando entre el peculiar grupo Roger de Bricqueville y Gilles de Sillé, primos del mariscal y en el caso del primero, su confidente desde la infancia y pésimo administrador de sus posesiones en su ausencia. Bricqueville conocía mejor que nadie el interior de su pariente, le había tratado desde niño y había sufrido por su causa los severos castigos propinados por el abuelo Jean de Craon. Aun así, sentía fascinación ante la personalidad de Gilles y siempre consintió en ser su ayudante más fiel, aprovechándose de paso de la apetitosa derrama monetaria proporcionada por el hombre que marcó su vida. Bricqueville era torpe en su gestión y las actuaciones que efectuó como apoderado de Gilles fueron nefastas en todos los sentidos, ya que, según se verificó posteriormente, realizó ventas de terrenos e inmuebles por los que cobraba mal o nunca, lo que motivó el aceleramiento de la deuda contraída por Gilles de Rais. No obstante, sí que puso eficaz empeño en percibir las oportunas comisiones sobre cada transacción realizada, lo que mejoró notablemente, y a costa de su primo, su fortuna personal. De Sillé era el más sofisticado y galante de la banda. Pelirrojo como Roger, tenía un gesto agraciado con ojos azules muy parecidos a los de su familiar. La educación que demostraba en conversaciones y protocolos le distanciaba del resto de cómplices. Aunque eso no le privaba de ser, posiblemente, el más malvado y depravado de todos, dado que él asumió personalmente durante los primeros años la captura de las niñas y niños utilizados en las sanguinarias fiestas pedófilas de la diabólica congregación. Tanto Bricqueville como Sillé desarrollaron una excentricidad extrema en la corte de Tiffauges ciñendo ropajes extravagantes en los que predominaban jubones de seda y togas cortas de brocado, damasco o terciopelo, prendas por otra parte tan caras como extendidas entre la aristocracia más esnob de aquel siglo. En un escalafón inferior se encontraban Henriët Griart y Étienne Corillaut, más conocido como Poitou. Griart había nacido en la comarca del Périgord en 1411. Con veinte años entró al servicio del barón como criado personal y, aunque había otros, él llegó a ser el principal. Era muy obeso y de maneras afeminadas, una especie de haragán que no tenía modales ni ganas de adquirirlos. Decían de él que su aliento era tan insoportable como su mala educación, comiendo dulces a todas horas en un intento de aplacar la tremenda halitosis que padecía. Siempre iba acompañado de Poitou, un hombre de aspecto diametralmente opuesto al de su amigo, ya que era delgado y seco. Corillaut entró al servicio de Gilles de Rais en 1427, cuando contaba catorce años. Poco tiempo después tuvo que acostarse con su señor y éste, que todavía no había enloquecido definitivamente, le perdonó la vida permitiendo, dada su buena

apariencia, que el muchacho permaneciera a su servicio trabajando como paje. En 1432 alcanzó el cargo de criado de cámara y cinco años más tarde fue nombrado secretario personal de Gilles de Rais. Acaso uno de los personajes más siniestros del patético clan criminal fue una mujer llamada Perrine Martin, a la que todos denominaban La Meffraye, que significa el pájaro de presa, y que encarnó a la perfección el papel de bruja malvada al servicio del ogro. Había nacido en 1380 en Parthenay (Poitou) y pertenecía a una familia de condición humilde, lo que propició que desde niña trabajara en el campo arando, cuidando el ganado, además de las tareas propias del hogar. Siendo adolescente, se casó con Pierre Martin, quien con el tiempo entró como escudero de Guillaume de la Jumelière, hombre que a su vez se encontraba al servicio de Gilles de Rais. Cuando falleció su esposo parecía condenada a la indigencia, de no ser porque Roger de Bricqueville le sugirió la posibilidad de seguir en Tiffauges a cambio de buscar niños para las fiestas privadas del barón. Perrine, ya metida en la cincuentena, desempeñó su macabra labor con eficacia absoluta, especializándose en la captura bajo promesas engañosas de pequeños y pequeñas con edades comprendidas entre los ocho y doce años. Aunque, como ella misma reconoció, también raptó a muchachos de edades inferiores y superiores a las anteriormente mencionadas. Era una mujer ruda, con mejillas de color rojo sonrosado, que siempre iba pobremente vestida con una especie de túnica de lana gris, un chal de encaje blanco andrajoso sobre los hombros y una capota de terciopelo negro ajustada a la cabeza. Además llevaba el rostro medio oculto bajo un velo de estameña. Representaba sin duda la imagen prototípica de las brujas europeas que aterrorizaban en aquella época los relatos populares al amor de la lumbre. La Meffraye fue tan real como determinante a la hora de secuestrar víctimas para el sacrificio realizado por el señor u ogro que también pagaba sus servicios. Este singular grupo se completó con la llegada en 1437 de un sacerdote borrachín y corrupto llamado Eustache Blanchet, quien poco o nada tuvo que ver con las pestilentes acciones de su señor, únicamente parece probado que Blanchet partió con destino a Florencia dispuesto a buscar, convencer y contratar a un alquimista de supuesto reputado prestigio. El elegido fue Francesco Prelati, un joven de veintidós años, locuaz y simpático, con amplio bagaje cultural y dominio de lenguas como el latín y el francés. Había nacido hacia 1415 en Montecatini, cerca de Pistoia (Italia), y en mayo de 1439 entró al servicio de Gilles de Rais como prestigioso alquimista dispuesto a conquistar el hallazgo de la piedra filosofal para un barón cada vez más necesitado de oro. A decir verdad, el mariscal propició, gracias a un pertinaz mecenazgo, la construcción de laboratorios científicos muy avanzados para su época. En estos templos del saber empírico trabajaron grandes investigadores alquímicos en el empeño de obtener la tan ansiada transmutación del plomo por el oro. Prelati se sabía guapo y atractivo y pronto se percató de que los ojos de Gilles no le miraban

sólo como estudioso de la ciencia, sino más bien como muchacho al que amar mientras le concedía variados privilegios terrenales. Este asunto lo aprovechó convenientemente en su beneficio y alardeó de porte ante Gilles, mientras le aseguraba que un demonio infernal llamado Barron le asesoraba con inusitada certeza en su conexión con los poderes ultraterrenos. El disoluto aristócrata creyó las historias del mozo florentino y junto a él preparó encendidos ceremoniales con los que pretendía obtener riquezas sin límite que le permitieran seguir sosteniendo el entramado enloquecido en el que se sentía inmerso y sin ninguna motivación sincera que le incitara a abandonar. Seguramente, su mayor dispendio fue una magna obra teatral en la que se recordaba la heroica gesta de Orleans.

EL MISTERIO DE ORLEANS

En 1434 el mariscal De Rais recibió la petición de su rey Carlos VII para que se incorporara a las actividades bélicas contra el ducado de Borgoña, que aún por entonces sostenía su alianza con Inglaterra. Gilles, leal, pero airado con el monarca por su desatención en el caso de Juana de Arco, no mostró el más mínimo interés en acudir a la guerra, dejando ese asunto en manos de su hermano menor, Rene. Con este gesto, el barón de Laval dio a entender claramente que con él ya no se podía contar en ninguna cuestión de Estado y que su vida se entregaba por completo a sus particulares obsesiones. Al año siguiente, los borgoñeses firmaron la paz con Carlos VII y Francia asistió a su primer momento de unidad tras largos años de conflicto, lo que permitió al Bienservido entrar en París sin oposición alguna. Mientras tanto, Gilles seguía dilapidando sin freno su fortuna, aunque con el latente recuerdo de su tiempo como protector y escolta de la Doncella de Orleans; acaso la época más honrosa de su vida. Precisamente, como homenaje a ella esquilmo sus arcas extrayendo de ellas ochenta mil coronas de oro que le sirvieron para producir el mayor montaje teatral que había contemplado Europa en toda su historia. *El misterio del sitio de Orleans* se estrenó en dicha plaza en la primavera de 1435, para asombro de los afortunados que pudieron asistir al magno evento. La obra teatral tenía lugar todos los días, iniciándose al alba y concluyendo con el crepúsculo. Se representaba por escenarios, calles y rincones de la ciudad liberada por Juana de Arco seis años antes y, desde luego, su vistosidad y empaque no encontraban parangón en la crónica escénica de los siglos. Era, de facto, una reconstrucción total de los hechos que llevaron al levantamiento del sitio de Orleans. El texto estaba escrito en versos octosílabos asonantados que completaban un total de más de veinte mil líneas. Ciento cuarenta actores y actrices recitaban los pasajes y otros quinientos actuaban a modo de figurantes en escenas multitudinarias. La grandiosidad de la obra se incrementaba gracias al excelso vestuario que se suministraba diariamente a los protagonistas sin cortapisa alguna. En aquel tiempo los actores de teatro utilizaban trajes casi de pacotilla de escaso valor, sin embargo, en esta representación se usaron impedimentas auténticas que reflejaban a la perfección cómo fueron los sucesos de Orleans en 1429: soldados cuyos uniformes eran un calco milimétrico de los portados por ingleses y franceses en la batalla, ciudadanos vestidos con telas exquisitas que se rasgaban a fin de parecer harapos. La acción de la obra comenzaba en Inglaterra con la preparación del ejército inglés en la víspera de su marcha hacia Francia, donde se pensaba asestar un golpe definitivo al delfín con el asedio y toma de Orleans, y terminaba con la entrega de la ciudad a Carlos, tras el victorioso lance protagonizado por la doncella y

sus tropas. La representación tenía lugar alrededor y por encima de los espectadores en una especie de plataformas escénicas que permanecían al aire libre y que siempre se encontraban atestadas de actores y público asistente. Además, debajo del escenario principal se situaba un almacén rebosante de toneles colmados de vino con especias y otros licores que servían para sofocar la sed de participantes y espectadores de aquel colorido festival teatral. La entrada a las representaciones era gratis y, como es fácil imaginar, todas las hospederías de Orleans y zonas colindantes estaban hasta los topes, proporcionando alojamiento a las multitudes que acudían. A decir verdad, el guión no era tan brillante como el resultado visible, pero llamaba la atención de todos la escrupulosa minuciosidad en el relato de los acontecimientos históricos que se generaron en torno al sitio de Orleans.

Las escenas incluían las visiones y voces que Juana escuchó en Domremy mientras cuidaba de su manada de ovejas, su primera entrevista con el delfín, los preparativos efectuados desde Inglaterra para la invasión, cuadros representando con cientos de extras el levantamiento del sitio a cargo de los franceses y el regreso de Juana a Orleans tras su victoria en Patay. Indudablemente, los versos no manifestaban ni calidad literaria ni interés dramático, pero ni falta que hacía, dado que el entusiasmado auditorio concedió de inmediato sus parabienes a esa faraónica gesta escénica. Gilles se sintió renacer gracias al mecenazgo ejercido sobre esta obra, era como volver a vivir el capítulo más amable de su existencia resucitando el recuerdo de la mujer a la que tanto quiso. Ella estaba ahí, en el centro de la acción, resplandeciente e imbuida de santidad, una muchacha campesina ante la que todos los grandes señores inclinaban la cabeza, dirigiéndose invariablemente a ella como a una reina. El propio Gilles pensó en asumir su personaje declamando frases como ésta: «En cuanto a mí, señora, no tengáis dudas, mi deseo es sólo hacer vuestra voluntad». Aunque no está documentado que tomara parte en alguna de las representaciones, lo que quedaba patente es que el mariscal pretendía demostrar que, lejos de las acusaciones como bruja, Juana era una santa y él, su más devoto seguidor. Lo que resulta cruel es confirmar que mientras se producía este grandilocuente estreno teatral, él, pretendido adalid de la doncella, ya acumulaba varias decenas de víctimas en su lista de obscenidades pedófilas. Lo cierto es que esta contradicción desconcierta a los exegetas más sesudos, pues, por un lado, tenemos un hombre que ha acumulado méritos más que suficientes para vivir con honor el resto de sus días, siendo, desde el punto de vista religioso, un ser piadoso y casi perfecto con más de ochentas personas en su servicio personal entre clérigos, capellanes, cantores y empleados en las diferentes capillas que iba levantando en nombre del poder de Dios, como la del castillo de Machecoul dedicada a los Santos Inocentes y de la que decían que era una maravilla de la cristiandad, digna de las mejores catedrales góticas que salpicaban la Francia del siglo XV. Pero en claro contraste con esta fervorosa actitud, nos

encontramos al ogro capaz de degollar, decapitar y mutilar niños pequeños para su placer personal. Aunque, eso sí, después de cada ejecución «el afligido» mariscal sollozaba arrepentido solicitando el perdón de la divinidad por sus pecados deleznable. ¿Quién era el verdadero Gilles? Seguramente las dos personalidades exhibidas por éste, mitad héroe, mitad vil, obedecían a una cruda y escabrosa realidad dual ante la que el embajador de las tinieblas poco o nada podía oponer, dada su desbordada psicopatología. Si comparamos su *modus operandi* con el de los grandes criminales en serie de la historia, se observan notables similitudes que nos encaminan hacia la comprensión de determinados comportamientos criminales. La demencia de Gilles de Rais comenzó a preocupar a su distante esposa, así como a sus familiares más directos. El desprendimiento continuo de sus posesiones en beneficio de otros magnates como Juan V de Bretaña provocó que tanto Catherine de Thouars como Rene de Suze interpelaran al Parlamento parisino a fin de evitar una más que probable ruina económica del linaje. Este proceso cobró vigor cuando los afectados se enteraron de que Gilles planeaba conceder cuantiosos fondos a una institución de huérfanos a la que pretendía llamar Los Santos Inocentes y que para proveerla de los ingresos suficientes barruntaba vender su castillo familiar de Champtocé. Este asunto originó un escándalo de alta magnitud, pues todos consideraban que el mariscal había entrado en un declive mental absoluto. El propio Carlos VII se hizo cargo de la situación promulgando un interdicto por el que se inhibía a su súbdito más disoluto de realizar ninguna transacción comercial a costa de sus propiedades más representativas. En la interdicción se ordenaba expresamente a los oficiales del barón que prohibieran el acceso a los castillos a cualquiera que intentara tomar posesión de los mismos hasta que el consejo de Estado tuviera notificación del hecho. Gilles se enfureció con esta medida y alegó que lo que él hacía no era más que honrar la figura del Mesías redentor glorificándole en la tierra con magníficas capillas y misas y que eso exigía un coste. Ante estas palabras Rene de Suze, el hermano siempre humillado por Gilles, le espetó al rey:

—Todo esto no es nada más que vanidad sin devoción, y un desafío a la buena conducta.

Era evidente que los movimientos del mariscal De Rais estaban empezando a ser acotados y sumamente vigilados desde dentro y fuera de su espacio vital, aunque él no acabara de advertir que el cerco se estrechaba en torno a su persona y seguía manteniendo su vida disipada y enloquecida en un mar de brutalidad sin límite. A la tragedia de su existencia se sumaron pequeñas farsas que incrementaban aún más su fama de excéntrico. Por ejemplo, parece cierto que en una ocasión sus aduladores le convencieron, o él se lo quiso creer, de que Juana de Arco seguía viva tras haber escapado milagrosamente de aquella hoguera en Rouen. Lo patético del trance quedó manifiesto cuando una bella joven apareció en Tiffauges con armadura blanca

semejante a la que ceñía la doncella en sus campañas guerreras. Para mayor resonancia, Gilles ordenó a una sección de su caballería que la escoltase hasta la plaza del castillo haciendo entonces que sonaran las trompetas como señal de reverencia. Desconocemos si el mariscal se sumó a la fiesta o más bien pensó que sus prácticas satánicas, cada vez más frecuentes, habían provocado la resurrección de Juana. La verdad es que en un intento de bucear por la mente y el corazón de este psicópata, debemos suponer que él mismo preparó este grotesco plan de escasos resultados.

La muchacha conocida como *la falsa doncella* se llamaba en realidad Jeanne des Armoises y, a decir de algunos, su parecido con Juana de Arco era ciertamente asombroso, tanto que buena parte de los ciudadanos de Orleans creyeron en efecto que su liberadora había regresado del mundo sobrenatural para reclamar los honores que el delfín le había negado en la tierra. Durante meses la impostora recorrió el campo y las ciudades francesas reclamando para sí distinciones y mando militar para retomar la guerra contra los ingleses. Incomprensiblemente, la familia de la auténtica Juana dio vitola de credibilidad al asombroso episodio, con lo que su fama creció desmesuradamente. Y más cuando se supo que Gilles de Rais apoyaba aquella historia. El fraude se mantuvo sin que el mariscal quisiera saber nada más, pues parecía empeñado en disfrutar del mejor recuerdo de su vida encarnado, ahora, en la anatomía de aquella farsante redomada. Los ecos de la comedia llegaron a París y el propio Carlos VII se interesó por el suceso reclamando la presencia en Anjou de aquel espectro hecho carne. Como es lógico, el rey no tardó ni un minuto en desenmascarar el montaje, pues él y sólo él conocía determinadas palabras que la campesina de Domremy le había confiado años atrás en una conversación privada, y tras preguntar a la actriz por este secreto, ésta no supo qué responder, enmudeciendo ante el soberano sumida en un delator sonrojo. Carlos VII montó en cólera, si bien sus nobles observaron en la cara del monarca un evidente alivio producido, seguramente, por no tenerse que enfrentar el gravísimo problema que suponía una resucitada que le había ayudado tan oportunamente por el sendero que le condujo a su coronación en Reims y que más tarde había dejado morir de forma miserable en la hoguera de Rouen. La engañifa concluyó cuando Jeanne de Armois se retractó públicamente de su burla, bajo pena de ser juzgada como la auténtica Juana por hechicería y blasfemia, con lo que se puso fin a este vergonzoso hecho. Por su parte, un iracundo Gilles, una vez conocida la verdad, acertó a despejar la neblina que le rodeaba, y echó de Tiffauges con cajas destempladas a la falsa doncella, de la que nada interesante se volvió a saber. Fue una suerte para él que la mentira quedara desvelada, pues ya había diseñado una nueva producción de *El misterio de Orleans* para estrenarla en los alrededores de su propio castillo con el propio mariscal y la suplantadora asumiendo los papeles protagonistas de una obra a la que se iban a

destinar ochenta mil coronas de oro, lo que representaba casi toda la fortuna que aún le restaba al barón. Sin embargo, poco importaba el dinero, ya que el señor de Tiffauges estaba plenamente convencido de que sus alquimistas, tarde o temprano, obtendrían la tan ansiada transmutación de los metales y, en ese caso, cualquier desembolso era minucia, pues la noche siguiente el estrago quedaría repuesto con amplitud. Y así pasaban los días en el reino fantasmagórico creado por el mariscal De Rais, científicos trabajando en laboratorios escondidos con el único objetivo de hallar la piedra filosofal, cortesanos complaciendo a su señor en maravillosas fiestas opulentas y niños horriblemente asesinados por un siniestro ser digno habitante de los abismos infernales.

Se supone que Gilles de Rais cometió la mayor parte de sus crímenes entre los años 1432 y 1437. Los lugares predilectos donde se realizaron los infanticidios fueron principalmente los castillos de Champtocé, Machecoul y Tiffauges, en los que se encontraron restos pertenecientes a ciento cuarenta víctimas. Desde el mencionado año 1437, la sombra de la duda se alzó sobre aquellos territorios en los que desaparecían tantos pequeños. Las voces de los lugareños murmuraban acusaciones contra su señor Gilles de Rais. Historias que en principio fueron simples rumores pero que no tardaron en llegar a oídos del mismísimo obispo de Nantes, quien, alarmado por el insistente comentario popular, inició en secreto una rigurosa investigación que pronto comenzaría a reportarle evidencias más que sospechosas sobre la conducta del mariscal.

LAS PRIMERAS SOSPECHAS

En 1437 el mariscal de Rais abandonó definitivamente el servicio de las armas para entregarse, sin tapujos, al mundo de los placeres y perversiones propios de su mente distorsionada. En el castillo de Machecoul había cometido cuarenta asesinatos, otros tantos en Champtocé y sesenta más en Tiffauges. A estos escenarios principales se deben sumar otros ocasionales, como monasterios protegidos por los Rais, residencias de menor envergadura o simples hospederías protagonistas de una caprichosa velada con sangriento final.

Jean de Malestroit, obispo de Nantes y hombre cabal, había iniciado las pesquisas tras haber recopilado numerosos testimonios de queja contra el señor de Laval, aunque, dado el poder e influencia del barón, no quiso llevar el asunto más allá de las meras averiguaciones. Sin embargo, la acumulación de testimonios sobre su mesa en breve tiempo le hizo agudizar el oído y pronto hiló un caso con otro hasta salpicar el mapa de la región con multitud de desapariciones sospechosas y sorprendentes. Más tarde, se fijó en que en muchas de las ausencias quedaban implicados, por un motivo u otro, los hombres del mariscal. Los casos se contaban primero por decenas y luego a cientos; todo hacía ver que el obispo se encontraba ante un gravísimo problema con el hombre más rico de Francia como actor principal de aquellos inquietantes sucesos. ¿Dónde estaban los niños? En aquella época no eran infrecuentes los secuestros y escapadas de infantes. Las condiciones de vida en el ambiente rural eran extremas y muchos pequeños eran obligados a trabajar en edad tempranísima, con lo que los de espíritu más rebelde huían de su casa y de sus padres con ocho o diez años, soñando con una vida de aventuras en algún buque mercante o prestando servicio de mercenarios en las abundantes guerras de aquel tiempo. Admitido esto, lo que seguía sorprendiendo al estupefacto representante de Dios en la tierra era la desmedida cifra de aquellas desapariciones. Se supone que pudieron ser más de mil en un corto periodo de cinco años y concentradas en los dominios de Gilles de Rais. Desde luego, algo raro e inusual estaba sucediendo, aunque la mente del eclesiástico le impedía reconocer lo que su corazón ya le estaba advirtiendo, y esto era que Gilles de Rais, cual ogro, raptaba a niñas y niños para posteriormente asesinarlos en medio de sangrientas orgías sexuales. Aun así, el obispo mantuvo la discreción durante algunos meses a fin de tener pruebas seguras que incriminaran al aristócrata, pues una acusación tan grave sobre el que era todavía héroe de los franceses podía suponer el mayor escándalo sufrido por el país galo desde sus orígenes. No obstante, Jean de Malestroit recibió el conocimiento de un nuevo caso, parecido a los anteriores, aunque esta vez le dio más crédito al ser el implicado sobrino del prior de Chermère,

un gran amigo suyo que distaba mucho de las habladurías de aldea. Según el eclesiástico, este muchacho había entrado como integrante del coro de voces que servían en las capillas del mariscal sin que se hubiese vuelto a saber nada de él desde entonces para mayor preocupación de su familia, la cual lo estimaba como muchacho obediente y servicial. Este dato iluminó los atónitos ojos del obispo, que, sin más dilación, tomó por fin en serio aquella investigación trascendental. El propio prelado visitó los lugares afectados y, para su sorpresa, una legión de padres y parientes se acercaron a él dispuestos a denunciar los terribles acontecimientos de los que eran víctimas. La voz sobre las pesquisas del obispo se propagó rauda, y al poco, el clamor popular era más que manifiesto. Todos aquellos aldeanos sintieron la seguridad de saber que la Iglesia les amparaba en su caso y eso desató lenguas que hasta entonces permanecían atadas por temor a la ira de su señor de Rais. Pero sus causas no dejaban de ser meras especulaciones sobre el paradero de los niños. Era cierto que los hombres del mariscal vigilaron a esos infantes en los momentos previos a su ausencia, pero ninguno de los aldeanos había contemplado muerte alguna, ni cuerpos yermos. Por tanto, aunque existían evidencias, la supuesta gravedad de los hechos impedía formular a la ligera ninguna acusación concluyente. Malestroit optó por permanecer vigilante a la espera de cualquier imprecisión o fallo del barón. Si era tan orgulloso y soberbio como sus vasallos decían, tarde o temprano, cometería un error fatal, lo que propiciaría el inicio de un proceso civil o incluso eclesiástico, y en ambos lances jurídicos se le podría someter a pertinentes interrogatorios de los que saldría la auténtica verdad de aquel horror. Las previsiones del obispo fueron certeras y el 15 de mayo de 1440, Gilles de Rais cometió la torpeza que le condujo al anhelado juicio. Por entonces el barón se encontraba con sus arcas casi esquilmas tras los infructuosos intentos alquímicos de obtener oro. Desesperado y absolutamente sobrecogido por su alcoholismo, decidió vender el castillo y propiedades de St. Etienne-de-la-Mer-Morte, una de sus posesiones más apreciadas. Quien se interesó por la compra fue Guillaume Le Ferron, que trabajaba para el duque de Bretaña en calidad de tesorero, por lo que no hay que descartar que el ambicioso Juan V estuviera detrás de la succulenta operación. Los emisarios de cada parte concertaron el trato y Le Ferron adelantó una suma que a Gilles se le antojó insuficiente, pero no tuvo tiempo para reaccionar, pues de inmediato los hombres del tesorero ducal tomaron posesión del castillo y de los edificios colindantes, entre los que se encontraba una preciosa iglesia de la que se hizo cargo Jean, el hermano sacerdote de Guillaume. Embriagado y furioso por el incidente, Gilles optó por el uso de la sinrazón y, acostumbrado a imponer su santa voluntad, se dejó llevar por el frenesí ordenando a sesenta de sus hombres que montaran sus caballos para acompañarle en la reconquista de su perdida posesión. Con este acto el mariscal transgredió las leyes civiles, pues en esa época los señores feudales estaban

sometidos a la prohibición de mover tropas más allá de sus fronteras, y el barón, desatendiendo esta normativa, atravesó con su hueste las lindes de Bretaña para dirigirse a Poitevin, región en la que se encontraba el castillo de St. Etienne-de-la-Mer-Morte. Esto ya constituía delito suficiente para llevarle a los tribunales, pero lo peor estaba aún por llegar. En ese día, domingo de Pentecostés, la columna capitaneada por el mariscal De Rais tomó al asalto la iglesia en la que Jean Le Ferron se encontraba oficiando la ceremonia de la misa. Y justo cuando finalizaba el sacramento de la comunión, la ira incontenible de Gilles se desató entre los aturridos feligreses y oficiantes. El barón, preso de su altivez, entró en el recinto sagrado escoltado por doce hombres de su guardia personal, los cuales desenvainaron sus espadas para apuntarlas contra la congregación. Por su parte, Gilles enarbolaba temerariamente un hacha de combate mientras insultaba al trémulo sacerdote que apenas podía sostenerse sobre sí ante la casi espectral visión de su atacante. De Rais, lleno de rabia, conminó al prelado a abandonar aquellas tierras que, según él, le habían robado miserablemente. La escena terminó con los huesos de Jean Le Ferron maniatados a un caballo, pues se había decidido dar mazmorra al invasor y Gilles ordenó a sus primos Roger de Bricqueville y Gilles de Sillé que se quedaran al mando de una guarnición en el recuperado castillo, en cuyas celdas más húmedas fue a parar el maltrecho pariente del tesorero ducal.

El mariscal había ejercido violencia contra un clérigo en una iglesia mientras éste aún estaba diciendo misa. Por el hecho de prorrumpir armado en esa iglesia había violado el derecho de propiedad eclesiástica, y por el de apresar al sacerdote había infringido el derecho canónico. Por añadidura, al desposeer a Guillaume Le Ferron del castillo de St. Étienne, también había cometido un delito civil contra un miembro de la casa del duque de Bretaña. En definitiva, con un solo acto de salvaje insensatez, el barón ultrajó las leyes de la Iglesia y del Estado al mismo tiempo, con lo que eso suponía de provocación hacia el duque Juan V y el obispo de Nantes, Jean de Malestroit, quienes podían llevarle a juicio cuando quisieran.

Por el momento el gobernante bretón adoptó la tajante decisión de imponer a su súbdito la obligación de devolver el castillo de St. Etienne a su legítimo propietario. Asimismo, el barón de Laval tendría que liberar de inmediato al sacerdote Jean Le Ferron y asumir el pago de una multa que se cuantificó en cincuenta mil coronas de oro. Juan V envió como agente legal de esta orden a Guillaume de Hautrays, quien se personó en las posesiones de Machecoul el 22 de julio de 1440 dispuesto a transmitir la voluntad de su señor. Gilles, tras escuchar las palabras del emisario, fue víctima de un ataque de cólera y, rabioso, ordenó que se encaralara al heraldo del duque. Más tarde, al mando de una columna de jinetes salió del castillo dispuesto a capturar a Guillaume Le Ferron, hombre, según Gilles, causante principal de aquel estropicio. La situación era desesperada para el mariscal, casi arruinado por tanto exceso, sólo le

quedaban unas escasas posesiones de las que enseñorearse, ya que una vez consumada la venta de Champtocé, en su listado patrimonial sólo figurarían Machecoul y Tiffauges como reductos de importancia. A éstos se añadía la fortaleza de Pouzages, si bien era intocable, pues pertenecía en propiedad a su mujer e hija. En consecuencia, si Gilles de Rais asumía el pago de la multa, debería vender lo poco que le restaba y a eso no estaba dispuesto bajo ningún concepto. La continuidad del suceso llegó con el envío de Jean Rousseau, sargento mayor de Bretaña, quien hizo entrega al barón de un enérgico ultimátum lanzado por Juan V. La respuesta del mariscal fue idéntica a la anterior y el pobre oficial acabó haciendo compañía a los otros tres prisioneros. Finalmente, el pulso tenso que sostenían el duque y el barón se finiquitó en Tiffauges, lugar en el que se había refugiado Gilles con sus hombres y los cuatro reos en el intento de escapar de las fronteras bretonas. En dicho enclave ya no se presentaron tropas del duque, sino del mismísimo rey Carlos VII, el cual acudió mediante su condestable Arthur de Richemont —hermano de Juan V— y antiguo compañero de armas del mariscal. Ante la autoridad real, Gilles no pudo plantear ningún tipo de resistencia y entregó, muy a su pesar, a los cuatro cautivos, quedando pendiente el asuntillo de las cincuenta mil coronas de oro que debían pagarse al duque de Bretaña. Con tal motivo y en el deseo de recibir amnistía fiscal, Gilles de Rais salió de Tiffauges rumbo a la localidad de Josselin, donde fue recibido por un malhumorado duque que, por cierto, ya estaba al tanto de las investigaciones efectuadas por el obispo de Nantes. Corría el mes de agosto de 1440 y la tragedia estaba a punto de completarse con el más importante y último de sus actos.

DETENCIÓN Y JUICIO

Jean de Malestroit ultimaba en el verano de 1440 sus investigaciones sobre las execrables acciones del barón de Laval. La recopilación de testimonios incriminatorios era tan abrumadora como tenebrosa. Cientos de papeles cubrían los despachos privados del obispo y por ellos pudo completar el mapa delictivo del mariscal entre los años 1432 y 1440. Niños que acudieron al pastoreo de ganado y que desaparecieron como por ensalmo, pequeños mendicantes que atravesaron las puertas de Champtocé, Machecoul o Tiffauges para no saberse nada más sobre su destino, jóvenes aprendices huidos o secuestrados en extrañas circunstancias, tiernos donceles entregados por sus confiados padres para que sirvieran en el séquito del mariscal y de los que no se había vuelto a tener noticia alguna. Casi todas las ausencias de niños en la región se concentraban inusualmente en este periodo de años y, más en concreto, en las inmediaciones de cada posesión dominada por Gilles de Rais. El curioso eclesiástico se percató además de diferentes detalles que abonaban la teoría criminal sobre el aristócrata. El más claro atestiguaba que las desapariciones misteriosas cesaban siempre que el mariscal iniciaba un largo viaje fuera de sus reductos patrimoniales y que se reanudaban una vez éste regresaba a sus tierras. El obispo, convencido sobre el mal que Gilles estaba ocasionando en la tierra, indagó entre algunos expertos la posibilidad de que el sospechoso estuviera en tratos con el maligno. Y, en ese sentido, obtuvo de los especialistas una respuesta afirmativa, dado que a nadie se le escapaba la obsesión del barón por la alquimia y las prácticas diabólicas, contratando incluso a grandes científicos y supuestos nigromantes con la ambición de conseguir abundante oro que le permitiera mantener su irrefrenable modo de vida. Durante la segunda semana de agosto de ese año, Juan V accedió a recibir a su orgulloso súbdito. La audiencia estuvo salpicada por la tensión y los celos. Gilles ignoraba, consciente o no, que su señor estaba al tanto de la investigación que el obispo estaba realizando sobre él. A las manos del duque había llegado una epístola idéntica a la que fue enviada a la corte de Carlos VII por Malestroit. En la carta se decía lo siguiente:

A todos los que leáis las cartas que adjunto, nos, Juan V, por permiso de Dios y la gracia de la Sagrada Sede Apostólica, os saludamos en el nombre de Nuestro Salvador y os pedimos que prestéis atención. Hemos descubierto, y la deposición de testigos de buen carácter y discreción nos lo han confirmado, que Gilles de Rais, caballero, súbdito nuestro y sujeto a nuestras leyes, ha, por su

propia mano y por mano de otros, sacrificado, asesinado y matado en masa a un gran número de niños; que disfrutó con estos niños de placer sexual contra natura y practicó el vicio de la sodomía en numerosas ocasiones; que también en numerosas ocasiones llevó a cabo o hizo que se llevaran a cabo muchas evocaciones de demonios, ofreciéndoles sacrificios humanos; y que finalmente hizo él mismo un pacto con el diablo. Ha cometido todo esto además de otros crímenes numerosos y monstruosos contra Dios y el hombre dentro de nuestra jurisdicción.

Por todo ello declaramos infame al mencionado Gilles de Rais. Y para que nadie tenga duda sobre este asunto, hemos escrito las cartas que adjuntamos y las hemos sellado con nuestro sello.

Dado en Nantes el día treinta y uno de julio del año de Nuestro Señor de 1440.

Por orden de monseñor el obispo de Nantes.

Las conversaciones entre Juan V y su vasallo las desconocemos, pero no es difícil imaginar que las palabras cruzadas entre ambos personajes fueron frías y desagradables. Lo cierto es que la deuda del barón no fue condonada y que éste regresó bastante enfadado a su castillo de Tiffauges. Queda para la historia negra de Gilles que en este trasiego hacia sus posesiones se inscribió, posiblemente, su último crimen sobre la faz de la tierra. Ocurrió cerca del pueblo de Vannes, justo en una posada sita en La Mothe, una pequeña aldea a escasa distancia del mencionado lugar. Gilles se había instalado cómodamente en la mejor habitación de la venta y, como de costumbre, convocó a sus criados para transmitirles que deseaba gozar de un niño esa noche. Sin esperar más y dispuestos a complacer a su amo, aquellos perros de presa salieron del hospedaje y, amparados por la noche, no tardaron, gracias a las indicaciones de André Buchet —antiguo cantor del coro personal de Rais y de condición homosexual, lo que al parecer le permitió seguir vivo—, en detectar una nueva víctima en la larga lista del sangriento mariscal. En esta ocasión el pobre infeliz era un guapo niño rubio de cabellos dorados y con apenas diez años. La criatura secuestrada de sus padres sirvió de festín al ogro y sus secuaces. El niño, sin mayores explicaciones que produzcan el vómito, fue vejado, maltratado, sodomizado y finalmente pasado a cuchillo por los guardias del barón. Más tarde, sus restos fueron lanzados al pozo negro que se situaba detrás de una casa vecina al lugar donde se desarrolló este miserable asesinato. Gilles de Rais regresó con la impunidad acostumbrada a la fortaleza de Tiffauges.

En esos días finales de agosto, Juan V ordenó a su canciller Pierre de l'Hospital que confirmara las averiguaciones efectuadas por el obispo de Nantes. De ese modo, Iglesia y Estado aunaban esfuerzos en la resolución de aquel monstruoso enigma. Decenas de oficiales bretones y de prelados de la circunscripción se movieron con

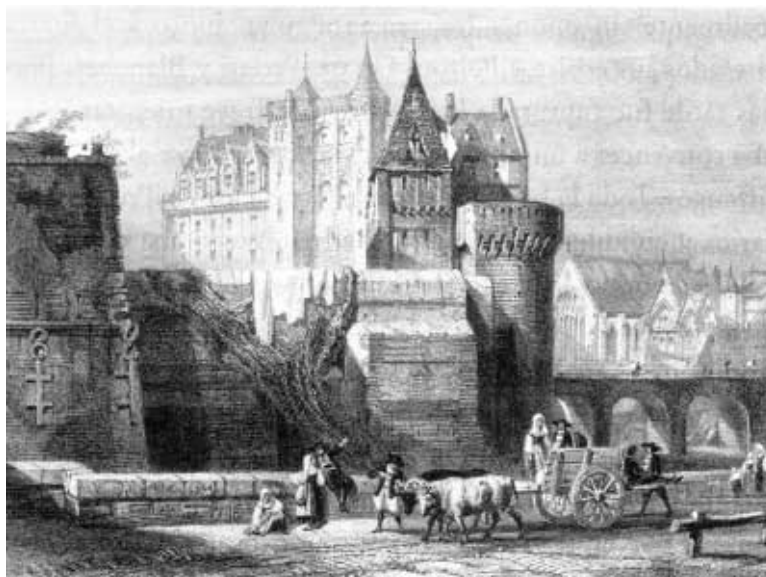
febril actividad por las comarcas de la zona recabando numerosas pruebas que auguraban un inminente y ejemplar proceso judicial por las vías civil y eclesiástica. Estos ecos no tardaron en llegar a oídos de Roger de Bricqueville y Gilles de Sillé, quienes, gracias a determinadas confianzas de algunos amigos de la corte bretona, supieron de inmediato lo que se les venía encima, por lo que decidieron urdir un plan de escapada a espaldas de su otrora primo y protector, llevándose de paso buena parte de los fondos que aún le quedaban al ofuscado señor de Rais. La huida de los dos cómplices enardeció el ánimo del mariscal, el cual se entregó por completo a la ingesta de coñac y de vino con especias, sus bebidas favoritas. La escasa lucidez mental que aún le quedaba quedó encubierta por completo debido a una demencia galopante dueña de sus actos y de su corazón. Aquel ser orgulloso, prepotente y soberbio había comenzado a desmoronarse, su riqueza se esfumaba, sus leales le abandonaban teniendo ante sí el difícil sendero del encuentro con la justicia de Dios y de los hombres.

El martes 13 de septiembre de 1440, una compañía de soldados enviada por el duque Juan V bajo el mando del capitán Jean l'Abbé y del delegado episcopal Robin Guillaument hacía acto de presencia ante las murallas de Tiffauges. Esta hueste venía precedida por pendones negros pertenecientes al obispo de Nantes, lo que certificaba la importancia de aquella presencia. Gilles consintió el acceso de los jinetes a su fortaleza y escuchó impávido la lectura del siguiente documento:

Nosotros, Jean l'Abbé, capitán de armas, actuando en nombre de Juan V, duque de Bretaña, y Robin Guillaument, abogado, actuando en nombre de Jean de Malestroit, obispo de Nantes, ordenamos a Gilles, conde de Brienne, señor de Laval, Pouzages, Tiffauges y otros lugares, barón de Rais, mariscal de Francia y teniente general de Bretaña, que nos otorgue acceso a su castillo y se entregue a nosotros como prisionero para poder responder, conforme al relevante proceso de la ley, a la triple acusación hecha contra él de asesinato, hechicería y sodomía. En este día trece de septiembre del año de Nuestro Señor 1440, por orden del duque y del obispo de Nantes arriba mencionados.

El mariscal, que había permanecido atento a la lectura del manuscrito, se quedó inmóvil durante unos segundos, su tez cetrina se tifió de lívida blanca mientras sus apagados ojos azules se clavaban en los de aquellos que habían venido a prenderle. Fue, desde luego, un momento angustioso. Gilles contaba con su guardia personal y a un gesto suyo nada hubiese impedido una refriega entre sus hombres y los del duque, pero él se sabía perdido. En realidad, llevaba esperando este trance varios años, intuyendo que, tarde o temprano, alguien le haría pagar su horrenda y degenerada

conducta. En el fondo se sintió liberado con su arresto. Ahora por fin recibiría la sentencia de los hombres y un más que posible perdón en los cielos. Por tanto, a nadie debe extrañar que este perturbado se entregase dócilmente sin oponer resistencia alguna. Junto a él fueron apresados sus esbirros Poitou, Griart, Prelati y Blanchet. Poco más tarde fue capturada la bruja La Meffraye mientras intentaba convencer a un niño para que la acompañase al castillo de Tiffauges. Toda la banda fue inmovilizada por grillos penitenciarios y conducida a Nantes, donde se preparaba con celeridad el escenario en el cual iba a transcurrir uno de los procesos judiciales más célebres de la historia francesa. Previamente, el propio Juan V se había entrevistado con su hermano Arthur de Richemont —el condestable de Carlos VII— para que le asegurase la no intervención de la monarquía en aquel juicio. Richemont confirmó al duque que el soberano deseaba tanto como él que la justicia cayera con rigor sobre el barón; dejando manos libres al gobernante bretón para ejercer plena autoridad en el proceso civil, al igual que la tendría Jean de Malestroit en el litigio religioso contra el diabólico mariscal. Fue precisamente el proceso eclesiástico el primero en desarrollarse con el ánimo de marcar pauta sobre el tribunal civil que juzgaría al barón inmediatamente después. Durante cinco días Gilles de Rais fue custodiado en una lujosa estancia del castillo de La Tour Neuve en Nantes. Con su presunción de inocencia sin menoscabar, se le concedieron los privilegios propios de un noble perteneciente a la más alta alcurnia, por lo que pudo vestirse de inmejorables galas y ser alimentado con riquísimas viandas a la espera del decisivo momento en el que se enfrentaría a los dictados de la Iglesia.



Castillo de Nantes en el que Gilles de Rais fue custodiado durante varios días tras ser detenido y donde tuvo lugar el juicio eclesiástico.

El tribunal eclesiástico estaba presidido por el propio obispo de Nantes, mientras

que el civil lo haría bajo la dirección del juez presidente Pierre de l'Hospital —canciller de Bretaña y hombre de confianza de su señor, Juan V—. La iglesia juzgaría a Gilles de Rais por los cargos de satanismo y otras herejías, vicios contra natura, sacrilegio y ultraje de las normas eclesiásticas. Por su parte, el tribunal civil se ocuparía de las acusaciones por asesinato y rebelión contra la autoridad del duque de Bretaña. Finalmente, Gilles de Rais compareció ante los jueces de la iglesia el 19 de septiembre de 1440. El lugar elegido para el juicio fue el espléndido salón de La Tour Neuve, en el que se instalaron Jean de Malestroit y sus asesores los obispos de Le Mans, Saint Brieu y Saint Lo, así como representantes del poder seglar, cuya máxima autoridad era el canciller Pierre de l'Hospital. En un nivel inferior se ubicaron notarios y escribanos dispuestos a reflejar en papel las palabras que se pronunciaran en aquel acto jurídico. El fiscal público elegido para sostener la acusación del proceso fue Guillaume Chapeillon, sacerdote de la iglesia de San Nicolás y licenciado en derecho por la Universidad de la Sorbona. El mismo redactó la acusación formal contra Gilles de Rais, repartida en cuarenta y nueve actas, catorce de las cuales justificaban la presencia de la Iglesia en aquel juicio. La puesta en escena del proceso se completó con la irrupción de una pequeña multitud que pronto tomó los bancos asignados al público asistente. Entre aquellas gentes se encontraban muchos padres desesperados, que comenzaron a gritar su dolor nada más ver la imagen del barón entrando en la estancia. Gilles se sentó en una lujosa butaca ante el tribunal que lo iba a juzgar, daba la espalda al público, pero podía ver perfectamente a sus sirvientes Blanchet y Prelati encadenados tras los barrotes de una jaula a la espera de acontecimientos. Su condición de servidores de la Iglesia les había colocado de esa guisa mientras sus correligionarios, Griart y Poitou, tendrían que esperar los dictámenes del tribunal civil.

Gilles permanecía erguido ante el obispo de Nantes mientras escuchaba las acusaciones efectuadas contra él por herejía y sacrilegio. No opuso ningún inconveniente para que su caso fuese revisado por el tribunal de la Santa Inquisición a cuyo frente se encontraba el dominico Jean Blouyn; si bien llamó la atención que el acusado rehusara ser defendido por un abogado. Posiblemente, el propio Gilles llegó a pensar, dada la escasa relevancia de las imputaciones preliminares, que su causa podría resolverse con una fuerte multa y poco más. Ni siquiera reparó en la posibilidad que le concedió la iglesia de *recusationes divinatrices*, esto es, facultad para excluir testimonios de personajes enemigos que pudieran utilizar malicia para perjudicarlo. Gilles únicamente ofreció los nombres de sus primos Roger de Bricqueville y Gilles de Sillé, sin reparar que al resto de sus esbirros se les podría torturar hasta que hicieran confesiones sumamente aclaratorias. Sin más, el presidente del tribunal ordenó la clausura de aquella jornada inicial en el proceso contra Gilles de Rais. En el ambiente se mascullaban diversas interpretaciones, aunque era

mayoritaria la opinión de aquellos que pensaban que el odioso mariscal saldría, dada su influyente condición, sin un rasguño del juicio. En los días siguientes, el inquisidor Jean Blouyn llevó a declarar nada menos que a ochenta testigos. Muchos de ellos se presentaron de forma voluntaria en el deseo de añadir mayor luz al caso. Mientras tanto, el tribunal civil encabezado por Pierre de l'Hospital ya había iniciado sus sesiones, marcadas por el trabajo incesante de Jean de Touscheronde, quien fue designado por el tribunal para una tarea análoga a la del inquisidor eclesiástico. Con lentitud parsimoniosa los notarios fueron anotando las diversas incidencias de los dos juicios.

A lo largo de tres semanas los testigos del horror comparecieron ante los jueces mientras el espíritu altivo del señor de Rais comenzaba a desmoronarse ante las evidencias de su triste vida.

Uno de los relatos más terribles, de los muchos que se escucharon, fue el de Perrine Martin, la conocida como La Meffraye, que tras recibir tortura se suicidó en su celda. Ésta fue su confesión final:

Me llamo Perrine Martin y tengo sesenta años. Nací en Parthenay, en Poitou. Me bautizaron en la iglesia parroquial de ese lugar. Mis padres no eran ricos. Hasta el momento en que dejé el hogar iba detrás del arado y me ocupaba a veces de cuidar del ganado en los campos. Desempeñé también las obligadas tareas de las mujeres, como hilar y otras cosas. Hasta que me casé nunca obedecí a nadie, ni trabajé para nadie más que para mi padre. Mi marido era Pierre Martin. Era escudero de Guillaume de la Jumelière, que estaba al servicio del Sire de Rais. Mi marido murió hace cinco años. También por aquel entonces Guillaume de la Jumelière dejó el servicio del Sire de Rais. Había estado con él ocho años y no sé por qué lo dejó. Fue en aquella época en la que si no encontraba trabajo corría el peligro de morir de hambre cuando Messire Roger de Bricqueville me pidió por primera vez que le buscara niños al Sire de Rais. Se me escogió para esta misión porque era mujer y los niños estarían dispuestos a venir conmigo al castillo cuando no lo habrían hecho al tratarse de un hombre. Me dijeron que los niños podían ser chicos o chicas, pero que preferentemente debían tener el cabello rubio y las extremidades bien formadas. Al Sire de Rais le gustaban sobre todo los niños entre ocho y doce años, pero había unos pocos que eran más jóvenes y otros mayores. El más joven que encontré tenía unos siete, uno de los dos hijos de Guillaume Hamelin; su hermano tenía quince y vino también. Dondequiera que fuéramos mi misión era buscar niños para el Sire de Rais. Algunas veces veía él mismo un niño que le gustaba, o un lindo niño en los campos o en misa, cuando íbamos a La Suze, atraía la atención de Messire de Bricqueville; entonces mi obligación era recoger a ese niño para llevárselo al

Sire de Rais. Yo llevaba en una cesta colgada del brazo pastelitos y hojaldres, y confituras, y manzanas. Algunas veces les daba adormidera para que la bebieran y se quedaran dormidos. Entonces venía uno de los otros, Griart o Poitou, y se llevaba el niño al castillo en un saco o en una bolsa. Messire de Sillé me contó que se necesitaba la sangre de los niños para un libro de magia negra que nuestro amo estaba escribiendo. Otra persona me había contado antes que a los niños se los enviaba a los ingleses a cambio de una gran suma necesaria para rescatar al hermano de Messire de Sillé. Yo no creo que esto fuera verdad. Nunca vi lo que les pasaba a los niños. Mi obligación era recogerlos y llevarlos al castillo. Puedo nombrar a otros dos que encontré y llevé al castillo porque se decía que eran necesarios para un sacrificio al diablo. Éstos eran Jean Barnard, de Fort Launey, y Janet Brice, de St. Etienne-de-Montluce. Creo que los degollaron y los sacrificaron a el diablo. Vi a menudo al Sire de Rais en misa. Le oí una vez jurándole a Dios que se arrepentía de sus pecados y prometiendo que se haría monje o iría en peregrinación a Tierra Santa mendigando de puerta en puerta. Un día de Todos los Santos le encontré lavándoles los pies a tres pobres hombres a las puertas de su castillo y sirviéndoles comida y bebida. Pero otra vez le vi con sangre en la barba. Nunca estuve en el aposento donde se cometían los crímenes y tampoco estuve en la habitación donde se cometían actos de impureza con los niños. No sé con certeza qué les pasaba a los chiquillos. Mi obligación era recogerlos y llevárselos al Sire de Rais. No estuve nunca presente cuando un niño o niña fuera violenta e injustamente sacrificado. No sé nada de las herejías. No sé nada del sacrilegio. Creo que el Sire de Rais podía estar poseído por el demonio. Le vi una vez con sangre caliente en la barba y en las manos. Cuando suena la campana de la iglesia, le he visto arrodillarse y hacer la señal de la cruz. El oír blasfemar el nombre de Dios le aflige. En muchas ocasiones, cuando Griart o Poitou juraban o blasfemaban contra Él, oí cómo les reprendía. Como norma, ninguno en los castillos de Tiffauges o de Machecoul se atrevía a jurar o blasfemar delante de él por temor de ser reprendido. No quería tener mujeres a su servicio: yo era una excepción. Nunca vi lo que les pasaba a estos niñitos, vivos o muertos. Nunca tuve un hijo o una hija. Si lo hubiera tenido, me habría escapado a los confines de la tierra antes que ponerlo en las manos del Sire de Rais. Me encomiendo a Dios y a todos los santos y me entrego a la merced de la Iglesia.

Después de leer este sencillo pero diáfano relato se nos encoge el alma al pensar en la suerte de tantos y tantos inocentes que cayeron bajo las garras del sangriento barón. Resulta paradójico comprobar cómo Gilles de Rais alardeó en numerosas ocasiones durante el juicio de su perfección cristiana. Y parece cierto que en la

maltrecha mente del criminal existía un influjo que le impulsaba a creer que, en efecto, era un auténtico devoto de Dios y fiel cumplidor de las leyes religiosas a pesar de su nefasta conducta. Por otra parte, suele acontecer en el discurrir de los grandes psicópatas que muestren arrepentimiento sincero tras perpetrar sus crímenes por horrendos que éstos sean. Gilles se sabía culpable de aquellas atrocidades de las que le acusaban, pero no es menos cierto que esperaba confiado una invisible amnistía sobrenatural que le pusiera a bien con el sumo hacedor. Esta esperanza secreta lo alentó y le hizo concebir la idea de que iba a recibir la benevolencia del tribunal eclesiástico por su condición de perfecto cristiano. Dicha intuición permitió que siguiera soportando el desfile de testigos apesadumbrados por la villanía del aclamado héroe francés. Y si bien son decenas los testimonios conocidos gracias a los archivos históricos, tan sólo seleccionaremos para este libro los suficientes que puedan esclarecer aún más cómo fue el tormento que el barón de Laval ocasionó a sus pequeñas e inocentes víctimas. El siguiente relato pertenece a Catherine Thiery, mujer afectada por la desaparición de su hermano:

Un día del año 1433, un apuesto caballero llamado Henriot Griart vino a la casa junto a la iglesia de San Martín, en la ciudad de Nantes, donde yo entonces vivía. Le dijo a mi padre (ahora difunto) que mi hermano pequeño Bertrand tenía que emprender viaje con él a Tiffauges para entrar de cantor de coro en la capilla de su señor Messire de Rais. Mi hermanito tenía entonces sólo diez años y era un buen cristiano de modales sencillos y bien educado. Se fue con el desconocido, porque le gustaba mucho cantar. Ninguno de nosotros volvimos a ver a Bertrand. En el invierno de 1435 mi padre, al ver que el citado Griart estaba junto a la catedral de Nantes, le preguntó qué le había pasado a mi hermano, puesto que nunca había vuelto a casa. El tal Griart replicó que mi hermano había muerto víctima de una fiebre.

El caso de Hauviette Delit no es menos doloroso que el anterior; esto es lo que contó al tribunal:

Mi hijo mayor Guillaume fue un día del mes de enero de 1438 a pedirle al barón de Laval limosnas para nuestra familia. Al ver que mi hijo no regresaba del castillo del barón, le pregunté a mi vecino Jean Briand, que estaba al servicio de aquél, si sabía qué había sido de él. Jean Briand me dijo que había visto a mi Guillaume ayudando a uno de los cocineros del castillo de Tiffauges a preparar el asado, pero añadió que le había dicho al cocinero que era un error el dejarle

trabajar allí. Sin embargo, yo estaba contenta de saber que se alimentaba a mi hijo en la cocina del castillo y se le mantenía caliente en un invierno tan duro. Pero cuando llegó el mes de mayo y no había sabido nada de él, fui a casa de la señora de Briand y le conté lo que su marido me había comunicado. Añadí que estaba asustada y preocupada por la seguridad de Guillaume porque se rumoreaba que el Sire de Rais hacía que se le llevaran niños pequeños para poder matarlos, y me sentía llena de temor porque mi hijo había ido al castillo él solo, y el marido de ella me había dicho que le había comentado al cocinero que sería mejor que el muchacho no trabajara allí. La señora Briand repitió mis palabras a dos de los hombres del barón y éstos dijeron que pagaría caro por haberlas dicho, y también lo harían otros. Les pedí perdón a los criados del citado señor y me marché. No volví a ver nunca a mi Guillaume, pero la señora Briand me dijo una vez que todo el que trabajaba para el señor de Rais consideraba más prudente no pensar en estas cosas.

La verdad es que los hombres del mariscal no reparaban en promesas de espléndidos trabajos al servicio de su señor: cantores, cocineros, pajes, criados... desempeñar cualquier oficio en los castillos feudales se recibía como una bendición en aquella época de miseria y hambruna. No es de extrañar que decenas de jóvenes fueran tras los sirvientes de Tiffauges cual niños siguiendo la estela del flautista de Hamelin. Sabido es que en alguna ocasión los padres llegaron a pagar el escaso dinero del que disponían a los lacayos del barón con tal de ver a sus vástagos en mejor posición de la que se les podía ofrecer en su humilde casa familiar. Fijémonos en el testimonio de este carretero llamado Simonin Hubert y que representa a un buen porcentaje de los que cayeron bajo la sombra del mariscal:

Yo tenía un hermoso hijo llamado Jean. En la primavera del año 1438 el heraldo de Messire Gilles de Rais, un tal Pierre Jacquet, conocido con el nombre de Princé, vino a mi lugar de trabajo en compañía de un oficial escocés de nombre Spadine, y me dijo que el citado Messire de Rais se había dado cuenta de que mi hijo era un muchacho prometedor y deseaba darle un empleo en el castillo de Tiffauges. Me hicieron abundantes promesas acerca del futuro de mi hijo. Jean estaba entonces a punto de cumplir catorce años. Era un buen muchacho, aficionado al trabajo, y nunca se le veía perdiendo el tiempo por los caminos, sino con frecuencia en la iglesia rezando. Yo había oído las historias que todo el mundo conoce acerca de Messire de Rais, y tenía miedo de dejar a Jean ir al servicio de un hombre así. Pero cuando me excusé con el heraldo Princé, él me replicó que Jean no tenía por qué entrar al servicio de su señor, pero que podía

ayudarlo a él (es decir, al heraldo) en sus deberes. Consentí entonces en dejar ir a Jean a Tiffauges. Vino a casa una sola vez, un mes más tarde, cuando me trajo una gran hogaza de pan que se había amasado y cocido para la mesa de Messire de Rais pero que, según nos dijo, el heraldo le había dado para que nos la trajera. Le contó a su madre que el señor Gilles era amable con él, pero que no le gustaba estar en su compañía cuando no había ninguna otra persona cerca; no nos dijo por qué. A mi hijo Jean no le atraía mucho la idea de volver al castillo, pero su amo, el heraldo Príncipe, vino a recogerle, y su madre dijo que debía ir y tal vez nos trajera la próxima vez un pastel de carne de la mesa del gran señor. Yo pensé que esto era una tontería, pero le dejé ir. Nunca más regresó, ni sé lo que le pasó a nuestro pobre Jean. Cuando habían pasado seis meses sin haber dado señales de vida, me fui yo mismo al castillo a enterarme de qué pasaba, pero el heraldo Príncipe me dijo que quizás el muchacho se había ido ahora al servicio de algún ilustre caballero que se ocuparía de que triunfara en la vida. Yo estoy convencido de que mi hijo nunca salió del castillo de Tiffauges después de entrar en él por segunda vez, y de que el señor de Rais fue su asesino. Su madre sueña aún con el regreso de Jean, pero es una mujer necia aunque muy caritativa y le gusta cuidar a los enfermos.

Para terminar con este resumen sobre los muchos relatos recogidos durante el proceso contra Gilles de Rais, ofrecemos el testimonio de una madre llamada Peronne Loessart:

En septiembre del año 1438 el señor de Rais estaba por casualidad alojado en la posada propiedad de Jean Colin, que está enfrente de nuestra casa. Mi hijo Durand, de diez años, estaba en el colegio. Una mañana, un hombre a quien llaman Poitou se dirigió a mí para decirme que se había dado cuenta de que Durand era un muchacho listo y que por lo tanto quería ocuparse de su educación. Yo sabía que este hombre era uno de los sirvientes del señor de Rais. Cuando mencioné esto, Poitou replicó que su amo se ocuparía de que el muchacho fuera bien vestido y disfrutara de todas las ventajas. Repliqué que prefería que Durand siguiera en el colegio. A esto Poitou contestó que no había razón para que el niño no pudiera continuar su formación escolar privadamente y que, si entraba en la casa del señor de Rais, tendría oportunidades que de otra manera no podría tener. Por añadidura este hombre me dio cien sous para que me comprara yo un traje, como señal de la generosidad de su amo y prueba de su interés por nuestra familia. Yo entonces dejé que el mencionado Poitou se llevara a mi hijo. Y un día oí al propio señor de Rais cuando venía de la posada

propiedad de Jean Colin; llamó a este hombre Poitou y le dijo que mi hijo Durand había sido muy bien elegido y que era tan bello como un ángel. No comprendo por qué razón dijo el señor esto, a no ser que fuera que estaba encantado de una manera o de otra con mi hijo, porque solamente un día después el hombre llamado Poitou le compró un caballo al posadero y le dijo que era para que el muchacho cabalgara en él. Pero a Durand no le volví a ver. Y cuando mi señor de Rais y su hombre Poitou volvieron a la posada antes de Navidad, vi a otro muchacho en su compañía, a lomos del mismo caballo.

El sábado ocho de octubre de 1440, transcurridos veinticinco días del proceso contra Gilles de Rais, el tribunal eclesiástico se volvió a reunir con la certeza de que se encontraba ante un verdadero monstruo preternatural. La sucesión de pruebas narradas por los testigos pusieron al mariscal en una situación más que comprometida ante los jueces que deberían decidir su destino entre los hombres. A pesar de ello, el barón de Laval permanecía con su habitual pose orgullosa y con paso firme se dirigió hacia el sillón destinado para él. Lo que no podía imaginar en esa fresca mañana de otoño es que los representantes de Iglesia e Inquisición estaban a punto de convulsionarle con nuevos cargos acusatorios. Estas fueron, según las actas del juicio, las palabras pronunciadas por Jean de Malestroit:

Gilles de Rais, habéis de comprender que, aunque este tribunal se ocupa principalmente de las acusaciones de herejía y sacrilegio formuladas contra vos, ciertos testigos que han presentado sus pruebas ante fray Jean Blouyn, del Santo Oficio, os han acusado directamente de otros crímenes repugnantes en sí mismos y relevantes al asunto que nos ocupa. Aunque vos seréis responsable ante el tribunal civil cuando llegue el momento de oír la sentencia que merecen estos delitos, no obstante, he de advertiros que se han añadido también al acto de acusación contra vos en este tribunal.

Gilles enmudeció como de costumbre para, un minuto más tarde, contraer sus gestos faciales y, en actitud colérica, desdecir las palabras del obispo. Para mayor confusión negó entre alaridos la potestad de aquel tribunal, argumentando, una vez más, que él era un perfecto cristiano y por ende, un buen católico, con lo que no entendía a qué diablos venían esas actitudes por parte de la Iglesia, a la que había servido con tanta devoción. El enojo del mariscal aumentó hasta las nubes cuando tuvo que escuchar en boca de sus acusadores que se habían reunido testimonios provenientes de, según él, gente de baja estofa a los que el tribunal concedía

suficiente crédito como para incluirlos en las pruebas que se esgrimían en aquellos días de juicio. Gilles, asombrado al saber la importancia que los eclesiásticos otorgaron a la confesión de La Meffraye, espetó con amarga flema que quién era esa vieja para compararse a todo un mariscal de Francia. Estos razonamientos estériles no convencieron ni un ápice al fiscal público, el cual, tras aguantar el chaparrón verbal del barón, le miró con desdén y, sin perturbarse lo más mínimo, le conminó a jurar ante Dios su versión de los hechos. De lo contrario, Gilles de Rais podría incurrir en pecado de excomunión, dado que se entendía que una negativa por parte del acusado contravenía las más sagradas leyes del creador. Gilles, al escuchar esto, retrocedió unos pasos sobrecogido por la nueva circunstancia. Posiblemente, ser excluido del seno de la Iglesia le afectaba tanto o más que morir en la horca, y consternado por la responsabilidad del momento, optó por acallar sus encendidas soflamas a la espera de algún milagro que lograra salvar el escollo religioso al que se enfrentaba. Viendo que aquella escena había subido algunos grados la temperatura de la sala donde se desarrollaba la vista, el paciente obispo decidió conceder a todos un respiro aplazando la audiencia unos días a fin de hacer recapacitar al cautivo. Por otro lado, el tribunal civil reclamaba la presencia de Gilles una vez se hubieron recopilado los necesarios relatos que le culpaban en los cargos por asesinato que se instruían contra él. El martes once de octubre de 1440, Gilles de Rais se presentó ante los jueces seculares para escuchar la lectura de los informes acusatorios contra su persona. La reacción del mariscal fue insospechada, pues solicitó que se aceleraran los trámites legales para acabar con aquello de una vez y poder así dedicarse por entero a la actividad religiosa donando casi toda su fortuna a las iglesias de Nantes y a los mendigos de la región. Esta treta, hemos de suponer que tampoco convenció a los magistrados y menos al juez presidente Pierre de l'Hospital, quien llegó a decir al prisionero: «Si justo es que el Sire de Rais piense en su alma, necesario es también que satisfaga la justicia del hombre así como la de Dios». A estas alturas el señor de Rais aún barajaba la posibilidad de salir indemne de aquel doble juicio, dada su influyente posición social y su inmejorable imagen ante la aristocracia francesa. Sin embargo, las pruebas que le culpaban eran de tal volumen que dos días más tarde, cuando regresó ante la corte eclesiástica, tuvo que oír la sangrante pregunta del fiscal Chapeillon: «¿No infunde el punto XXVII particular vergüenza y terror en el corazón del prisionero?». El barón miró con asco al acusador público, lo que no le privó de volver a escuchar el lacerante capítulo acusatorio, auténtica columna vertebral de aquel inolvidable lance jurídico. Chapeillon, dirigiéndose a la sala y elevando la voz, leyó con cristalina nitidez el terrible documento:

XXVII: Que Gilles de Rais, el acusado, unas veces en el castillo de Champtocé, en la diócesis de Angers, otras en sus castillos de Tiffauges y Machecoul, mató a

ciento cuarenta o más niños, de una manera cruel e inhumana; y que el mencionado Gilles de Rais ofreció los miembros de estos pobres inocentes a los diabólicos espíritus; y que antes y después de su muerte, y cuando estaban agonizando, cometió con estos niños el abominable pecado de la sodomía y abusó de ellos contra natura para satisfacer sus pasiones carnales y despreciables; y después quemó en esos mismos lugares los cuerpos de estos niños y niñas inocentes e hizo arrojar sus cenizas a los vertederos.

Tras la lectura el fiscal volvió a interpelar a los jueces para pedirles de una vez por todas que el acusado se defendiera ante Dios o que fuera excomulgado por su villanía. El obispo de Nantes, sin perder la compostura, se dirigió a Gilles en medio de una miríada de murmullos para decirle: «¿Qué tenéis que alegar a los cargos de sacrilegio, asesinato, herejía y sodomía?». Gilles, preso de la rabia, lanzó entonces un discurso cuajado de insultos hacia sus acusadores, alegando que él era inocente y que estaba siendo víctima de una conspiración infame hacia su persona. Finalmente, terminó rechazando la autoridad de aquel tribunal, acusando incluso al obispo de corrupto. Las murmuraciones del público se elevaron a la categoría de incesante griterío, el ambiente se caldeó de tal manera que Malestroit, movido sin duda por la soberbia actitud del reo, resolvió llamar a los funcionarios de la sala para pedirles las acostumbradas velas que se utilizaban en los actos de excomunión. Gilles siguió sin responder a la petición de declarar sobre sus cargos y el obispo decidió entonces encender los cirios para inmediatamente después apagarlos mediante la acción de volcarlos sobre el suelo. Al hacer esto, el enérgico Malestroit expresó la temida frase ante la que cualquier católico queda condenado: «¡Gilles de Rais, os excomulgamos en el nombre de Dios!».

El mariscal, al recibir la sentencia, quedó tan abatido que algunos llegaron a pensar que moriría fulminado allí mismo. Pero sólo ocurrió que el obispo clausuró la jornada concediendo al reo dos días para que reflexionara sobre lo acontecido en el intento de al menos salvar su afligida alma cristiana. Lo cierto es que a estas alturas del proceso judicial el obispo de Nantes conocía ya a la perfección el misterio que rodeaba a Gilles de Rais; seguramente, antes de la excomunión, el juez prelado había recibido las confesiones efectuadas por los servidores del mariscal gracias a las eficaces torturas de las que la Santa Inquisición hacía gala.

A continuación ofrecemos el testimonio de Henriët Griart, uno de los mayores cómplices del barón:

Me llamo Henriët Griart. Nací en el Périgord en 1411. A los veinte años entré al servicio del Sire de Rais. Soy su criado personal. Tiene otros, pero yo soy el

principal. En ese año de 1431 el Sire de Rais vivía en su castillo de Tiffauges en compañía de su primo Roger de Bricqueville. Ese verano vino a vivir al castillo otro de los primos de mi señor, llamado Gilles de Sillé. Cuando murió el abuelo de mi señor, el anciano Jean de Croan, empezaron los crímenes. Al principio no tomé parte en ellos, aunque oí rumores y después vi pruebas. Mi señor y sus primos solían regalarse con largos banquetes y emborracharse. Entonces pedían que se les trajeran niños para extraer placer de ellos. Mi señor Gilles de Rais debió de haber sido el promotor principal de estos actos. Pero sus primos no obraban solamente para complacerle. Oí decir que tomaban parte en lo que pasaba. El hecho era que se les traía un niño o una niña a los que se mimaba y acariciaba y se vestía con ropa lujosa. Se invitaba entonces al niño en cuestión al banquete y se le daba a beber vino con especias. Entonces se le hacía sentar en las rodillas del señor de Rais o a veces en las de De Bricqueville o en las de De Sillé, o podía haber varios niños, cada uno de ellos sentado en las rodillas de uno de los grandes señores. El Sire de Rais se entregaba entonces a sus lascivos placeres con esos niños, tanto varones como hembras. Algunas veces los colgaba del cuello con cuerdas, con su propia mano, suspendiéndolos de un gancho, para después descolgarlos y fingir que los estaba consolando, asegurándoles que no les deseaba ningún mal, sino todo lo contrario. A continuación les decía que quería jugar con ellos. El Sire de Rais se cogía su propio órgano viril en la mano y lo frotaba con fuerza hasta experimentar una erección, o hacía que los niños o niñas lo hicieran por él, y entonces lo colocaba entre los muslos de los mencionados niños y niñas, frotando su órgano contra los vientres de los mencionados niños y niñas con gran deleite y vigor hasta experimentar el lascivo placer que terminaba con la eyaculación de su esperma sobre los vientres de estos niños. Cuando el Sire de Rais había cometido estos horribles pecados de lujuria, mataba a estos niños o hacía que los mataran. Algunas veces los mataba con su propia mano, otras veces hacía que los matara el mencionado De Sillé o Poitou. Yo tardé en cometer asesinato, fue en 1437. Antes de esa fecha yo sabía que había banquetes y las cosas que se les hacían a los niños, y los asesinatos, pero yo no los cometía. Fue la noche del día en que mi señor de Rais recuperó su castillo de Champtocé de manos de su hermano Rene para deshacerse de él y dárselo al duque de Bretaña. Mi señor me hizo ir a la biblioteca. Me mandó jurar sobre los Evangelios que iba a guardar absoluto secreto de lo que me iba a revelar. Entonces me dijo que le siguiera hasta llegar a una de las torres de atrás del castillo. En el calabozo más profundo había un montón de cráneos y huesos pequeños. Mi señor me dio instrucciones para que trasladara éstos en seguida al castillo de Machecoul. Los hombres del duque llegaban al día siguiente, así que no había tiempo que perder. Una barca estaba esperando a las orillas del Loira

cerca del castillo, con un tal Perrot Cahn como patrón. Estaban presentes, además del testigo, Messires de Bricqueville y de Sillé, Poitou, el mencionado Perrot Cahn y otro criado llamado Hicquet de Brémont. El mariscal Gilles de Rais actuó de supervisor del traslado. Se descendió a Poitou a la parte más baja del calabozo y éste metió los restos en unos sacos. Yo estaba en la parte de arriba sosteniendo una cuerda y De Brémont me ayudaba. Gilles de Sillé actuaba de vigilante. Sacamos los sacos a la superficie. Entonces los restos fueron apilados en tres grandes arcas y fuertemente atados y transportados después a la barca que estaba escondida debajo de los sauces. De Sillé opinaba que se debía tirar la carga al Loira, pero mi señor de Rais no estaba de acuerdo. Se ancló la barca antes de llegar a Nantes, se trasladaron los restos a una carreta y se llevaron a Machecoul. Allí se incineró el contenido de los sacos. Entonces fue cuando cometí mi primer asesinato, fue en Bourgeneuf. En la posada de Guillaume Rodigo. Se me ordenó que trabara amistad con un joven estudiante llamado Bernard Le Camus. El muchacho era de Brest, donde se habla poco francés, y le habían mandado a Bourgeneuf-en-Rais para que aprendiera la lengua. Mi señor de Rais me hizo que le llevara a Camus a sus apartamentos en la posada. Cuando llegamos allí, mi señor de Rais me ordenó que me abalanzara sobre él y le matara con el alfanje, un arma que mi señor de Rais usaba especialmente para propósitos de ejecución. Era una espada corta, gruesa, de dos filos, muy acerada. Algunas veces el Sire de Rais cortaba las cabezas de sus víctimas, otras veces cortaba las gargantas, otras veces los descuartizaba, otras les quebraba el cuello con un palo que torcía en forma de bufanda. Mi señor de Rais decía que sentía más placer al asesinar a esos niños, al ver sus cabezas y miembros separados de sus cuerpos y al verlos morir y ver correr su sangre que al trabar conocimiento carnal con ellos. Mi señor experimentaba a menudo placer mirando las cabezas que se habían separado de los cuerpos y alzándolas en sus manos para que yo o Poitou las viéramos. Nos preguntaba cuál de las cabezas que nos estaba mostrando era la más bella, la que acababa de cortar, la de la noche anterior, o la de la noche anterior a ésta. A continuación besaba la cabeza que a él le gustaba más y esto parecía proporcionarle un inmenso placer. En cuanto a los sacrificios hechos al demonio, yo no sé nada. Prelati decía que era necesario aplacar a los demonios. Yo nunca estuve presente cuando se sacrificó un niño al demonio. Pero un día, al entrar en el aposento de mi amo en Tiffauges, le vi con una vasija de cristal en las manos en la cual estaban las manos, el corazón y los ojos de un niño al que De Sillé había sacrificado. El cuerpo del niño estaba en el suelo.

Este pavoroso extracto efectuado sobre la extensísima confesión de Griart es más

que revelador sobre el comportamiento brutal exhibido por Gilles de Rais y sus despiadados esbirros. Llama la atención como, una vez sumido en graves problemas económicos, el mariscal intentaba hacer desaparecer las pruebas de sus execrables delitos viajando raudo a los lugares donde éstas se hallaban a fin de evitar su descubrimiento por el flamante comprador de la posesión. Lo triste es que si alguien quería ver pruebas en aquellos años de infamia, podía hacerlo a poco que hurgara en los territorios pertenecientes al país de Rais. En cambio, nadie quiso adentrarse en los vericuetos cavernosos de aquel drama, lo que permitió al poderoso barón seguir con sus masacres hasta su detención en el verano de 1440.

Griart, como los demás, se dejó llevar por las leyes de obediencia hacia su señor y tampoco quiso, dada su situación preferente al lado del jefe, incomodar a éste con frases que lo único que le podrían reportar era la muerte o el despido como mal menor. Por tanto, obedeció cuando se le ordenó matar y disfrutó de los beneficios, pues en verdad creía, dada su ignorancia, que los asuntos feudales que transcurrían intra muros en otros parajes eran muy parecidos a los que perpetraba el poderoso mariscal francés. Griart fue tal vez el más arrepentido de todos los gregarios al servicio del barón, recordemos que tanto Roger de Bricqueville como Gilles de Sillé escaparon de la justicia y de su primo sin que se volviera a saber nada más sobre ellos. Griart, por su parte, fue el único que intentó quitarse la vida cuando la banda pedófila fue detenida. Como ya sabemos, la bruja La Meffraye se suicidó en las dependencias inquisitoriales, poco antes de que se emitiera la sentencia condenatoria, con lo que evitó su exhibición pública en el cadalso. Pero los criados de Rais optaron por el silencio, situación que transmutó cuando se les aplicó el procedimiento ordinario de tortura seguido por la Santa Inquisición, sin que fuera necesario el recurrir a ingenios especiales. Los dos secuaces fueron sometidos al tormento del agua. La tortura consistía en atar al prisionero de manos y pies, mientras se sujetaba el cuerpo con unas abrazaderas especiales que permitían estirar miembros y tronco hasta límites dolorosos, pero soportables por el cautivo. Los interrogadores tapaban entonces la nariz del torturado colocando un embudo en su boca por el que vertían hasta nueve litros de agua, con la consiguiente sensación de hinchazón abdominal y una presión terrible sobre los órganos vitales del cuerpo. La angustia se adueñaba entonces del condenado, pues todo parecía estallarle internamente. De esta manera se hizo confesar a Griart y Poitou, los cuales cantaron sus fechorías como voces blancas del coro de Tiffauges. El compañero de Griart dijo lo siguiente en su brutal testimonio:

Me llamo Étienne Corillaut. Entré en Tiffauges por primera vez en calidad de paje en el año 1427. Tenía entonces catorce años. Serví al Sire de Rais como paje durante cinco años, en la época en que Messire Roger de Bricqueville se

encargaba de sus asuntos. El Sire de Rais tenía entonces otros dos pajes. Se llamaban Pierre y Perrinet Brianty, eran hermanos. Solían entretener al mariscal cantando himnos. El Sire de Rais tuvo comercio sexual conmigo por primera vez poco tiempo después de que yo entrara a su servicio. Después pensó en matarme, pero Messire de Sillé se lo impidió. Messire de Sillé dijo que yo era un guapo muchacho y que desempeñaría bien mi oficio de paje. Creo que yo fui el único además de Rossignol a quien se le perdonó la vida después de que el Sire de Rais hubiera tenido comercio sexual con él. Cinco años después fui nombrado criado de cámara del mencionado señor. Y en el año 1437, después de diez años a su servicio, se me hizo secretario suyo. Durante los años en que fui sirviente de cámara vi una vez a dos niños muertos tirados en el suelo de su alcoba. Cuando yo era paje suyo, al Sire de Rais le gustaba tener relaciones sexuales conmigo sobre mi vientre. Fue más tarde cuando Messires de Bricqueville y de Sillé me ordenaron que buscara niños para traérselos al mencionado señor. Cometía sus vicios con estos niños, varones o hembras, solamente una vez con cada uno de ellos. Si se trataba de una niña despreciaba el orificio vaginal. Le gustaba cometer la sodomía con niños y niñas. Algunas veces lo hacía antes de herirlos, pero eran las menos. Otras veces, más a menudo, lo hacía después de haberlos colgado de un gancho, o de herirlos de diversas maneras. Más a menudo era después de haber cortado, o hecho cortar, la vena del cuello o de la garganta, de forma que la sangre fluyera en abundancia. Otras veces lo hacía cuando estaban agonizando. Y otras cuando ya habían muerto y se les había decapitado, mientras quedaba aún algo de calor en sus cuerpos. Sé con certeza que el Sire de Rais practicaba sus vicios lujuriosos de la misma manera ya se tratara de niños o de niñas, desdeñando sus específicos órganos sexuales, y le oí decir una vez que experimentaba infinitamente más placer en dar rienda suelta a sus instintos libidinosos de esta manera con las mencionadas niñas, como ya he mencionado, que en utilizar su orificio natural de la manera normal. Cuando los niños estaban muertos, el Sire de Rais quemaba sus cuerpos y sus ropas. Yo estaba encargado de ponerlos en el fuego y Henriette los ponía también. Esto se hacía en la chimenea de cierta estancia que estaba reservada para sus placeres, en una torre del castillo de Tiffauges que estaba siempre cerrada con llave, y en otras chimeneas en lugares semejantes en sus castillos de Machecoul y Champtocé. Se tenían que colocar sobre los cadáveres grandes troncos de leña y astillas, y mantener las llamas hacia adentro de la chimenea con un palo, de manera que los niños se fueran quemando más despacio y no exhalaran un olor tan malo.

Las cenizas se tiraban entonces unas veces en el sumidero, otras en el foso o en las cañerías, o se enterraban en lugares secretos. Que yo recuerde, se asesinaron

cuarenta niños en Tiffauges. Y se mataron otros cuarenta de la misma manera en Machecoul. Había siempre un intervalo después del cuadragésimo asesinato. No sé por qué. Se debieron de haber matado sesenta niños en los últimos años cuando yo era secretario del Sire de Rais. Algunos de éstos estaban relacionados con las intervenciones diabólicas del alquimista italiano Messire Prelati. Nunca vi ningún demonio conjurado por ese maestro italiano, pero oí una vez en el tejado a uno que parecía caminar como un inmenso gato; en otra ocasión el mismo espíritu invisible de Messire Prelati, que se llamaba Barron, le golpeó a él mismo en la cabeza. Sé que el Sire de Rais mataba a niños mucho tiempo antes de que hubiera magia alguna mezclada en ello. Es posible que al principio matara a esos niños y niñas para que no pudieran contar el abuso sexual de que los había hecho víctimas. A Gilles de Rais no le complacía la manera natural de copular. Lo que verdaderamente le gustaba era frotar su órgano viril contra los muslos y vientres de los niños para después cometer sodomía con ellos. Cuando tenían lugar estas perversiones, sus víctimas estaban unas veces vivas, otras muertas y otras en los estertores de la agonía. A veces le gustaba permanecer sentado encima de sus pechos mientras estaban muriendo. Una vez torturó y mató a un niño en presencia de su hermano y después hizo lo mismo con el otro hermano. Yo le proporcioné treinta y seis del número total de víctimas. La Meffraye le encontró otras, y por supuesto Henriette, así como Messires de Bricqueville y de Sillé. No era frecuente que tuviéramos que hacer uso de la fuerza para raptar a estos niños. Había muchos disponibles en aquellos malos tiempos. Del diablo nada sé, ni mi amo sirve al diablo. Ni siquiera esos asesinatos, que Prelati dijo eran necesarios como sacrificios, lograron que el diablo viniera. Nada vino, ni un hombre, ni un dios, ni una criatura: nada en absoluto. Gilles asociaba estos crímenes a manera de sacrificio con lo sobrenatural y los llamaba sus «misterios». Solía acariciar las cabezas de los niños decapitados, besarlos frenéticamente en los labios y llamarlos sus «amados ángeles». Una vez le oí llorar sobre el cuerpo de un niño: «Ve y pídele a Dios por mí». Toda esta charla del diablo era asunto de Messire Prelati. En cuanto a Gilles de Rais, lo que le proporcionaba un intenso placer era asesinar a niños, observarlos languidecer y morir, y verles derramar su sangre. Le gustaba el matar y le gustaba practicar la sodomía por ninguna otra razón que el placer que cosas así le proporcionaban a su órgano viril. No había otra razón. Le gustaba matar.

Ambas confesiones, sumadas a las de Perrine Martin, se constituyeron en el puntal de la sentencia que se estaba preparando contra Gilles de Rais. No había lugar a la duda, el barón era un depravado sexual que gozaba con la humillación, tortura y muerte de sus inocentes víctimas. Un ogro que jugaba miserablemente con el miedo de los niños cual oreja que zarandea una foca antes de comérsela como tétrica diversión *premortem*. Pero lo que más inquietaba en este enigma era la supuesta

certeza de un pacto satánico entre el mariscal y las fuerzas malignas. Hasta ese momento las hipótesis sobre esa posibilidad eran variadas. Nadie discutía que el barón había contratado magos y alquimistas en el intento de obtener la tan ansiada piedra filosofal que le socorriera en su apuro económico. Sin embargo, constatar la consumación de sacrificios humanos a fin de congraciarse con Belcebú y otros diablos del averno suponía el delito más flagrante y abominable que se pudiera realizar en la tierra. Es por ello sumamente interesante la confesión del joven sacerdote y alquimista Francesco Prelati, quien habló sin presión alguna, pues, al parecer, apenas hizo falta que se le aplicasen instrumentos de tortura. Éste es su relato recogido en las actas judiciales del proceso contra Gilles de Rais:

Confieso que yo, Francesco Prelati, soy científico. Mi lugar de nacimiento fue Montecatini, cerca de Pistoia (Florencia). Formé una vez parte del séquito del obispo de Mondovi. Vine a Francia a servir al señor de Rais. Contaba conmigo para establecer contacto con los Poderes del diablo. Si Dios, como es bien sabido, opera milagros por medio de sus santos, es también bien conocido que el diablo posee gran poder y está dispuesto a ayudar a aquellos que le honran. Ésta era la manera de razonar de Gilles. No es la mía. Yo soy un científico. Confieso que hago ciertos experimentos, que trafico con los demonios y soy capaz de conjurar a un espíritu. Se llama Barron. Barron se me aparece con la figura de un joven apuesto. Puedo hacerle venir aquí, si así lo deseáis. Confieso que una vez, de manera teórica o especulativa, pude haberle comunicado a Gilles mi opinión de que el sacrificio y ofrecimiento de miembros del cuerpo de un niño era más eficaz que el derramamiento de la sangre de gallos o palomas. Pero esto no es otra cosa sino la doctrina de Agobard o Avicena aplicada a la realidad. Yo creo que se debe hacer una distinción entre mathematici y nigromantes. Yo me cuento entre los primeros y ésa es la razón por la que me considero un científico. Cualquier cosa que le haya podido decir o sugerir a Gilles le dije o sugerí en espíritu de investigación y no de precepto. Él hizo lo que quiso y no lo que yo le dije que hiciera. En cuanto al asesinato de esos niños, hay que recordar que Gilles llevaba años haciendo eso cuando yo le conocí. Yo nada sabía de ello excepto lo que oí decir a los otros. Yo no soy maléfico. No utilizo veneno, ni imágenes de cera, ni conjuro tempestades con mis ensalmos. Yo soy lo que se llama el striga, una de esas almas para quienes se extienden las tabulae fortunae. La Biblia misma describe a un hechicero o brujo como una persona que trata con espíritus familiares. ¿No se dice esto en Levítico, capítulo 20, versículo vigésimo? Esteban de Hungría distingue al singa, o hechicero blanco, del maléfico, que quiere decir mago negro. Juan de Damasco establece la misma distinción. Acordaos cuando me juzguéis que el sínodo de Reisbach, en el año

799 de la revelación, exigía penitencia por brujería así, pero no castigo en esta vida. Quiero decir que el delito no tiene importancia a no ser en casos en que el maleficium se combina con traición y cuando se atenta contra la persona del rey, y yo no he hecho nada de esto. Yo no soy ni un hereje obstinado ni un tratante en artes diabólicas. Puedo sollozar y rezar el padre nuestro. No camino hacia atrás ni contra el sol. Consideradme con relación a la Biblia y lo veréis. Os vuelvo a decir que soy y he sido siempre un científico, de los striga, y un verdadero y leal hijo de nuestra madre la Iglesia.

Los dos primeros niños a quienes se escogió para sacrificarlos al demonio fueron Jean Barnard, de Fort Launey, y Janet Brice, de St. Étienne-de-Montluce. La mujer llamada Perrine Martin (La Meffraye) consiguió las víctimas. Que yo sepa, la misión de deshacerse de los niños le correspondió a Gilles de Sillé. Gilles podía no necesitar en alguna ocasión que se le incitara a matar, pero para su mente deformada había una diferencia entre el asesinato para satisfacer un instinto sexual y el asesinato para llevar a cabo ritos diabólicos. Se convirtió en una cuestión de grado: una forma de brutalidad le parecía menos culpable que la otra. En lo más hondo del cerebro de Gilles debía de alentar la esperanza de que su alma no estaría irremisiblemente condenada si era capaz de poner ciertos límites a sus instintos criminales. Dejó en mis manos la responsabilidad de aplacar a Barron.

Debió de haber sido que el espectáculo y el olor de la sangre revivieron en Gilles la obsesión de matar. Cuando empezamos con nuestros experimentos en alquimia, su interés en el mecanismo le hizo perder de vista el fin que se proponía, así que es posible que el asesinato en interés de su creencia en el poder de los demonios provocara un nuevo brote de bestialismo. Yo habría dicho que serían necesarias cinco víctimas, refiriéndome a lo que dice Avicena en relación con este asunto. Su apetito sexual lo habría convertido en quince, o veinticinco o hasta cincuenta. No sé nada de eso. Nunca me necesitó a mí para que le ayudara a matarlos. Había otras personas en su casa que le podían ayudar. Y oí decir que en aquellos días ya no se contentaba con que sus víctimas fueran traídas dócilmente a su presencia, como inocentes camino del matadero. Prefería que Poitou le organizara cacerías que conferían un aire deportivo al asunto. E indudablemente la persecución de la presa aumentaba su entusiasmo y tenía un peculiar atractivo para su sentido del humor. Oí decir que hacía excursiones con sus primos De Bricqueville y De Sillé a las partes más solitarias de la región en torno a Tiffauges y Machecoul, señalando primero a sus víctimas y abalanzándose después sobre ellas como un animal de presa. Jóvenes pastorcillos que estaban cuidando de sus ovejas eran la presa favorita de este lobo. Oí una vez comentar a De Bricqueville que a Gilles le gustaba variar la forma de apoderarse de sus víctimas: se quedaba observando desde la distancia mientras sus cómplices asían al desdichado muchacho. Si éste se defendía, el mero hecho constituía un placer más para Gilles. Se

ataba a los niños con cuerdas, se los echaba sobre los lomos de los caballos y se los llevaba al castillo de noche. Yo nunca vi esto con mis propios ojos, ni le presté mi ayuda para un trabajo tan detestable. La Meffraye se especializaba en raptar a niños de corta edad, engañándoles con promesas de copiosas recompensas si entraban al servicio del señor de Rais. También lo hacían así Poitou y Griart. Este último llevaba siempre en sus bolsillos caramelos para atraerse a los niños. Oí contar que si éstos protestaban, les ponía un caramelo en la boca para hacerlos callar, pero nunca presencié esto. Nunca fui testigo de ningún asesinato. Poitou me contó una vez que en una ocasión se desangró a un niño para que Gilles pudiera bañar sus manos y su barba en la sangre caliente del chiquillo. Yo nunca asistí a estos espectáculos. Había otros detalles que llegaron a mis oídos pero yo no los creí totalmente, ni sé si son ciertos o no. Lo que sí puedo decir es que a estos delitos sangrientos les seguían siempre ataques de remordimiento. He visto con mis propios ojos a Gilles vagando él solo de noche por el castillo, perseguido, según él creía, por los espíritus de los niños. Le he oído, cuando estaba sumido en este estado de ánimo, postrarse de rodillas, gritar con todas sus fuerzas y jurarle a Dios que se arrepentía de sus pecados. Una vez prometió hacerse monje o ir en peregrinación a Tierra Santa, mendigando su pan de puerta en puerta. Estos humores eran pasajeros y sin duda después de ellos se volvía a entregar a sus salvajes pasatiempos con redoblada ferocidad. Como dice san Pablo, si no hay derramamiento de sangre no hay perdón, y ¿quiénes somos nosotros para discrepar de la opinión de san Pablo? La sangre es la vida. Esos hechiceros que censuran el uso de la sangre han tratado de sustituirla con el incienso. Pero un sacrificio sangriento, aunque sea más peligroso, es ciertamente más eficaz.

El quince de octubre, Gilles de Rais volvió a comparecer ante el tribunal eclesiástico, esta vez su rostro reflejaba una inusitada serenidad, lo que invitaba a pensar en un más que posible cambio de actitud. En efecto, la meditación en la que se sumió durante los dos días anteriores produjo las consecuencias deseadas por el obispo, el cual, al igual que el resto de jueces, quedaron sorprendidos tras comprobar que el barón de Laval aceptaba sin condiciones la autoridad del tribunal sometándose a sus dictados mientras imploraba perdón por los insultos proferidos hacia el tribunal en la audiencia anterior. De paso, el cambiante aristócrata aprovechó para hincarse de rodillas y en medio de sollozos solicitar su readmisión en la comunión de la Iglesia. Fue una actuación perfecta que incidió ostensiblemente en los posicionamientos de Malestroit, quien, conmovido por aquella representación de arrepentimiento, perdonó al señor de Rais y anuló la pena de excomunión. Por su parte, un agradecido mariscal reconoció ante el tribunal haber sufragado prácticas alquímicas, si bien seguía sin aceptar las acusaciones de satanista practicante de sacrificios humanos, asunto que, como es obvio, no tranquilizó a los magistrados eclesiásticos, que establecieron un

paréntesis temporal antes de afrontar las decisivas jornadas de aquel espeluznante proceso.

La jornada del diecinueve de octubre transcurrió de forma tranquila a pesar de las graves incidencias reflejadas en papel por los notarios que escucharon los testimonios de todos aquellos que asistieron como espectadores del asalto que el barón y sus hombres efectuaron sobre la iglesia de St. Étienne-de-la-Mer-Morte. Si bien este aparatoso momento quedaba en la práctica soterrado a consecuencia de las monstruosidades que el tribunal iba constatando sobre el mariscal. Un día más tarde el fiscal público Chapeillon expuso en voz alta las pruebas que delataban a Gilles de Rais como culpable de herejía, sacrilegio y asesinato. Y, ante la negativa del acusado para defenderse o aceptar las imputaciones, el propio acusador público solicitó al presidente del tribunal que se le aplicase al detenido el severo castigo del potro a fin de hacerle hablar bajo tortura. Había llegado el decisivo momento de la verdad.

ARREPENTIMIENTO Y CONFESIÓN

Los magistrados del tribunal eclesiástico votaron a mano alzada si debía someterse al prisionero al castigo de aquella máquina utilizada por la Santa Inquisición para extraer las confesiones más íntimas y dolorosas de los reos en vías de ser condenados.

Uno tras otro, los jueces aceptaron la imposición del tormento para Gilles de Rais y el barón, sin mediar palabra, abandonó la sala tras la orden de clausura emitida por el obispo de Nantes.

Al día siguiente, mientras se realizaban los preparativos inquisitoriales, un taciturno mariscal solicitó entrevistarse con Malestroit para pedirle encarecidamente que anulara el protocolo torturador, ya que su introspección religiosa y, sobre todo, un serio análisis de la delicada situación por la que atravesaba, le habían hecho replantearse la posibilidad de confesarlo todo con tal de congraciarse con lo que le esperaba en los cielos. En realidad, De Rais, a pesar del dolor que había infligido en la tierra, no soportaba la humillante idea de ser vulnerado mediante los artificios de la Inquisición. Un noble como él, que ya se sabía a un paso del patíbulo, no podía permitir que se le castigara de forma contundente por manos religiosas. Gilles no ignoraba, a esas alturas, que el juicio de los hombres ya lo tenía perdido; de igual modo, intuía que la sentencia de Dios no sería benévola. Por tanto, y dada su condición de riguroso católico, debió de entender que antes de marchar al otro mundo con vitola de monstruo despiadado debía ofrecer una explicación formal y detallada sobre sus crímenes y así obtener un aliviador perdón religioso que le enviara ante el Creador. Ésa era, sin duda, la mejor manera de comparecer ante el *sumo hacedor* con posibilidades reales de purgar sus pecados terrenales y evitar viajar excomulgado al infierno, donde le esperaba, según sus creencias, un dolor profundo e irremediable para toda la eternidad.

El obispo de Nantes escuchó atentamente las palabras pronunciadas por el mariscal. Se convino que la confesión se efectuara en los propios aposentos del barón, aunque el prelado ordenó la instalación del potro en una sala contigua a dichas estancias, por si acaso el reo pretendía esquivar la acción de los verdugos inquisitoriales. Se llamó al obispo de St. Briec y a Pierre de l'Hospital como representantes de Iglesia y Estado y a sendos notarios para que redactasen escrupulosamente lo que el mariscal quería contar. Finalmente, cuando los protagonistas de aquel acto se encontraban reunidos en torno a Gilles de Rais, éste comenzó a hablar:

Yo, Gilles de Rais, confieso que todo de lo que se me acusa es verdad. Es cierto que he cometido las más repugnantes ofensas contra muchos seres inocentes — niños y niñas— y que en el curso de muchos años he raptado o hecho raptar a un gran número de ellos —aún más vergonzosamente he de confesar que no recuerdo el número exacto— y que los he matado con mi propia mano o hecho que otros mataran, y que he cometido con ellos muchos crímenes y pecados. En todas estas viles acciones yo fui la fuerza principal, aunque he de mencionar como asesinos de niños a mis primos Roger de Bricqueville y Gilles de Sillé, a mis criados Griart y Étienne Corillaut, alias Poitou, a mi otro criado Rossignol y al pequeño Robin, que desgraciadamente ha muerto. Confieso que maté a esos niños y niñas de distintas maneras y haciendo uso de diferentes métodos de tortura: a algunos les separé la cabeza del cuerpo, utilizando dagas y cuchillos; con otros usé palos y otros instrumentos de azote, dándoles en la cabeza golpes violentos; a otros los até con cuerdas y sogas y los colgué de puertas y vigas hasta que se ahogaron. Confieso que experimenté placer en herirlos y matarlos así. Gozaba en destruir la inocencia y en profanar la virginidad. Sentía un gran deleite al estrangular a niños de corta edad incluso cuando esos niños descubrían los primeros placeres y dolores de su carne inocente. Me gustaba poner mi miembro viril en los culos de las niñas que no sabían todavía para qué servían sus otras partes. Dejé que mi semen impregnara los cuerpos de estos niños y niñas hasta cuando estaban agonizando.

Éste no es el final de mis execrables crímenes. Siempre me he deleitado con la agonía y con la muerte. A aquellos niños de cuyos cuerpos abusé cuando estaban vivos, los profané una vez muertos. Después de que hubieran muerto, gozaba a menudo besándolos en los labios, mirando fijamente los rostros de los que eran más bellos y jugueteando con los miembros de los que estaban mejor formados. También abrí cruelmente los cuerpos de aquellos pobres niños o hice que los abrieran en canal a fin de poder ver lo que tenían dentro. Al hacer esto mi único motivo era mi propio placer. Codiciaba y deseaba carnalmente su inocencia y su muerte. Con frecuencia, he de confesar, y mientras esos niños estaban muriendo, yo me sentaba sobre sus estómagos y experimentaba gran placer en oír sus estertores de agonía. Me gustaba que un niño muriera debajo de mi cuerpo, u observar cómo uno de mis criados cometía actos de sodomía con un niño o una niña y lo mataba después. Solía reírme a carcajadas a la vista de un espectáculo así en compañía de los mencionados Corillaut y Griart. Ordenaba que Griart, Corillaut y los otros convirtieran después en cenizas los cadáveres de mis víctimas. Esto tenía lugar primero en mi castillo de Champtocé, después en Tiffauges y después en Machecoul, en mis castillos de allí y en otros lugares

secretos. Una vez que había empezado raptando y matando a niños, no pude parar. A algunos los mantenía en cautividad durante un corto plazo, halagándolos y mimándolos, enseñándoles los pecaminosos placeres de la carne. Me gustaba que esos niños y niñas reaccionaran en contra de su voluntad, de manera que lloraran de placer aunque lo que yo les hacía les causara dolor. Los encerraba en la oscuridad y los azotaba duramente. El coito sólo me excitaba cuando podía penetrar el objeto de mi deseo hasta hacer que le brotara la sangre. Aun entonces, desdeñaba el orificio acostumbrado, en el caso de las niñas, y derramaba mi espermia sobre sus vientres o dentro de sus anos. Apuñalar y cometer el acto de sodomía eran los placeres de los que yo derivaba mayor deleite con estos niños. Los escogía solamente jóvenes y guapos y me cercioraba, antes de hacerles nada, de que eran vírgenes. Me gustaba representar el papel de un padre que castiga a sus hijos. Los ponía sobre mis rodillas y les pegaba y azotaba. Esto me producía una gran excitación y mi órgano sexual experimentaba una erección. Un día, después de haberla castigado así, una niña me pidió que mirara sus partes pudendas. Pero yo me negué porque esto no me interesaba en absoluto. He de decir que al principio mataba a estos niños solamente para que no pudieran contar lo ocurrido. Pero poco después mataba por el placer de matar. Me gustaba ver correr la sangre, me proporcionaba un gran placer. Recuerdo que desde mi infancia los más grandes placeres me parecían terribles. Es decir, el Apocalipsis era lo único que me interesaba. Creí en el infierno antes de poder creer en el cielo. Uno se cansa y aburre de lo ordinario. Empecé matando porque estaba aburrido y continué haciéndolo porque me gustaba desahogar mis energías. En el campo de batalla el hombre nunca desobedece y la tierra toda empapada en sangre es como un inmenso altar en el cual todo lo que tiene vida se inmola interminablemente, hasta la misma muerte de la muerte en sí. La muerte se convirtió en mi divinidad, mi sagrada y absoluta belleza. He estado viviendo con la muerte desde que me di cuenta de que podía respirar. Mi juego por excelencia es imaginarme muerto y roído por los gusanos.

En lo que se refiere a las acusaciones de herejía, la verdad es que nunca he logrado entender esto. Los hechos son los siguientes: hace unos dos años envié a uno de mis capellanes, don Eustache Blanchet, un hombre sencillo que no sabía nada de mis crímenes, a que me trajera de Italia a un alquimista. Regresó con Francesco Prelati, de Florencia, en la región de Lombardía. Este hombre, a quien conozco como Francois, se convirtió pronto en amigo mío. Me informó de que había descubierto en el país de donde venía ciertos medios de conjurar un espíritu con la ayuda de ensalmos. Este espíritu le había prometido a él, Francois, que haría que un demonio, llamado Barron, se presentara ante él

cuando quiera que lo deseara. Yo declaro y confieso que el mencionado Francois invocó en diversas ocasiones al demonio en cumplimiento de mis órdenes. Yo nunca estuve en el cuarto cuando vino el demonio. En cuanto a la relación entre estas invocaciones y mis asesinatos, yo le dije una vez a Francois que le daría a su demonio Barron lo que quisiera, excepto mi alma y mi vida, con tal de que el demonio me concediera lo que yo le pidiera. Era mi intención pedir y conseguir del mismo demonio sabiduría, riquezas y poder. Mediante la posesión y ayuda de todas estas cosas yo podría volver a disfrutar en este mundo del dominio y poder que antes tenía. En respuesta a mi ofrecimiento, Francois me dijo que había tenido una conversación con el demonio y que, entre otras cosas, requería y deseaba que yo le ofreciera la mano, el corazón y los ojos de un niño. Y esto se hizo.

Eso es todo lo que tengo que decir, aparte de estos pecados y crímenes cometidos por mí y aquí confesados. Yo, Gilles de Rais, suplico, con humildad y con lágrimas en los ojos, la misericordia y el perdón de Dios. Os he dicho ya bastante para destruir a diez mil hombres.

Una vez escuchada la pavorosa confesión del mariscal, los fedatarios del acto se fueron en silencio dejando al apabullado señor de Rais con sus demonios internos y una sensación de horror espiritual que le empujó a orar durante toda la noche. Al día siguiente se volvió a reunir el tribunal eclesiástico tras haber examinado el documento en el que se podía leer la narración proporcionada por el barón. Aunque el testimonio fue declarado extrajudicial por no haberse pronunciado ante los jueces, se volvió a pedir a Gilles que confesara, esta vez públicamente, ante los magistrados, el fiscal y las decenas de personas congregadas en la sala de audiencia. El antaño soberbio aristócrata tuvo que aceptar la imposición y se preparó para lanzar una vez más todo el catálogo pecaminoso del que era autor, incluyendo nuevos detalles no revelados en su primera confesión. Esto fue lo que se registró el veintidós de octubre de 1440:

Yo soy, ilustrísima, todas esas cosas de que se me ha acusado: un asesino y un sodomita, un hombre que ha cometido terribles ofensas contra Dios y sus prójimos. Me debo a mí mismo lo que soy, y a nadie más. Soy el más vil de todos los hombres y el más miserable de los pecadores. No obstante, debo decir que si he cometido tantas ofensas contra la luz y la verdad, lo debo en parte a la falta de dirección y consejo de que fui víctima en mi juventud. Cabalgaba entonces con las riendas flojas sobre mi cuello, libre para entregarme a gusto a los placeres, y no me pareció oportuno privarme de nada. Siempre me deleité en

llevar a cabo actos ilícitos. Por esta razón, ilustrísima, ruego a los aquí presentes que tengan hijos, que los instruyan mejor de lo que se me instruyó a mí y que les enseñen sabias doctrinas, haciéndoles que desarrollen hábitos virtuosos en su infancia y en su juventud. Porque en lo que a mí se refiere, he de decir que toda mi juventud se malgastó en el lujo y se despilfarró en el vicio. Lo único que tenía que obedecer era mi propio capricho. Para mí no había nada sagrado. Hice todo el mal que deseaba hacer. Esto puede parecer poca cosa en el catálogo de mis pecados, pero os aseguro que no lo era. Considerad lo siguiente: fue a la práctica del mal, y sólo del mal, a lo que dediqué mis esperanzas, pensamientos y cuidados. Lo único que mantenía mi interés por más de un instante era lo prohibido y lo indecoroso. Empecé con un lamentable error.

Ilustrísima, yo creo que la crueldad procede del mismo corazón y de las mismas ijadas del hombre. La compasión, por el contrario, es una manifestación secundaria aunque digna de encomio, y se adquiere después. Necesitamos fe para que ésta nos enseñe la bondad, mientras que la vil pasión de la crueldad brota en algunos de nosotros con tanta naturalidad como la savia en la primavera. Yo me di cuenta muy pronto de que existe un abominable placer provocado por impresiones intensas y prohibidas y por la contemplación de espectáculos funestos. Para aquellos que se han dejado llevar gustosos en esta dirección, la tosquedad y vulgaridad del espíritu se convierte pronto en una segunda naturaleza. En hombres así, la fuente de la compasión se ha secado. Así me pasó a mí, así crecí yo, pero tengo cosas peores que contar. Yo soy una de esas personas para quienes todo lo que está relacionado con la muerte y el sufrimiento tiene una atracción dulce y misteriosa, una fuerza terrible que empuja hacia abajo. No digo que esa fuerza sea irresistible, sólo digo que yo no pude resistirla. Fuera cual fuere la fortaleza interior que yo podría haber poseído si mi formación hubiera sido mejor, he de admitir que al final todo habría seguido siendo como era, porque un perverso impulso me tenía agarrado y lo único que yo podía hacer era entregarme a esas cosas prohibidas. Nací, creo yo, con un deseo innato de humillar y de hacer daño, de herir e incluso de destruir a otros, para así engendrar dentro de mí un placer sexual. Que el apetito sexual y la crueldad vienen a menudo juntos es un hecho reconocido ya hace mucho tiempo por los filósofos y observado por los interesados en estudiar al animal humano. Me parece a mí que yo soy diferente, sólo en grado y no en calidad, de otros que se han entregado a estos deseos salvajes. El ejemplo de los degenerados cesares se me viene a la mente. Cuando yo era aún niño, solía leer en las páginas del historiador Suetonio cómo Nerón y Tiberio y los otros emperadores romanos disfrutaban haciendo que se martirizara y asesinara a muchachos y muchachas delante de sus propios ojos. ¿Por qué fascinan errores

así? ¿Por qué brilla tanto el mal? No lo sé, sólo sé que fascinan y brilla. Esos excesos imperiales me atormentaban en sueños y me excitaban terriblemente al despertar.

Fue la lectura de aquellas descripciones de las orgías de Tiberio y Calígula lo que me dio la idea de encerrar un día a niños en mis castillos, torturarlos y matarlos. He de confesar que experimenté un inefable placer tanto en la perspectiva como en la realización de estos actos. Si lo pudiera describir o expresar, probablemente no habría pecado nunca. Yo hice lo que otros hombres sueñan. Yo soy vuestra pesadilla. Cuando yo era niño, ilustrísima, nunca se me reprendió o corrigió. Campaba por mis respetos, sin hacer caso de nadie; hacía lo que quería. Cuando me hice mayor, parecía estar siempre por encima de la ley —por encima o más allá de ella— y no había limitaciones para mí. Exhorto a todos los padres aquí presentes a que consideren su deber no escatimar el castigo cuando sea necesario —no con crueldad, sino con justicia— para que sus hijos no se maleen y terminen cayendo en el abismo en donde yo he caído. Soy un hombre condenado que se encamina hacia su ruina. Soy el gran arcángel del reino de la muerte. Sin embargo, soy solamente Gilles de Rais, un hombre sin sentido. Por esto y con lágrimas en los ojos le pido a Dios misericordia y perdón. Y ahora, mi señor obispo, además de esos asesinatos y ultrajes que he confesado ya, quiero que se haga constar en el acta de cargos en contra de mí que cuando fui, recientemente, peticionario en la corte de nuestro soberano señor y príncipe, el duque de Bretaña, en el cantón de Josselin, de la diócesis de Maclovia, tenía tan poco control de mis propias pasiones que ordené matar a varios muchachos que mi criado Griart me procuró. Algo de esto estaba relacionado con la hechicería, pero la mayoría no lo estaba. Mis actos eran impulsados por la sangre, no por el diablo. Confieso que la mayoría de mis asesinatos fueron el resultado de apetencias sexuales y no de nigromancia. En cuanto a la manera en que maté a aquellos niños, creo que, como ya la he descrito, repetir o recrearse ahora en detalles de este tipo adolecería de morbosidad. Por lo tanto, a no ser que el tribunal me lo ordene, no volveré a hablar de cómo fueron asesinadas mis víctimas, ni los niños ni las niñas. Mis métodos eran vergonzosos; mis apetitos, incontrolables. Mataba porque ninguna otra cosa más que el matar podía calmar mi lascivia. Reconozco el hecho con lágrimas, ilustrísima, suplico a Dios que me perdone y pido de rodillas perdón a los padres de esos niños. Nada puedo decir que os explique o que me explique a mí mismo, o a Dios, por qué he cometido las acciones tan abominables y desenfrenadas que he perpetrado. Mi deber no es la explicación, sino la confesión. Confieso ante Dios y mis jueces que he ejecutado crimen tras crimen y efectuado sodomía tras sodomía, y que sé que no soy digno ni siquiera de suplicar vuestra misericordia o de recibir el castigo de

manos de hombres honrados. En realidad soy un paria. Pertenezco a la oscuridad de los abismos. Deseando una vez más ser específico, confieso y declaro que después de la última festividad de San Juan Bautista me trajeron a un atractivo muchacho que se alojaba en casa de un hombre llamado Rodigo, en Bourgeneuf-en-Rais, para que tuviera comercio carnal con él. Yo estaba también alojado en aquella casa. Mis criados Henriët Griart y Étienne Corillaut lo cogieron y llevaron a mi aposento. Confieso que durante esa noche cometimos los tres el delito de sodomía en la persona de este muchacho y que después hice que lo mataran y que se quemara su cuerpo cerca de mi castillo de Machecoul. En otra ocasión, ilustrísima, la última vez que estuve en Vannes en el mes de julio, un hombre llamado André Buchet me entregó en la posada de un tal Jean Lemoine a un niño de pocos años cuyo nombre desconozco. Hice uso de este niño de la manera que he descrito anteriormente, y me produjo un deleite cruel y libidinoso observar cómo mis criados hacían uso de él de la misma manera. Cuando terminamos y el chiquillo estaba muerto, ordené al citado Corillaut que arrojara su cuerpo en la letrina de una residencia que pertenecía a un tal Bretten. Menciono estos nombres y habitaciones no para incriminar a otros, sino para conferir realidad y exactitud a esos innumerables y anónimos errores de que yo soy culpable. Podría continuar, ilustrísima, pero dejémoslo. Creo que os he contado bastante, y más que bastante, para que me podáis juzgar. Lo que os han contado otros en relación con mis muchos pecados y crímenes es cierto, y yo lo admito. Lo que yo he añadido en vuestra presencia y en la de mi señor el obispo de St. Briëuc, y el maestro Pierre de l'Hospital, es también la verdad. Lo único que puedo hacer es suplicaros a vos y a todos los fieles que pidan a Cristo que tenga misericordia de mí, aunque bien sé que la merezco menos que cualquier otro ser viviente desde el principio de la humanidad.

Ilustrísima, la naturaleza de mis pecados y crímenes es tal que, sin la protección de nuestra santa madre la Iglesia, el diablo me llevará al infierno en cuerpo y alma.

¡Oh, Dios mío, mi Creador, mi amado Redentor, imploro vuestra misericordia y perdón en el estado de ruina en que me encuentro! ¡Y vosotros, padres y hermanas y hermanos de los niños que he asesinado tan cruelmente —vosotros, quienes quiera que seáis, contra los que he pecado y a los que he injuriado, los que estéis aquí presentes y los que no lo están—, concededme, os suplico que me concedáis, como cristianos que sois y fieles a Jesucristo, la ayuda de vuestras oraciones, las oraciones por el alma de Gilles de Rais!

Tras la declaración Jean de Malestroit cerró el acto convocando a los presentes en el plazo de tres días, a fin de escuchar el veredicto del tribunal. Por su parte, el resto

de la banda recibió las diferentes sentencias el 23 de octubre de 1440.

La mencionada bruja La Meffraye no pudo hacerlo, dado que había optado por el suicidio unas fechas antes. Griart y Poitou fueron condenados a morir en la horca como represalia por sus actos macabros e impropios del género humano. El sacerdote Eustache Blanchet recibió la pena de destierro y una multa de trescientas coronas de oro. Y finalmente, el clérigo y alquimista Francesco Prelati fue condenado a cadena perpetua en una cárcel regentada por la Iglesia, con la imposición periódica de severos castigos físicos y el único alimento de pan y agua. Cabe comentar, en este último caso, que Rene, duque de Anjou, quedó impresionado, al igual que Gilles de Rais, por los supuestos conocimientos del científico italiano, consiguiendo al poco liberar a Prelati de su reclusión para incorporarle a su séquito personal. Más tarde, el nigromante obtuvo el cargo de alcalde del pueblo La Roche-sur-Yon, pero cometió el error de encarcelar al tesorero del duque de Bretaña y, una vez descubierta la historia, fue condenado a la horca el dos de mayo de 1456. Como ya hemos dicho, nada se volvió a saber sobre los criminales Roger de Bricqueville y Gilles de Sillé, aunque suponemos que lograron esfumarse con lo que pudieron rapiñar de las arcas de su primo poniendo tierra de por medio y acabando sus días en cualquier ciudad desconocida. Tan sólo restaba escuchar la previsible sentencia que estaba a punto de caer sobre el maltrecho Gilles de Rais. El día fijado para tal pronunciamiento fue el veinticinco de octubre de 1440, la hora elegida fue las nueve de la mañana. Para entonces el temible mariscal de Francia había cumplido o estaba a punto de cumplir treinta y seis años de edad. Y ya nada más le quedaba por hacer en este mundo, únicamente recibir por sus actos de vileza la pena que los hombres le iban a imponer. Para ello el barón ya estaba suficientemente preparado en cuerpo y alma, y los espectros de sus víctimas esperaban impacientes la resolución de aquella historia difícilmente concebible en mentes que no fueran perturbadas o insensibles. Al fin, tantos años de terror en el país de Rais iban a culminar con la eliminación de su causante. Las ánimas de los niños ejecutados miserablemente por un diabólico verdugo infernal con disfraz de ser humano estaban a punto de cobrarse justa venganza. Era momento de escuchar la sentencia final para el mejor aliado de Belcebú en la tierra.

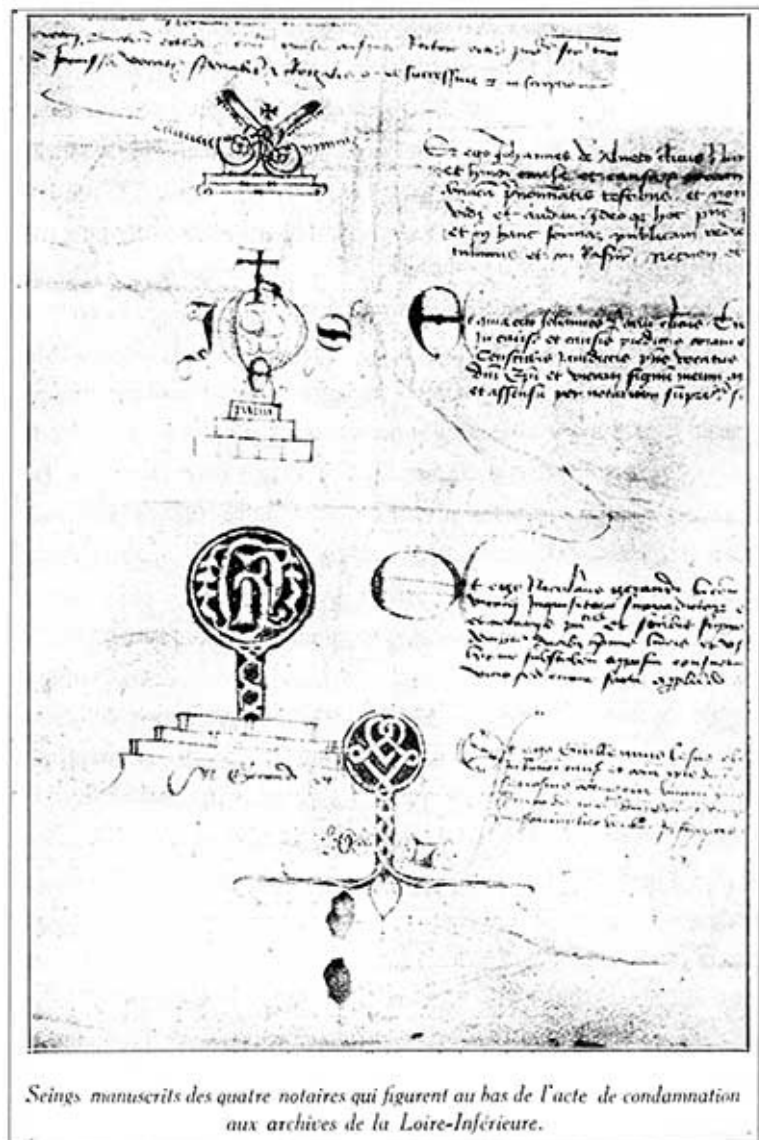
EL FIN DEL DOLOR

Cuarenta y dos días después de haberse iniciado el proceso judicial contra Gilles de Rais, llegó el instante crucial de saber cuál era su destino en este mundo. Jean de Malestroit, acompañado de sus asesores, tomó posesión de la sala y dirigiéndose al cautivo, pronunció este discurso:

—¡En el sagrado nombre de Nuestro Señor Jesucristo! Nosotros, Jean, obispo de Nantes, y fray Jean Blouyn, licenciado en Sagradas Escrituras, de la orden de los padres predicadores de Nantes, vicario del inquisidor en cuestiones de herejía para la ciudad y diócesis de Nantes, reunidos en juicio y con nada ante nuestros ojos más que Dios mismo; con el consejo y consentimiento de nuestros señores los obispos, jurisconsultos, doctores y profesores de las Sagradas Escrituras, aquí presentes; habiendo examinado las declaraciones de todos los testigos convocados por nosotros y bajo juramento, y en nombre del fiscal público por nosotros delegado, contra Gilles de Rais, súbdito nuestro, y justiciable; habiendo ordenado que estas declaraciones se registraran por escrito y al pie de la letra; habiendo oído la propia confesión del Sire de Rais, hecha espontáneamente en nuestra presencia; y habiendo pesado y considerado cuidadosamente todas y cada una de las razones que podían afectar nuestra decisión: pronunciamos, decidimos y declaramos que vos, Gilles de Rais, convocado ante nuestro tribunal, sois ignominiosamente culpable de herejía, apostasía y conjuración de demonios, por cuyos crímenes habéis incurrido en pena de excomunión y otros castigos determinados por la ley; y declaramos finalmente que habéis de sufrir el castigo y corrección merecidos, como requiere la ley y exigen los sagrados cánones, por hereje, apóstata y traficante en demonios.

El obispo añadió a estos cargos imputados por el ámbito eclesiástico, los ya consabidos de asesinato contra natura de niños de uno y otro sexo, sacrilegio y grave violación de inmunidades eclesiásticas. Pronunciada la sentencia, Gilles se arrodilló y, ahogado en lágrimas, volvió a pedir que se le admitiese en el seno de la Iglesia a fin de ponerse a bien con el Altísimo. Malestroit accedió a dicha solicitud y en acto de misericordia abrazó al barón concediéndole el beneficio de una última confesión que le absolviese de sus pecados antes de ser ejecutado. Por este motivo se eligió al carmelita Jean Jouvenal para que asistiera espiritualmente a Gilles de Rais en sus

momentos finales. No obstante, al mariscal aún le restaba el trámite de comparecer frente al tribunal civil para escuchar la sentencia que nadie ignoraba. Fue esa misma tarde en la que un circunspecto Pierre de l'Hospital conminó a Gilles a recordar nuevamente el tramo de sus malvadas fechorías. En la mesa del canciller bretón, se posaba un voluminoso compendio de actas y testimonios con más de cien páginas cubiertas del horror provocado por tanta ignominia. Cuando el barón rememoró los detalles truculentos de sus carnicerías, el propio Pierre de l'Hospital no tuvo por menos que cubrir con una tela el crucifijo que se encontraba detrás de él presidiendo la audiencia. Más tarde, los miembros del tribunal debatieron sobre la forma en la que Gilles debía entregar su alma a Dios. Unos pensaron que la pena más adecuada era la decapitación, aunque finalmente se impuso la tesis de la mayoría, que establecía la consumación de la sentencia mediante la pena capital de ejecución en la horca y hoguera. Asimismo, se estableció el día siguiente, esto es, veintiséis de octubre de 1440 a las once de la mañana, como fecha y hora en la que Gilles de Rais y sus secuaces Griart y Poitou debían morir en el patíbulo. El mariscal, tras escuchar el veredicto del tribunal seglar, imploró una última merced consistente en que le ejecutaran antes que sus esbirros con el propósito de ser ejemplo para ellos, ya que, al fin y al cabo, él era el causante de aquella situación y merecía salir el primero de este mundo mostrando camino de salvación a sus cómplices. Además solicitó que las gentes procesionaran por las calles de Nantes para que sus oraciones aliviaran las atormentadas almas de los tres condenados. El canciller concedió esta gracia y, conmovido por el arrepentimiento sincero del barón, le otorgó la facultad de elegir el lugar donde reposarían sus restos, ya que se aceptó que, una vez muerto por la soga, el cuerpo de Gilles de Rais fuera a la hoguera sólo por unos segundos de forma testimonial. El mariscal, agradecido por la inesperada concesión, eligió el monasterio carmelita de Nantes, en cuya iglesia quedaría instalado su sepulcro para el descanso eterno.



El veintiséis de octubre de 1440, los habitantes de Nantes se despertaron con el lúgubre tañido de las campanas de todas las iglesias, conventos y monasterios de la ciudad. Cientos de feligreses se arremolinaban desde los primeros destellos del alba en las inmediaciones de la catedral, iniciando, desde ella, una lenta procesión en la que se podía escuchar la entonación de cánticos religiosos dedicados a la esperanza de aliviar el alma de los tres prisioneros. La piadosa comitiva se dirigió hacia la isla del Loira en cuyo prado de La Madeleine se alzaba el patíbulo por donde se repartían tres horcas y otros tantos montículos de madera dispuestos a servir como hogueras que recibieran los cuerpos del señor de Rais y sus dos criados. Frente al cadalso esperaban Juan V, duque de Bretaña, y todos los jueces religiosos y seculares que habían participado en el proceso.

A las once en punto de aquella fría mañana de otoño, Gilles de Rais, mariscal de Francia, barón de Laval y protector de Juana de Arco, pronunció sus últimas palabras ante un público estremecido y sollozante, imbuido de piedad hacia aquel ogro que

ahora parecía un simple mortal trémulo ante la exigencia de su momento definitivo:

Yo, que soy vuestro hermano en Cristo, vosotros, que estáis aquí presentes, a vosotros, principalmente, cuyos hijos he asesinado, os suplico, a todos y a cada uno, por la pasión de Nuestro Señor, que roguéis por mí. Perdonadme con vuestros corazones el mal que os he hecho, lo mismo que vosotros esperáis la misericordia y el perdón de Dios. ¡Señor Jesucristo, hijo de Dios, tened piedad de mí, que soy un gran pecador!

Dicho esto, Gilles subió con paso firme los escalones que le conducían al tablero patibulario. Sin miedo, se subió al taburete donde le esperaba la soga. El verdugo fijó la cuerda a su cuello y segundos más tarde encendió los haces de madera que se situaban a los pies del cautivo. Cuando las llamas comenzaron a crecer, se retiró bruscamente el improvisado pedestal, dejando que el cuerpo del barón se desplomara sin oposición hacia el vacío. Según dicen, Gilles no luchó por su vida. Murió en silencio y su cadáver, una vez retirado del fuego, fue entregado a unas damas caritativas, que cumplieron con el último deseo del mariscal enterrándole en el monasterio del Carmelo en Nantes. Henriette y Poitou corrieron la misma suerte que su señor, aunque sus cenizas fueron a parar al río Loira, sin que se les permitiese reposar bajo sagrado. Así terminó la historia de Gilles de Rais. Sus posesiones pasaron a manos de su esposa e hija, las cuales no quisieron saber nada más sobre la suerte de aquel monstruo que tanto mal había ocasionado en sus vidas.

En la actualidad algunos historiadores tratan de rehabilitar la imagen de Gilles de Rais, al menos en su faceta guerrera al servicio de Francia y de la monarquía, méritos por los que consiguió, como todos los héroes galos, fijar la flor de lis en su escudo de armas. Un símbolo que, debido a su ausencia de moral y escrúpulos, quedó mancillado al teñirse con la sangre de incontables niños inocentes. Su valor en la guerra y su amor por la pureza encarnada en la figura de la Doncella de Orleans no le eximen de su vil comportamiento, confesado tan sólo por el temor a la tortura inquisitorial y a la excomunión que le privaría del perdón celestial. Fue mariscal, de eso no hay duda, pero no de la luz, sino de las tinieblas. En ellas se encontrará ahora.

CRONOLOGÍA

- 1404 En otoño nace Gilles de Rais en el castillo de Champtocé (Anjou-Francia), hijo de Guy II de Laval y Marie de Craon
- 1407 Nace su único hermano Rene de la Suze.
- 1412 Nacimiento de Juana de Arco, en la aldea de Domremy (Francia).
- 1415 El 28 de septiembre muere Guy II de Laval en un accidente de caza, poco más tarde fallecerá su esposa Marie de Craon.
- Jean de Craon asume la tutela de sus nietos Gilles y Rene.
- 1416 En enero se firma el primer compromiso matrimonial de Gilles de Rais con Jeanne Peynel, documento anulado por el Parlamento de París.
- El 28 de noviembre se firma un nuevo contrato matrimonial de Gilles de Rais. En esta ocasión con Béatrice de Rohan. Compromiso que no se pudo concluir por el fallecimiento inesperado de la joven.
- 1418 Gilles de Rais es alzado como caballero de Francia. En este tiempo se llevó a cabo su primer asesinato.
- Primera acción bélica de Gilles en defensa del duque de Bretaña. Ese mismo año, rapto y boda con su prima Catherine de Thouars. En junio queda ratificada su unión de forma oficial tras compensar económicamente al Vaticano.
- 1420 Gilles obtiene su mayoría de edad convirtiéndose en el dueño de una de las mayores fortunas de Francia. Juana de Arco comienza a escuchar sus voces sobrenaturales en Domremy. Gilles de Rais entra al servicio militar del delfín Carlos.
- Mayo. Juana de Arco recibe mediante sus voces la orden de acudir en ayuda del delfín.
- 1428 Octubre. Tropas inglesas bajo el mando del duque de Bedford inician el asedio de Orleans, último gran bastión que permanece leal al futuro Carlos VII.

Enero. Juana es recibida en Vaucouleurs por Robert Baudricourt, quien transmite a la corte del delfín los vaticinios hechos por la muchacha.
Febrero. El delfín se entrevista con la doncella y, tras algunas pruebas, decide confiarle el mando de un contingente para liberar Orleans.
Marzo. Juana predice la liberación de Orleans, la coronación en Reims del delfín y la recuperación de París. Gilles de Rais es elegido para proteger y escoltar a la doncella.
Abril. Tropas de refuerzo francesas guiadas por Juana de Arco entran en Orleans.
1429 Mayo. Orleans es liberada de su asedio tras algunos combates, incrementándose la leyenda que rodeaba a Juana. Junio. El ejército de Juana obtiene resonantes victorias en Jargeau y Patay. Los ingleses se repliegan. Julio. Carlos VII es coronado en Reims bajo la atenta mirada de Juana de Arco.
Septiembre. Nace Marie, única hija de Gilles de Rais, quien es nombrado mariscal de Francia con el privilegio de portar la flor de lis en su escudo de armas. Ese mismo mes el ejército de Juana sufre su primera derrota ante las murallas de París.
Diciembre. Carlos VII concede a Juana de Arco su acceso a la aristocracia francesa, fundándose la casa Du Lis, cuyo emblema serán las azucenas.

1430 El 24 de mayo Juana es capturada por los borgoñeses mientras intenta liberar la ciudad de Compiègne.

Enero. Se inician las vistas preliminares para el juicio contra Juana.
Febrero. Comienza el proceso judicial. Juana es encarcelada en el castillo de Rouen (Normandía).
1431 Mayo. La Doncella de Orleans es condenada a muerte y ejecutada en la hoguera el 30 de ese mes. Ese mismo año Gilles de Rais regresa a sus posesiones, inaugurando su época de terror.

Comienzan las desapariciones y asesinatos de niños en las posesiones del barón de Laval.

Noviembre. Fallece Jean de Craon, abuelo materno de Gilles de Rais.
1432 El rey francés Carlos VII solicita al mariscal De Rais su participación en la guerra que se libra contra los borgoñeses. Gilles delega esta responsabilidad en su hermano Rene de la Suze.
En la primavera, estreno de *El misterio de Orleans*, obra teatral producida por Gilles de Rais. Ese mismo año, paz entre las diferentes casas nobiliarias francesas. Fin de la guerra civil. Inglaterra se convierte en el enemigo común.

1436 Carlos VII entra de manera triunfal en la liberada París. El alquimista Francesco Prelati entra al servicio del mariscal.

Mayo. Gilles de Rais, al mando de sesenta soldados, irrumpe en la iglesia de St. Étienne de-la-Mer-Morte.

Agosto. Las desapariciones infantiles en la región de Rais superan las mil. El obispo de Nantes ultima sus averiguaciones sobre este extraño caso.

1440 Septiembre. Gilles de Rais es detenido junto a sus secuaces en el castillo de Tiffauges y llevado a los tribunales civil y eclesiástico en Nantes.

Octubre. Tras varias semanas de audiencias e interrogatorios, Gilles de Rais se confiesa culpable de todos los crímenes que se le imputan, siendo condenado a muerte por el asesinato de al menos ciento cuarenta niños. El 26 de este mes el barón y sus criados Henriot Griart y Poitou son ejecutados en el prado de La Madeleine en Nantes.

Fin de la pesadilla.

BIBLIOGRAFÍA

ALLMAND, Christopher, *La guerra de los cien años*, Crítica, Barcelona, 1990.

BATAILLE, Georges, *Le Procès de Gilles de Rais*, París, Editions 10/18 [1997], cl979, 411 p. (Bibliothèques 10/18).

BOSSARD, Eugène, *Gilles de Rais Maréchal de France dit Barbe Bleu 1404-1440*, 1886.

CEBRIÁN ZÚÑIGA, Juan Antonio, *Pasajes de la historia*, Corona Borealis, Madrid, 2001., *Pasajes del terror*, Nowtilus, Madrid, 2003.

CONTAMINE, Philippe, *La guerre de cent ans*, París, Editions Puf, 2002.

COUGINOT, Guillaume, *Chronique de la Pucelle*, 1859.

DE SOURDAVAL, Mourain, *Les Seigneurs de Rais*, 1845.

GONZÁLEZ CREMONA, Juan Manuel, *La cara oculta de los grandes de la historia*, Planeta, Barcelona, 1993.

GRAVETT, Christopher, *Ejércitos y batallas*, Ediciones del Prado, 1994.

HUIDOBRO, Vicente, *Gilles de Rais*, París, Toter, 1932.

NYE, Robert, *Vida y muerte de Gilles de Rais*, Narrativas históricas Edhasa, Barcelona, 1993.

VALLOIS, Noel, *Le procès de Gilles de Rais*, en *Annuaire-Bulletin de la société de l'histoire de France* 49, 1912, 192-239.

Las declaraciones de los testigos convocados para el proceso canónico contra Gilles de Rais, y que quedan reflejadas en traducción castellana del latín en este libro, se encuentran recopilados en los archivos históricos de la región del Loira Inferior (n.º 9175). Asimismo, las actas del proceso civil se hallan en los archivos comunales de Thouars (Francia).

ANEXO I

NOS ACABAMOS DE ENFRENTAR A UNA DE LAS HISTORIAS MÁS terribles generadas por cualquier ser humano. Ahora, usted ya sabe todo lo que hay de cierto en la vida de Gilles de Rais. Es momento de conocer cómo se transformó su historia real en el cuento que Charles Perrault popularizó en 1695.

EL CUENTO DE BARBA AZUL

Erase una vez un hombre que tenía hermosas casas en la ciudad y en el campo, vajilla de oro y plata, muebles forrados en finísimo brocado y carrozas todas doradas. Pero, desgraciadamente, este hombre tenía la barba azul; esto le daba un aspecto tan feo y terrible que todas las mujeres y las jóvenes le huían. Una vecina suya, dama distinguida, tenía dos hijas hermosísimas. Él le pidió la mano de una de ellas, dejando a su elección cuál querría darle. Ninguna de las dos quería y se lo pasaban una a la otra, pues no podían resignarse a tener un marido con la barba azul. Pero lo que más les disgustaba era que ya se había casado varias veces y nadie sabía qué había pasado con esas mujeres.



Retrato de Charles Perrault, autor del cuento de Barba Azul publicado en 1677 y basado, según numerosos investigadores, en la vida y crueldades de Gilles de Rais.

Barba Azul, para conocerlas, las llevó con su madre y tres o cuatro de sus mejores amigas y algunos jóvenes de la comarca a una de sus casas de campo, donde permanecieron ocho días completos. El tiempo se les iba en paseos, cacerías, pesca, bailes, festines, meriendas y cenas; nadie dormía, y se pasaban la noche entre bromas y diversiones. En fin, todo marchó tan bien que la menor de las jóvenes empezó a encontrar que el dueño de la casa ya no tenía la barba tan azul y que era un hombre muy correcto. Tan pronto hubieron llegado a la ciudad, quedó arreglada la boda. Al cabo de un mes, Barba Azul le dijo a su mujer que tenía que viajar a provincias por seis semanas debido a un negocio importante; le pidió que se divertiera en su ausencia, que hiciera venir a sus buenas amigas y que las llevara al campo si lo deseaban.

—He aquí —le dijo— las llaves de los dos guardamuebles, éstas son las de la

vajilla de oro y plata que no se ocupa todos los días, aquí están las de los estuches donde guardo mis pedrerías, y ésta es la llave maestra de todos los aposentos. En cuanto a esta llavecita, es la del gabinete al fondo de la galería de mi departamento: abrid todo, id a todos lados, pero os prohíbo entrar a este pequeño gabinete, y os lo prohíbo de tal manera que si llegáis a abrirlo, todo lo podéis esperar de mi cólera.

Ella prometió cumplir exactamente con lo que se le acababa de ordenar; y él, después de abrazarla, subió a su carruaje emprendiendo viaje. Las vecinas y las buenas amigas no se hicieron rogar para ir a la casa de la recién casada, ya que estaban impacientes por ver cuántas riquezas poseía la mansión del temible Barba Azul. De inmediato se pusieron a recorrer las habitaciones, los gabinetes, los armarios con trajes, a cual más hermoso y más rico. Subieron en seguida a los guardamuebles, donde no se cansaban de admirar la cantidad y magnificencia de las tapicerías, de las camas, de los sofás, de los bargueños, de los veladores, de las mesas y de los espejos donde uno se miraba de la cabeza a los pies y cuyos marcos, unos de cristal, los otros de plata o de plata recamada en oro, eran los más hermosos y magníficos que jamás se vieran. No cesaban de alabar y envidiar la felicidad de su amiga, quien, sin embargo, no se divertía nada al ver tantas riquezas debido a la impaciencia que sentía por ir a abrir el gabinete del departamento de su marido. Tan apremiante fue su curiosidad que, sin considerar que dejarlas solas era una falta de cortesía, bajó por una angosta escalera secreta y tan precipitadamente que estuvo a punto de romperse los huesos dos o tres veces. Al llegar a la puerta del gabinete, se detuvo durante un rato, pensando en la prohibición que le había hecho su marido, y temiendo que esta desobediencia pudiera acarrearle alguna desgracia. Pero la tentación era tan grande que no pudo superarla: tomó, pues, la llavecita y temblando, abrió la puerta del gabinete. Al principio no vio nada porque las ventanas estaban cerradas; al cabo de un momento, empezó a ver que el piso se hallaba todo cubierto de sangre coagulada, y que en esta sangre se reflejaban los cuerpos de varias mujeres muertas y atadas a las murallas (eran todas las mujeres que habían sido las esposas de Barba Azul y que él había degollado una tras otra). Creyó que se iba a morir de miedo, y la llave del gabinete que había sacado de la cerradura se le cayó de la mano. Después de reponerse un poco, recogió la llave, volvió a salir y cerró la puerta; subió a su habitación para recuperar un poco la calma; pero no lo lograba, tan conmovida estaba. Habiendo observado que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, la limpió dos o tres veces, pero la sangre no se iba; por mucho que la lavara y aun la restregara con arenilla, la sangre siempre estaba allí, porque la llave era mágica y no había forma de limpiarla del todo: si se le sacaba la mancha de un lado, aparecía en el otro. Barba Azul regresó de su viaje esa misma tarde diciendo que en el camino había recibido cartas informándole que el asunto motivo del viaje acababa de finiquitarse a su favor. Su esposa hizo todo lo que pudo para demostrarle que estaba encantada con

su pronto regreso. Al día siguiente, él le pidió que le devolviera las llaves y ella se las dio, pero con una mano tan temblorosa que él adivinó sin esfuerzo todo lo que había pasado.

—¿Y por qué —le dijo— la llave del gabinete no está con las demás?

—Tengo que haberla dejado —contestó ella— allá arriba, sobre mi mesa.

—No dejéis de dármela muy pronto —dijo Barba Azul. Después de aplazar la entrega varias veces, no hubo más remedio que traer la llave.

Habiéndola examinado, Barba Azul dijo a su mujer:

—¿Por qué hay sangre en esta llave?

—No lo sé —respondió la pobre mujer, pálida como una muerta.

—No lo sabéis —repuso Barba Azul—, pero yo lo sé muy bien. ¡Habéis tratado de entrar al gabinete! Pues bien, señora, entraréis y ocuparéis vuestro lugar junto a las damas que allí habéis visto.

Ella se echó a los pies de su marido, llorando y pidiéndole perdón, con todas las demostraciones de un verdadero arrepentimiento por no haber sido obediente. Habría enternecido a una roca, hermosa y afligida como estaba; pero Barba Azul tenía el corazón más duro que una roca.

—Hay que morir, señora —le dijo—, y de inmediato.

—Puesto que voy a morir —respondió ella mirándolo con los ojos bañados de lágrimas—, dadme un poco de tiempo para rezarle a Dios.

—Os doy medio cuarto de hora —replicó Barba Azul—, y ni un momento más.

Cuando estuvo sola llamó a su hermana y le dijo:

—Ana (pues así se llamaba), hermana mía, te lo ruego, sube a lo alto de la torre, para ver si vienen mis hermanos, prometieron venir hoy a verme, y si los ves, hazles señas para que se den prisa.

La hermana Ana subió a lo alto de la torre, y la pobre afligida le gritaba de tanto en tanto:

—Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie?

Y la hermana respondía:

—No veo más que el sol que resplandece y la hierba que reverdece.

Mientras tanto, Barba Azul, con un enorme cuchillo en la mano, le gritaba con todas sus fuerzas a su mujer:

—Baja pronto o subiré hasta allá.

—Esperad un momento más, por favor —respondía su mujer; y a continuación exclamaba en voz baja—: Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie?

Y la hermana Ana respondía:

—No veo más que el sol que resplandece y la hierba que reverdece.

—Baja ya —gritaba Barba Azul— o yo subiré.

—Voy en seguida —le respondía su mujer; y luego suplicaba—: Ana, hermana

mía, ¿no ves venir a nadie?

—Veo —respondió la hermana Ana— una gran polvareda que viene de este lado.

—¿Son mis hermanos?

—¡Ay, hermana, no!, es un rebaño de ovejas.

—¿No piensas bajar? —gritaba Barba Azul.

—En un momento más —respondía su mujer; y en seguida clamaba—: Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie?

—Veo —respondió ella— a dos jinetes que vienen hacia acá, pero están muy lejos todavía... ¡Alabado sea Dios! —exclamó un instante después—, son mis hermanos; les estoy haciendo señas tanto como puedo para que se den prisa.

Barba Azul se puso a gritar tan fuerte que toda la casa temblaba. La pobre mujer bajó y se arrojó a sus pies, deshecha en lágrimas y enloquecida.

—Es inútil —dijo Barba Azul—, hay que morir.

Luego, agarrándola del pelo con una mano y levantando la otra con el cuchillo, se dispuso a cortarle la cabeza. La infeliz mujer, volviéndose hacia él y mirándolo con ojos desfallecidos, le rogó que le concediera un momento para recogerse.

—No, no —dijo él—, encomiéndate a Dios —y alzando su brazo...

En ese mismo instante golpearon tan fuerte a la puerta que Barba Azul se detuvo bruscamente; al abrirse la puerta entraron dos jinetes que, espada en mano, corrieron derechos hacia Barba Azul. Éste reconoció a los hermanos de su mujer, uno dragón y el otro mosquetero, de modo que huyó para guarecerse; pero los dos hermanos lo persiguieron tan de cerca que lo atraparon antes de que pudiera salir. Le atravesaron el cuerpo con sus espadas y lo dejaron muerto. La pobre mujer estaba casi tan muerta como su marido, y no tenía fuerzas para levantarse y abrazar a sus hermanos. Ocurrió que Barba Azul no tenía herederos, de modo que su esposa pasó a ser dueña de todos sus bienes. Empleó una parte en casar a su hermana Ana con un joven gentilhomme que la amaba desde hacía mucho tiempo; otra parte en comprar cargos de capitán a sus dos hermanos; y el resto a casarse ella misma con un hombre muy correcto que la hizo olvidar los malos ratos pasados con Barba Azul.

Moraleja

La curiosidad, teniendo sus encantos, a menudo se paga con penas y con llantos; a diario mil ejemplos se ven aparecer. Es, con perdón del sexo, placer harto menguado; no bien se experimenta cuando deja de ser; y el precio que se paga es siempre exagerado.

Otra moraleja

Por poco que tengamos buen sentido y del mundo conozcamos el tinglado, a las claras habremos advertido que esta historia es de un tiempo muy pasado; ya no existe un esposo tan terrible, ni capaz de pedir un imposible, aunque sea celoso, antojadizo. Junto a su esposa se le ve sumiso y cualquiera que sea de su barba el color, cuesta saber, de entre ambos, cuál es amo y señor.

Los cuentos de Charles Perrault le catapultaron a la fama universal. El texto original tuvo tres reediciones en vida de su autor y cientos más tras su muerte en 1703. Los ocho relatos contenidos en *Historias o cuentos de tiempos pasados* provocaron miles de versiones y adaptaciones que llegaron a nuestros días para deleite de millones de niños en todo el mundo. Por suerte, esos dulces infantes nunca sospecharon que uno de sus cuentos favoritos fue inspirado en alguien tremendamente nocivo para la humanidad. Un ogro real al que poco importó la vida de sus inocentes víctimas, un auténtico mariscal de las tinieblas.

ANEXO II

LOS HEREDEROS DE BARBA AZUL

En la memoria colectiva de los pueblos perduran, para sonrojo de los mismos, las acciones despiadadas de sus psicópatas más célebres. El asesinato es, por desgracia, un hecho inherente a la condición humana. Durante siglos nuestra cronología histórica ha recogido las actuaciones fatales de un gran número de personajes perversos y despiadados. Gilles de Rais no fue el único que engrosó el singular listado de mentes desalmadas acechantes de inocentes niños o desprotegidas féminas. En el siglo XX no pocos se arrogaron el derecho de ser auténticos depositarios de la misantropía esgrimida por el mariscal de las tinieblas. A principios de dicha centuria los periódicos utilizaron numerosas portadas para contar las masacres producidas por determinados ogros modernos. En Alemania, psicópatas como Fritz Haarmann, más conocido como el carnicero de Hannover, o Peter Kürten, llamado el vampiro de Dusseldorf, sobrecogieron a un país que a duras penas se levantaba tras la catástrofe de la Primera Guerra Mundial. En ambos casos los niños constituyeron el principal objetivo de estos asesinos. Haarmann actuó de un modo muy parecido al de Gilles de Rais, vejando, sodomizando y matando de forma desgarrada a sus víctimas, de las que llegó a contabilizar entre veintisiete y más de cien, ya que este perturbado perdió la cuenta y la policía no pudo concretar el dato exacto. Lo que sí se certificó es que el carnicero comía la carne de los niños y jóvenes que iba masacrando y las sobras las vendía entre sus hambrientos vecinos, quienes nunca sospecharon la procedencia de aquellas proteínas tan baratas. En cuanto a Kürten, diremos que era un personaje obsesionado por la sangre y el mal, llegando a crear escenografías macabras en las que él, convertido en sumo oficiante, consumaba terribles actos de violencia y sexo con sus infelices víctimas. Sin embargo, uno de los sucesos más atroces que se recuerdan, si hablamos de infanticidios en serie similares a los perpetrados por el mariscal De Rais, sucedió en las calles del Nueva York inmerso en los años de la depresión. En aquel lugar y tiempo surgió la pestilente figura de un ogro criminal llamado Albert H. Fish. Este sujeto, con aspecto de delicado ancianito, fue capaz de

asesinar y, posteriormente, devorar cientos de incautos niños. Los detectives norteamericanos calcularon en su momento que el ogro de Nueva York pudo acabar con la vida de unos cuatrocientos pequeños. Lo horrible no fue saber que estos niños eran secuestrados, violados y asesinados, sino que este ser, desprovisto de conciencia, se los comía con recetas gastronómicas elaboradas cuidadosamente por él. Más tarde, aparecerían otros diablos sanguinarios que actuarían de igual modo a los anteriores, como el *psicokiller* ucranio Chikatilo, al cual le imputaron cincuenta y tres asesinatos en su mayoría cometidos con niñas y niños.

En el caso de Francia, junto a Gilles de Rais, la figura de Henri Desiré Landru es la que suscita mayor número de comentarios, casi siempre contradictorios: unos lo defienden, otros lo adoran y los más tuercen el gesto ante el recuerdo del que posiblemente sea el mayor asesino en serie del país galo.



Fotografía del homicida Henri Desiré Landru (1896-1922). Fue condenado por el asesinato de diez mujeres y un niño, aunque según la policía parisina pudieron ser decenas más. Esa fotografía fue tomada el 24 de mayo de 1920. Dos años más tarde era ejecutado.

Los crímenes de Landru han llamado y llamarán la atención de todo aquel que pretenda introducirse en el mundo de la investigación criminológica. Su comportamiento educado, unido a su ironía y falta de escrúpulos, conmovieron a una sociedad ya de por sí aterrorizada por los millones de muertos caídos en los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial. En efecto, Landru actuó impunemente en ese contexto bélico. Sus víctimas fueron preferentemente las viudas que iba dejando

aquel conflicto que debía acabar con todos. Eso es quizá lo que convierte a Landru en un personaje odioso, ya que, con una frialdad propia de latitudes polares, sedujo, mató y quemó a pobres mujeres con el fin de arrebatárles los ahorros que habían logrado reunir en aquel tiempo de incertidumbre. Mientras tanto mantenía una doble vida sin que nadie se percatara de las atrocidades que estaba cometiendo por diferentes escenarios de París y Gambais. Su indolente mujer y sus cuatro hijos nunca sospecharon que su esposo y progenitor estaba entrando por méritos propios en la galería más oscura del crimen universal.

Landru era el perfecto psicópata; ninguna enfermedad mental lo atenazaba, y sus matanzas eran premeditadas, pues, cuando las cometía, ningún remordimiento nublabla su mente. Sí, amigos, nos encontramos ante una estampa característica del mal, y me atrevo a decir que ese mal disfrutó de su esencia más pura en el alma de un hombre al que todos conocieron como el Barba Azul de París, pues éste sí que se acercaba de forma directa a lo propuesto por Charles Perrault en su cuento del siglo XVII. Ésta es su increíble historia, poco apta para la tranquilidad de corazones enamoradizos y solitarios.

Henri Desiré Landru nació en el corazón de París el 12 de abril de 1869. Hijo de una modesta familia obrera, su padre, hombre recto y religioso, trabajaba como fogonero en una fundición industrial. Por su parte, la madre conseguía algún dinero extra como costurera. En todo caso, el clan Landru apenas tenía recursos económicos para sobrevivir en la luminosa ciudad de los impresionistas.

Henri creció bajo los atentos cuidados de sus padres. El niño no fue mal estudiante; su vivaz inteligencia hizo que prosperara en algunas disciplinas académicas, pero el joven tenía algunos defectillos. El principal de ellos era una obsesión creciente por el dinero y la buena vida, por eso no es de extrañar que el ambiente familiar fuera cada vez más opresivo para la ambición desmedida del latente psicópata.

En 1889 se vio forzado al matrimonio por el inesperado embarazo de su prima hermana Marie Remy. Esta pobre mujer, aunque no murió a manos de su marido, fue posiblemente la primera víctima de Landru. Con ella tuvo cuatro hijos, a los que también engañó durante toda su vida.

Henri intentó prosperar como trabajador honrado, pero sabido es que los asalariados lo tienen francamente complicado si su deseo es acumular riqueza en pocos años.

La mente de Landru comenzó a gestar malévolos planes para mejorar la fortuna que se negaba a los proletarios. Mientras preparaba un magnífico futuro, seguía dando tumbos por diferentes oficios: vendedor de muebles o de coches de segunda mano, administrativo y guardián de un garaje, en definitiva, cosas de poca monta para alguien que pretendía ser rico y popular en aquella sociedad cuando alboreaba el siglo

XX.

En 1909 una luz se encendió en el truculento cerebro de Landru. Todo sucedió mientras leía con parsimonia los anuncios de contactos inscritos en la prensa parisina. De repente se fijó en uno de los mensajes: en el texto, una desconsolada viuda buscaba la pareja ideal que le proporcionara amor y estabilidad económica. A cambio ofrecía su renta y patrimonio inmobiliario. Landru leyó varias veces el anuncio. ¡Pero cómo no se le había ocurrido antes! Eso era lo que andaba buscando desde siempre, una forma fácil de hacerse con miles de francos a cambio de un poco de amor y comprensión, sólo eso.

Desde luego, si las viudas de Francia querían consuelo, Landru era el candidato idóneo.

Con nerviosismo trazó su primer plan. El objetivo estaba claro: conquistar la confianza de pobres viudas y despojarlas de su dinero a cambio de promesas vanas e infundadas. A los pocos días insertaba un anuncio en un periódico de Lille y la respuesta fue inmediata. Pronto se citó con su primera víctima, *madame* Izoret, de la que obtuvo la nada despreciable suma de 20 000 francos. Por su parte, Henri aportó escrituras y pagarés tan falsos como los nombres que iría utilizando a lo largo de su peripecia criminal. La viuda Izoret no tardó en desconfiar del todavía inexperto Landru. Con los papeles fraudulentos, se personó en una comisaría donde denunció la presunta estafa. Los inspectores detuvieron al perplejo aspirante a estafador y, posteriormente, fue condenado a tres años de cárcel.

En ese periodo carcelario, nuestro protagonista, lejos del arrepentimiento, ideó nuevas formas que mejoraran sus futuros timos. Estaba claro que lo habían cogido por permitir que la viuda le denunciase; si la hubiese eliminado, no habría tenido tantos inconvenientes y ahora disfrutaría como un sultán del botín. Una vez saliera de la penitenciaría, sería más cuidadoso preparando sus engaños; cambiaría su identidad tantas veces como actuaciones delictivas tuviera. De esa manera, la policía lo tendría muy difícil si quería pillarlo. Por desgracia para Landru, los gendarmes franceses lo detuvieron en cinco ocasiones más, pues todo le salía al revés. Su educación y talante se mantenían intactos, por lo que nadie de su entorno sospechaba que pudiera ser un delincuente de poca monta. Su familia permanecía ignorante de todo lo que estaba ocurriendo; por lo menos su esposa así lo hacía ver.

Entre 1909 y 1914, Landru fue apresado en seis ocasiones. Su madre murió, a buen seguro, por los disgustos que le ocasionaba su perdido vástago. Lo del padre fue peor, pues avergonzado por tener un hijo delincuente y encima especializado en la estafa de viudas, no pudo soportarlo más y se ahorcó de un árbol en el Bois de Boulogne. Ajeno a la desgracia familiar que estaba ocasionando, Landru siguió perfilando fechorías sin inmutarse, confiando en que algún día la diosa Fortuna sonreiría a su causa. En 1914 escapó a una condena de varios años por su último

fraude. La falta de pruebas, sus diferentes personalidades y, sobre todo, el estallido de la guerra entre Alemania y Francia posibilitaron que Landru huyera de la pena impuesta. Para mayor regocijo suyo, miles de franceses partieron al frente dejando a otras tantas esposas solas y a la espera de noticias, que no siempre eran buenas, dado que por entonces la mortandad en los combates era extrema. Eso elevaba como la espuma el censo de viudas, dando nuevas oportunidades al siempre dispuesto Landru, que volvió a publicar anuncios en la prensa gala. El de mayor impacto fue uno que apareció en *Le Journal* de París, donde se podía leer lo siguiente: «Viudo, dos hijos, cuarenta y tres años, solvente, afectuoso, serio y en ascenso social, desea conocer a viuda con deseos matrimoniales». Las respuestas no se hicieron esperar y cientos de mujeres angustiadas contestaron al llamamiento de aquel hombre, supuestamente íntegro, y dispuesto a entregar sin límites el amor que tanto necesitaban aquellas desconsoladas viudas.

La primera seleccionada fue Jeanne Cuchet, una hermosa mujer de treinta y nueve años con un hijo de diecisiete y unos 5000 francos ahorrados. Landru, más meticulado que nunca, cambió su nombre por el de Raymond Diard, adoptó el oficio de inspector de correos y alquiló una casa en el típico barrio parisino de Chantilly. En el piso se podía contemplar una enorme y desproporcionada chimenea que pronto trabajaría a pleno rendimiento...

Como en otras ocasiones, el montaje del timador se empezó a descubrir. La señora Cuchet recibió ciertas informaciones que la ponían en antecedentes sobre su pretendiente Diard. Aun conociendo que el supuesto inspector postal tenía un pasado turbio, que se llamaba Landru y que tenía familia numerosa, decidió darle una oportunidad; al fin y al cabo, los hombres escaseaban y Henri parecía tan galán y educado que, a buen seguro, dijo todas esas mentiras por timidez. ¡Pobre incauta! En enero de 1915 la vecindad dejó de ver a *madame* Cuchet y a su joven hijo. En cambio, sí contemplaron una densa humareda negra que salía por la chimenea de la casa donde habitaban. En esos momentos nadie pensó nada grave sobre la vida de la viuda y su vástago; a nadie se le ocurrió preguntar sobre las extrañas desapariciones. Estaban en guerra y bastante tenían con los problemas que su ejército estaba sufriendo en los frentes de batalla. Al poco apareció por el barrio el propio Landru sin ofrecer muchas explicaciones sobre la inesperada marcha de su cortejada.

Seguramente la relación se había roto y por eso el pretendiente desmontaba la casa vendiendo los pocos enseres acumulados en ella. Los vecinos no tardaron en olvidarse de aquellos ocasionales inquilinos. Lo cierto es que Landru había asesinado a *madame* Cuchet y a su hijo, para posteriormente descuartizarlos y quemarlos en la chimenea de la vivienda. Una vez eliminadas las pruebas del delito, preparó un nuevo crimen. En esta ocasión alquiló una casita en las afueras de París, y hasta ese lugar llevó a *madame* Laborde-Line, mujer que corrió la misma suerte que las anteriores.

Landru sonreía feliz. Por fin había encontrado el método para enriquecerse limpiamente, y encima rendía homenaje a la memoria de su padre trabajando como fogonero tras perpetrar sus horrendos asesinatos. Pero aquello de alquilar casas era un asunto muy pesado, dado que debía dar demasiadas explicaciones al casero y a los nuevos vecinos. Por tanto, el psicópata optó por establecer su «fábrica de la muerte» en un sitio fijo. Eligió Gambais, un bello paraje sito a unos cincuenta kilómetros de París y conectado a la capital por un buen servicio de ferrocarril. En aquel pueblo alquiló una hermosa casa de piedra en la que instaló una caldera digna de Pedro Botero. Tras comprobar que el artefacto funcionaba a las mil maravillas, comenzó el particular trasiego de viudas hacia las llamas de la vida eterna. Se calcula que Landru conoció o asesinó a más de trescientas mujeres en el periodo 1914-1918. Bien es cierto que sólo fue juzgado por los once crímenes que se pudieron demostrar.

Durante cuatro años se citó con viudas, casi siempre cuarentonas, aunque en alguna ocasión salió con veinteañeras y mujeres más jóvenes. Su aspecto no es que fuera el de un galán cinematográfico, más bien lo contrario. Una de sus víctimas dijo esto poco antes de ser asesinada: «No sé lo que hay en él, pero me asusta, su mirada ceñuda me angustia. Parece el diablo». Si nos atenemos al temor de esta señora, ¿qué tenía Landru que tanto fascinaba?

Viendo fotos de la época, observamos a un personaje de mirada penetrante, casi hipnótica, barba y bigote espesos, así como cejas muy pobladas. Además era calvo, bajito y carente de músculos. En realidad presentaba un aspecto siniestro que lograba condicionar el ánimo de sus víctimas. Sin embargo, en aquella época Landru pasaba por ser un hombre recto, serio, de modales exquisitos, educado; valores que gozaban de muy buena consideración entre las damas. Esos factores suplían con creces los defectillos que pudiera presentar personaje tan lamentable. Landru no tenía escrúpulos, mataba por dinero. Se supone que cada crimen le reportó una media de 3000 francos. No obstante, jamás acumuló suma alguna, pues era hombre que gustaba de placeres inmediatos y carísimos. A medida que se apropiaba de los bienes ajenos, los fundía en sus caprichos, así como en atender a su familia original, a la cual dispensaba todas las atenciones de un espléndido y amantísimo padre y esposo. A su mujer en concreto la cubrió de joyas... eso sí, todas usadas, pero a Marie nunca se le ocurrió preguntar por la procedencia de las mismas. Mientras tanto, las pobres viudas seguían viajando confiadas a Gambais, dispuestas a pasar una maravillosa «luna de miel» en la campiña francesa. La chimenea pétrea de aquella casa, llamada L'Ermitage por los lugareños, no paraba de soltar humo. Daba igual la estación climatológica del año, pues la humareda no cesaba ni en verano, ni en invierno, lo que daba para algún comentario jocoso por parte de los vecinos. Landru viajaba a Gambais en tren; sacaba dos billetes diferentes: el suyo era de ida y vuelta, mientras que el de la afectada era tan sólo de ida. Con eso el asesino se ahorraba un franco y, si

hablamos de trescientas viajeras, pues ¡caramba!, era un capitalito al que Landru no pensaba renunciar. Finalmente, la suerte dejó de sonreír a este energúmeno, pues eran demasiadas desapariciones para que nadie sospechara nada grave. La guerra, por desgracia, lo había tapado todo en aquellos años, pero el conflicto terminó y muchas personas empezaron a buscar a sus desaparecidos.

En 1918, los familiares de *madame* Colombe enviaron una carta al alcalde de Gambais, solicitando cualquier tipo de noticia sobre el paradero de su pariente, a la que se había visto en ese pueblo en compañía de un tal Dupont. Al poco, el sorprendido edil recibió una epístola parecida, salvo que en esta ocasión unos preocupados familiares pedían algún dato sobre Celestine Buisson, a la que se había visto paseando por Gambais en compañía de un tal Freymet. Lo que llamó poderosamente la atención del alcalde fue la coincidencia que ofrecían las dos cartas sobre el aspecto físico del hombre que acompañaba a las desaparecidas. No obstante, era difícil averiguar algo concreto, pues no existía nadie con esos apellidos entre el vecindario de Gambais. En efecto, Landru había alquilado la casa con otro nombre falso, pero el cerco había empezado a estrecharse sobre él. Las denuncias de nuevas desapariciones se incrementaron y la policía, en especial el inspector Belin, se puso manos a la obra a fin de encontrar una solución para ese desconcertante caso. En los primeros meses de 1919, cincuenta gendarmes rastreaban París intentando averiguar el destino que habían sufrido las damas desaparecidas. Belin fue atando cabos, pero la complejidad del suceso y la cantidad de nombres utilizados por Landru parecían imposibilitar cualquier avance esclarecedor. Por fortuna, el 12 de abril de 1919 *mademoiselle* Lacoste, familiar de una desaparecida, se topó con Landru en una tienda de porcelanas. La joven, sobresaltada por el encuentro, disimuló cuanto pudo y escapó con toda rapidez hacia el despacho del inspector Belin. Éste comprobó en la tienda la ficha de comprador dejada por Landru, quien ahora se llamaba Monsieur Guillet, domiciliado en la Rué de Rochechouart y, sin más, se acercó a la vivienda donde supuestamente moraba el mayor asesino de Francia. Belin esperó pacientemente la llegada de nuestro protagonista y, una vez cara a cara, lo detuvo por las supuestas desapariciones.

Landru, que se encontraba en compañía de su nueva novia, una actriz de diecinueve años llamada Fernande Segret, se limitó a decir con frialdad absoluta que era inocente de todo cargo y que él no sabía nada sobre las acusaciones formuladas contra su persona. A pesar de eso, los gendarmes lo detuvieron sin contemplaciones mientras Henri intentaba resistirse. La escena se transformó en patética cuando el detenido empezó a cantar un aria de ópera a su amante. Ésta, entre lágrimas, despidió a su amor. Seguramente en ese momento no podía imaginar que ella hubiese sido la siguiente en la lista macabra de «barba azul».

Una vez en la prefectura, descubrieron en un bolsillo del traje de Landru una

agenda negra donde se pudo comprobar la verdadera identidad del detenido. Pero lo peor estaba por llegar; a medida que el inspector Belin fue pasando páginas descubrió, con estremecimiento, lo que había ocurrido en la vida de Landru a lo largo de los últimos cuatro años. En primer lugar, surgieron once nombres, cuatro de los cuales coincidían con otras tantas desapariciones confirmadas. En otra hoja se reflejaban otras doscientas treinta y ocho relaciones mantenidas con viudas. La meticulosidad de Landru hizo que incluso plasmara en papel el precio de los billetes de tren a Gambais. Todo estaba en la agenda, nombres, fechas... Ningún detalle escapaba a Landru, ni siquiera anotar iniciales que discriminaran a viudas ricas y pobres. El 29 de abril los gendarmes realizaron una búsqueda por la villa L'Ermitage. Lo que allí descubrieron era digno de una película de terror: doscientos noventa y cinco huesos humanos semicarbonizados, un kilo de cenizas y cuarenta y siete piezas dentales de oro guardadas en un cajón. Además se encontraron los cadáveres de dos perros que habían sido estrangulados por Landru, y que posteriormente se demostró que pertenecían a una de sus víctimas. También se confirmó que el psicópata había vendido ropas, muebles y enseres de las viudas.

El juicio duró más de dos años, y finalmente fue acusado por once asesinatos, los únicos que se pudieron demostrar al haberse visto al inculcado en compañía de sus víctimas antes de que se evaporaran. El resto de los presuntos crímenes no se pudieron comprobar, aunque la policía estimó que habría cometido entre ciento setenta y nueve y trescientos.

A lo largo del proceso, Landru intentó —y en ocasiones lo consiguió— ganarse a la opinión pública. Su cortesía y refinados modales cautivaron a más de uno. Él siempre se declaró inocente. En los salones de baile se comentaban las incidencias del juicio y se bailaba al son de alegres cancioncillas que hablaban del viejo «barba azul» de París. Landru recibió regalos y no pocas peticiones de matrimonio. A pesar de tanta fama inmerecida, los jueces no variaron un ápice su conducta y el 30 de noviembre de 1921 era encontrado culpable por la muerte de once personas y, en consecuencia, según las leyes francesas de la época, condenado a morir en la guillotina. El 25 de febrero de 1922 fue guillotinado en la cárcel de Versalles sin dejar de gritar su inocencia.

Cuarenta y un años más tarde se descubrió por casualidad una carta de Landru en la que se confesaba autor de los crímenes. Los peritos calígrafos confirmaron la autenticidad de la misma. Uno de los fragmentos decía así: «Los testigos son tontos. Yo lo hice; maté y quemé a esas mujeres en el horno de mi casa». Por cierto, la vida de este psicópata fue llevada al cine en los años sesenta del siglo XX. Un filme dirigido por Claude Chabrol bajo el título *Landru*. Poco tiempo más tarde se suicidaba una anciana llamada Fernán de Segret, dejando una nota en la que se podía leer: «Aún le amo y sufro demasiado. Me quitaré la vida».

Sea como fuere, parece que el género humano está condenado de forma casi preternatural a sufrir *in aeternum* la grotesca maldad de algunos personajes obsesionados con la sed de sangre. Desde el rey Herodes que ordenó la matanza de inocentes por miedo a un mesías que le privara de su trono, pasando por asesinos atroces que encabezaban ejércitos, hasta casos singulares como el de Gilles de Rais u otros como él, sólo el conocimiento profundo de sus mentes distorsionadas nos podrá defender de sus funestas actuaciones en la tierra. Mi deseo es que nunca más volvamos a conocer el horror que provocaron, aunque, tal y como están las cosas, sospecho que en un futuro no muy distante alguien como yo escribirá un libro parecido a éste, reflejando las atrocidades y estragos cometidos por un nuevo émulo del mariscal de las tinieblas.



JUAN ANTONIO CEBRIÁN ZÚÑIGA (Albacete, 30 de noviembre de 1965 — Madrid, 20 de octubre de 2007) fue un periodista, escritor y locutor de radio español. Su obra literaria y los programas de radio realizados, especialmente Turno de Noche y La Rosa de los Vientos, fueron su principal fuente de éxito y reconocimiento.

Era conocido sobre todo por sus programas de radio, como La red, Azul y verde y Turno de Noche. En su última etapa 1997-2007 dirigió y presentó el programa de radio La rosa de los vientos, en la emisora española Onda Cero. Contó con dos máster en comunicación y realización de programas. Fue fundador y director de la revista La Rosa de los Vientos y participó en publicaciones como Arqueología, Muy Interesante, Enigmas del hombre y del universo y Más Allá de la Ciencia. Colaboró con el magazine dominical del diario El Mundo y con la revista Historia de Iberia Vieja. Además, fue director de la colección literaria «Breve historia» de ediciones Nowtilus. La tarde del sábado 20 de octubre de 2007, Juan Antonio Cebrián falleció de un súbito ataque al corazón a la edad de 41 años. Poco después, Onda Cero emitió el comunicado de su muerte a la hora que debiera haber empezado el programa de La Rosa de los Vientos.